PABLO DE LEÓN



EL PRÍNCIPE

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA DE MIGUEL ÁNGEL PICHETTO

Planeta

EL PRÍNCIPE
Una biografía política de Miguel Ángel Pichetto

PABLO DE LEÓN

EL PRÍNCIPE

Una biografía política de Miguel Ángel Pichetto

índice de contenidos

Introducción al personaje

Prólogo, por Nelson Castro

1. El nihilismo matinal y la Glock a mano

2. De cuna bonaerense y menemista

3. El accidente que lo cambió todo

4. La llegada rutilante al Senado: pasión y ruptura

5. La relación con Néstor y Cristina

6. La UCR, rivales y amigos

7. Río Negro, asignatura pendiente

8. La 125, el principio del fin y el amago de renuncia de Cristina

9. Ley de Medios, la prueba de la lealtad peronista

10. Irán, una carga pesada

11. El sororo: matrimonio igualitario, identidad de género y aborto

12. Hola, Miguel, te estamos escuchando

13. Amado Boudou, el extraño de pelo largo

14. Reposo y un error de tipeo

15. Cristina presa y la relación con la Justicia

16. Adiós, Cristina; hola, Mauricio

17. Un vice macrista

18. De campaña con Macri

19. El pobrismo, la pelea con el papa argentino y Grabois

20. Milei y el desafío de la antipolítica

Agradecimientos

Puntos de referencia

Portada

Comienzo de lectura

Tabla de contenidos

de León, Pablo
El príncipe / Pablo de León. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9058-1

1. Política Argentina. I. Título.
CDD 920

© 2025, Pablo de León

Prólogo de: Nelson Castro

Todos los derechos reservados
© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: febrero de 2025
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9058-1

Para Bella ♥

El príncipe está con el ejército y tiene que dirigir a una multitud de soldados; entonces no tiene que preocuparse en absoluto de que lo llamen cruel, porque sin esa fama es imposible mantener a las tropas unidas y dispuestas para cualquier operación.

NICOLÁS MAQUIAVELO

Introducción al personaje

El Príncipe, de Nicolás Maquiavelo, es una obra donde este pensador y filósofo del Renacimiento aconseja a Lorenzo de Médici, conocido como «el Magnífico», sobre cómo actuar y qué métodos le convenía utilizar para unificar a Italia bajo su dominio.

Escrito en 1513 durante el confinamiento del escritor en la prisión de San Casciano, acusado de conspirar contra los Médici, Maquiavelo creó un verdadero manual de gobierno para cualquier líder que pretendiera defender su poder a toda costa.

Calificado hasta de perverso, *El Príncipe* moldeó con sus consejos a reyes, príncipes y luego a jefes de Gobierno y presidentes que actuaron de acuerdo a los mandamientos maquiavélicos, en los que la práctica de la política solo apunta a conservar el poder con éxito.

No daba lugar a tibiezas de carácter. Al aconsejar sobre lo que define como «una controversia» acerca de si es mejor ser amado que temido o viceversa, dice que correspondería intentar tanto lo uno como lo otro. Pero como resulta difícil combinar ambas cosas, «es mucho más seguro ser temido que amado».

Y agregaba: «Cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama, jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha».

Sus lecciones perduraron desde los gobernantes del Renacimiento hasta estos tiempos, y ese perfil de «Príncipe» de la política dio lugar a caracterizaciones que, quizás, alcanzaron un hito en la serie estadounidense *House of Cards* donde el actor Kevin Spacey caracteriza a Frank Underwood, un inescrupuloso político que no dejó de realizar cualquier acto, hasta el de matar a una

periodista de la que era amante, para llegar al sillón principal de la Casa Blanca. También en la saga de *Game of Thrones*, conocida como Juego de tronos o «GOT», drama medieval producido por la cadena HBO, cuyo argumento se inspiró en las novelas *Canción de hielo y fuego*, del estadounidense George R. R. Martin, en las que se describe una lucha por controlar y gobernar los siete reinos del territorio continental del Poniente.

Los actos de rigor pregonados por Maquiavelo fueron aplicados en distintas geografías por dirigentes que actuaron de manera despiadada para satisfacer su ambición de poder. Y en cuanto a la política argentina, tal vez puedan asociarse a un personaje o «jugador» que se ha transformado en los últimos treinta años en el ejemplar más característico de la corporación política nacional: el peronista Miguel Ángel Pichetto, quien fuera amo y señor del Senado de la Nación, la más señorial cámara del Congreso argentino.

A este duro operador y armador político también se lo puede comparar con personajes del pensamiento francés como Joseph Fouché, un político de quien el propio Pichetto ha considerado que «su vida y su obra tienen que ver con haber respondido a cinco gobiernos de características distintas pensando siempre en el interés de Francia». También con Charles Maurice de Talleyrand, un príncipe que de cura pasó a ser parte de la Revolución, canciller de Napoleón y luego restaurador de la Monarquía.

Tanto Fouché como Talleyrand fueron personajes que se caracterizaron por sobrevivir a las distintas corrientes históricas, sin ser protagonistas principales, pero moviendo los hilos de la política desde atrás del telón.

En esa tradición aparece la figura de Miguel Ángel Pichetto como el «Príncipe argentino», quien al alinearse con Horacio Rodríguez Larreta, en la campaña electoral de 2023, dijo: «Yo estuve con todos, pero fundamentalmente estuve con la Argentina».

Pero quien desató la mayor pasión de este legislador todoterreno fue Napoléon Bonaparte, el gran triunfador en Austerlitz que terminó cayendo en Waterloo. Pichetto es un estudioso fanático de la Revolución Francesa y, especialmente, de la figura de Napoleón, de quien encuentra frases para cada tema sobre el que quiere

argumentar u opinar. Sea tanto para una nimiedad, como criticar a los abogados por la litigiosidad laboral («Napoleón dijo: "Pobre mi Código de Comercio, lo agarraron los abogados"»), como para explicar la decisión política más drástica de su vida, que fue dejar el peronismo para ser el candidato a vicepresidente de Mauricio Macri en las elecciones de 2019: «En política la duda es muy compleja. Napoleón siempre decía que lo difícil era decidirse y yo estaba decidido».

Con el auxilio de Napoleón, también descifró la sorpresa política que significó la postulación de Alberto Ángel Fernández como presidente en 2019: «Napoleón decía que más allá de su formación militar, los generales debían tener suerte. Alberto ha tenido fortuna, ha estado en el momento oportuno y, por eso, la expresidenta lo ha elegido».

Pichetto siempre recurre a frases textuales —o con retoques o agregados propios que se adecuan mejor a la ocasión— que incorpora luego de horas y horas de obsesiva y apasionada lectura. Tiene debilidad por muchas figuras del pasado, lo que lo llevó al atesoramiento de libros como *Carlomagno,* de Jacques Delperrié de - Bayac, o *Wellington*, de Richard Holmes. Y como también le interesan los fenómenos que ocurren en un mundo imprevisible, tiene entre sus favoritos *El cisne negro,* de Nassim Nicholas Taleb, esa puerta que se abre hacia el impacto histórico que produce lo «altamente improbable».

Pero nada parece interesarle más como lector que su vasta bibliografía sobre la Revolución Francesa. En su biblioteca personal, diferenciada de su biblioteca jurídica, que la atesora en su estudio de abogado, están inventariados los libros que lo apasionan de ese instante de la historia: el *Napoléon*, de Stendhal; el *Napoleón*, de Emil Edwin; el *Napoléon Bonaparte*, de André Castelot; *Austerlitz* de Pierre Miquel, donde se describe la batalla de los tres emperadores, y *Waterloo,* de Peter Hofschröer. Para Pichetto, este ciclo de Austerlitz a Waterloo en la carrera de Napoleón expresa con certeza la parábola que va del poder y la gloria a la declinación.

La admiración por Napoleón lo llevó a Pichetto a definirlo como «una figura fascinante. Primero, porque era un gran político y

administrador, y, además, porque estaba rodeado de políticos tremendos como Talleyrand o Fouché». Esa admiración lo llevó a cometer a veces actos de la vida cotidiana inspirados en Napoleón. Por ejemplo, cuando para poner fin a un almuerzo de trabajo intimaba a sus colaboradores más cercanos con ciertas conductas del emperador: «Napoleón comía en siete minutos». Eso es lo que cuentan las biografías, en las que se lo describe comiendo casi por obligación, rápidamente y en silencio, lo que ha influido para que Pichetto se incline por las comidas sobrias y las porciones cautas.

Pero más allá de su formación de político bibliómano, también existe una historia de la vida política material, en la que Pichetto irrumpe primero como diputado nacional, y luego como senador nacional. En esta última categoría fue donde consiguió constituirse en «el jefe del Congreso», un estatus que logró mantener durante veinte años consecutivos y siempre con protagonismo. Cada vez que el Presupuesto Nacional o una ley clave pretendía ser aprobada por el Gobierno de turno, nadie dejaba de consultarlo y era él quien fijaba la estrategia legislativa, sea que estuviese reportando en las filas del oficialismo o en las de la oposición.

Discutía con quien hubiera que discutir y hasta llegó a cortarle el teléfono a la mismísima Cristina Fernández de Kirchner. Era, en la práctica, un peronista ortodoxo y verticalista en la conducción, que, cuando decidía qué hacer, tomaba impulso, se ponía en acción y solo esperaba respeto y obediencia en la acción política.

Uno de sus comentarios predilectos consiste en recordar que al presidente de bloque parlamentario de Inglaterra le dicen «whip», que en la traducción significa «látigo», dado que es el que impone la disciplina dentro del espacio. Lo mismo que siempre hizo él. Eso, y disputar tenazmente con sus rivales políticos, como en los tiempos del Senado, donde vivió intensas peleas con los radicales Ernesto Sanz y Gerardo Morales, dos caciques de la UCR que gozaron de un poder territorial clave entre los años 1990 y 2000.

Pero sucedidos esos cruces, las conversaciones eran habituales, pues todos ellos postulaban la concordia política dentro de un marco de códigos que nadie se atrevía a romper o desafiar. Lo que generó una amistad entre estos difíciles rivales, inspirada en el abrazo

Perón-Balbín de 1973, cuando los dos líderes políticos se acercaron en el ocaso de sus vidas políticas. Como ellos, Pichetto por el peronismo y Sanz y Morales por el radicalismo, acordaban las reglas de juego y hasta los términos de la pelea. Como en el boxeo, se pega por encima del cinturón.

En ese código de cortesía no se permite la falta de respeto en el debate, ni los aplausos ni las rondas de mates de las sesiones. Tampoco la indisciplina partidaria. Pichetto estuvo al frente del bloque de senadores peronistas defendiendo lo que él muchas veces creía indefendible: el Memorándum de entendimiento con Irán; la expropiación de la imprenta de billetes Ciccone, que terminó con una condena a prisión del vicepresidente de Cristina, Amado Boudou; la Ley de Medios, y la Resolución 125, que generó una pelea histórica del peronismo con los productores agropecuarios, el llamado «Campo».

Las defendió a todas, aun «estando siempre en contra, pero dando las discusiones políticas adentro y haciendo lo que tenía que hacer afuera», como lo explicó, elogiosamente, un colaborador suyo de años.

Pichetto es un prototípico peronista histórico que hizo del Congreso su casa. Allí trabajó —y trabaja— desde las diez de la mañana a las diez de la noche, y allí también sufrió al ver frustrado varias veces su sueño de ser gobernador de la provincia de Río Negro, donde apenas alcanzó a ser intendente de Sierra Grande y legislador provincial, para luego lanzarse a la escena nacional, hasta llegar a la Cámara de Diputados de la Nación donde fue vicepresidente del bloque menemista que presidió Humberto Roggero.

Pero el «Príncipe» argentino no se detuvo, tomó envión tras la crisis de 2001 y alcanzó un protagonismo extraordinario durante las tres presidencias del kirchnerismo entre 2003 y 2015, años en los que cultivó amigos y cosechó enemigos.

Entre 2007 y 2015, Pichetto hablaba directamente con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner para diseñar la estrategia parlamentaria. Pero el resto del kirchnerismo le mostraba los dientes, o un permanente dejo de desconfianza, cuando a poco de

esas charlas, el fiel colaborador cristinista Carlos Zannini le colaba leyes por la Mesa de Entradas del Congreso, desafiando lo que él había acordado con la jefa de Estado. «¡No soy empleado de nadie! ¡Yo represento a los rionegrinos, no me tomen de boludo!», gritaba Pichetto, tratando de poner las cosas en su lugar dentro del Congreso.

Tratando de hacer valer la seriedad de ser legislador, era capaz de responderle con aspereza tanto a la presidenta como a los legisladores nacionales que lo abordaban con asuntos nimios. Y al que le propusiera que una fiesta de un pueblo tuviese alcance nacional, le contestaba: «Che, ¿vos sos concejal o senador? Vos sos se-na-dor. Acá se vota lo que manda el Gobierno, esas cosas como la Fiesta del Balero o qué sé yo qué, están en el Concejo Deliberante de tu pueblo. Acá, no».

Así mandaba, bajo la premisa maquiavélica de que es preferible ser temido que amado. Porque aun con sus compañeros de bloque con los que era solidario podía llevar las tensiones al límite.

Pichetto reivindica con claridad su condición de «animal político»; como legislador perenne, es también un hombre visceral que bregó siempre por el diálogo entre los sectores. Por eso la llegada abrupta de Javier Gerardo Milei y su pelea abierta contra la denominada «casta» lo ha incomodado.

Entretanto, asegura «no temerle a la muerte sino al papelón. Y, mucho más, al ridículo». Una confesión que es una forma de ser y una bienvenida al personaje más «principesco» de la política argentina.

Prólogo

El mago hizo un gesto y desapareció el hambre,
hizo otro gesto y desapareció la injusticia,
hizo otro gesto y se acabó la guerra.
El político hizo un gesto y desapareció el mago.

WOODY ALLEN

La frase grafica en forma cabal el nivel de desprestigio que engloba a la dirigencia política en todo el mundo. Esto no es casual sino causal. Es un grave problema que afecta y daña a la política y le quita su nobleza de origen.

Como es bien sabido, fue Aristóteles quien introdujo el término en su libro *Política* para referirse a los asuntos de la ciudad, es decir, del Estado. De esta simple definición surge la importancia y la necesidad de esta actividad para el desarrollo de una comunidad, de una ciudad, de una provincia o un país. De ahí que es esencial para el desarrollo de una sociedad plenamente democrática. La magistral definición de Abraham Lincoln: «La democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», expresada en el discurso que pronunció el 19 de noviembre de 1863 en el escenario donde se desarrolló la batalla de Gettysburg, le asigna al político el relevante rol de representar a su pueblo. Tanta fue la repercusión de aquellas palabras dichas luego de aquella batalla, la más sangrienta de la Guerra Civil de los Estados Unidos, que fue incorporada en el artículo 2 de la Constitución de la Quinta República Francesa en 1958.

Lamentablemente, la condición humana ha denigrado las bondades de la actividad política. Como bien lo expresa la *Epístola moral* de Andrés Fernández de Andrada —«El oro, la maldad y la tiranía del inicuo procede y pasa al bueno, que espera la virtud o en quien confía»—, las tentaciones del poder terminan por torcer el destino de muchos de los hombres y mujeres de la política.

Aparece aquí, entonces, el valor de la honestidad. Vale la pena detenerse un momento. Hay una honestidad vinculada con el peculio que se refiere lisa y llanamente a la conducta de no apropiación de los dineros públicos. Su ausencia genera, en nuestro país, el Niágara de casos de corrupción que han sido abrumadores durante los dos largos períodos de gobiernos peronistas desde 1983 hasta la fecha. Pero hay también un plano referido a lo intangible que también pesa: la honestidad intelectual. Y acá también se presenta un gran problema en el ámbito de la política vernácula.

El «panquequismo», la contradicción y la doble moral son, en su esencia, formas de deshonestidad intelectual. En ese universo, están casi todos. Es un fenómeno que se acentuó después de la crisis de 2001-2002 que se llevó puesto no solo al Gobierno de Fernando de la Rúa, sino también a las partidos políticos.

Miguel Ángel Pichetto encaja a la perfección en este modelo. Peronista de alma apoyó con el mismo ahínco las ideas del menemismo, del duhaldismo, del kirchnerismo y de Juntos por el Cambio. Convencido del valor del verticalismo, defendió proyectos tan absurdos y dañinos como la Resolución 125 o la Ley de Medios.

Con el mismo ahínco se opuso al desafuero y dio protección al entonces senador Carlos Menem y a la senadora Cristina Fernández de Kirchner ante los casos de corrupción por los que estaban siendo imputados por la Justicia. Su argumento de que «a los expresidentes hay que protegerlos» poco tiene que ver con el apego a los preceptos de la Constitución Nacional y del Código Penal.

En este contexto de contradicciones, sin duda que fue una sorpresa la decisión de Mauricio Macri de elegirlo como su candidato a vicepresidente en su fallido intento reeleccionista. «Si hubiese diez políticos más como Pichetto, la Argentina sería otra», llegó a decir el expresidente. Una definición que causó azoro y lo puso a Pichetto en

otra dimensión. De repente, pasó a ser la voz de la sensatez y de los valores republicanos. Ya se sabe que peronismo y república constituyen un oxímoron político. Su accionar orientado a tender puentes de diálogos entre los sectores del peronismo no kirchnerista y el no peronismo han generado una revalorización de su palabra.

Pablo de León es un amplio conocedor de los laberintos del poder. Con sagacidad y rigor, se inmiscuye en esos vericuetos en los que reina la oscuridad y saca a la luz lo que en ellos anida que, como en cualquier vericueto, es mugre. Lo hace con datos y precisión a los que agrega una adecuada cuota de ironía y humor, lo que le da al relato un carácter ameno y, a la vez, impactante.

Con ese estilo nos lleva por las páginas de este libro al conocimiento de la persona y del personaje que conviven en Miguel Ángel Pichetto, alguien absolutamente representativo de la mayoría de la clase política vernácula, escasa en virtudes y abundante en miserias, que explican el fracaso de la Argentina, el país del mañana mejor que nunca llega.

NELSON CASTRO

1

El nihilismo matinal y la Glock a mano

Un príncipe sabio nunca debe estar ocioso en tiempo de paz, sino aprovechar esos momentos activamente para que le sean útiles ante las adversidades, de forma que, si cambia la suerte, se encuentre preparado para resistirlas.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Miguel Ángel Pichetto se despierta y necesita estar en soledad por varias horas. Baja a un desayunador en la planta baja de su casa de Vicente López y allí su mundo se reduce a un televisor sintonizado en los canales de noticias, los diarios del día en versión papel, un café con leche y una pistola. Una Glock 9 milímetros. Ante ese escenario, decide si «los avatares de la vida me hacen seguir viviendo».

Son los momentos de penumbras al amanecer, en los que la vida no tiene aún un cauce: «Mi ingreso a la vida es muy complejo. Debe ser alguna tara en mí. Las horas más oscuras siempre son las del alba, ese proceso complejo de la introspección». Esa oscuridad no termina ahí, sino en una frase de nihilismo extremo: «El presente es horrible; el futuro, peor».

A quien se acerque a su mundo, Pichetto le describe las condiciones en las que vive sus mañanas: «Mi mujer no puede

hablarme de las seis a las nueve de la mañana. Ella lo sabe. Así que no me llamen por teléfono y no me jodan». El único ser vivo que puede acercarse sin causar un estallido de ira es Ringo, su perro de la raza Border Collie, del que dice: «No lo elegí, me tuve que hacer cargo por mi hija». Su hija Carolina y el perro Ringo son de los pocos que pueden darle afecto y recibirlo de él.

Con ese malhumor matinal, arranca sus días. Luego, con el cuerpo y la mente ya entonadas por la cafeína y la adrenalina de las noticias, va para adelante con una energía que solo le despierta la pasión por la política: «No hay que tener actitud jubilatoria. Mi viejo trabajaba en el mar. Cuando se jubiló, detonó mi casa», ha contado alguna vez, lo que lo ha llevado a preparar temprano su bolso para ir al gimnasio.

A pesar de su condición de eremita, no hace ejercicios en su casa, sino que va a un gimnasio o a una pileta a nadar. Uno podría imaginarlo usando el *Waterrower Classic*, ese artefacto aparatoso utilizado por Francis y Claire Underwood en la serie *House of Cards*, una máquina de remo fabricada en Estados Unidos y confeccionada con maderas de bosques sustentables. Pero no es el caso.

Siempre nadó y, quienes lo han visto, dicen que tiene buena técnica. Y hace «fierros» en el Sport Club del Hotel Intercontinental, un lugar muy exclusivo de la ciudad de Buenos Aires, a menos de veinte cuadras del Congreso de la Nación. «Va ahí para asegurarse de que nadie lo joda», dice un amigo. Apenas cruza palabras con la instructora del lugar a la que, caballerosamente, le pregunta algún detalle de los aparatos y las máquinas de ejercicio de última generación. Pero siempre le vuelve a surgir la melancolía por el pasado. «En mi época entrenábamos con *pull over* de mancuernas, nada de estas máquinas de ahora», se lamenta.

Siempre cuidó su apariencia. Es elegante, se ocupa personalmente de su ropa y es casi imposible verlo sin traje, camisa y corbata a toda hora. Además de sus zapatos de media suela. No tolera que alguien se ponga un suéter debajo del saco: «El suéter es una prenda estúpida, con camisa y corbata ya está bien». Por eso, se mortifica cuando ve a políticos importantes, como el gobernador de Santa Fe, Maximiliano Pullaro, vestido de esa manera.

Del mismo modo que se irrita con la informalidad de algunos diputados, como el joven kirchnerista Juan Marino, que va de remera a las sesiones del Congreso. O con el socialista Esteban Paulón, político y activista por los derechos de las personas LGBTIQ+, quien usa un abanico multicolor en medio de los arduos debates parlamentarios. «Todo se puede degradar: mañana pueden venir con pantalones cortos. Esto no es una sociedad de fomento o una comisión directiva de un club de barrio», argumenta mientras se frota las manos y se le escapa una sonrisa, como si a través de esos pequeños gestos de provocación saliera a la superficie uno de los costados más genuinos de su personalidad.

Tampoco tolera que se tome mate en el recinto de Diputados y, mucho menos, en el señorial Senado. «Lo del mate me parece grotesco. Yo tomo mate, pero no en el recinto», le dijo al periodista Gabriel Sued, quien le dedicó un capítulo («El gobernador. Retrato político de Miguel Ángel Pichetto») en su sabroso libro *Los secretos del Congreso*.

Pichetto no tiene *hobbies*, pero sí afición por los libros, a los que les dedica largas horas y de los que comenta en las redes sus experiencias de lectura. En los últimos tiempos, creó un canal de comunicación en X (ex-Twitter), donde los domingos recomienda lecturas, grabándose de manera casera y hablando de sus libros favoritos. Allí aparecen desde el escritor estadounidense Charles Bukowski hasta un argentino al que califica de «autor maldito, transgresor, inteligente y artista imposible en tiempos de corrección política y cancelación», como el argentino Osvaldo Lamborghini.

Lo hace en los fines de semana, donde no hay lugar para celebraciones ni reuniones multitudinarias: «A mí no me gustan ni las fiestas ni los velorios. No voy a fiestas de la felicidad. Y en los velatorios, los curas hijos de puta rezan de mala gana». Para él, no hay diversión ni distracción. Hasta ha desairado a su amigo Mario Daniele cuando lo invitó a una escapada de pesca solos: «Yo me voy una noche a pescar con vos y a la hora me tiro al agua».

También aborrece su propio cumpleaños. Cuando en el chat de los senadores o diputados lo saludan, detesta responder. Un día tuvo un desfile de colegas y dirigentes políticos que fueron hasta su

oficina de Diputados en el sexto piso del Anexo. Le llevaron una torta y, contra su voluntad, prendieron una velita y le cantaron el «¡Feliz, feliz en tu día!». Pichetto cerraba los ojos, como un niño cumpliendo una penitencia y pedía que todo eso terminara urgente.

Otras de las actividades con las que no simpatiza son las festividades del Carnaval. Inspiradas en una visión de la Edad Media, cuando todas las clases sociales se reunían en las calles para borrar diferencias y eran eventos en los que el rey pasaba a ser un siervo, lo que alteraba las reglas del poder. Pichetto recuerda que la Revolución Francesa eliminó totalmente los Carnavales —también lo hicieron los bolcheviques con Stalin—, por ser «peligrosas» manifestaciones de igualitarismo. Y Pichetto, que detesta cualquier cosa que pueda irse de control, está de acuerdo.

En sus fines de semana en soledad, ver deportes tampoco lo entretiene: «No veo fútbol, me agobia», asevera. Una verdadera pena para alguien que sostiene que «no hay nada más letal que un domingo: es para el suicidio».

¿Quién es Miguel Ángel Pichetto? Alguna vez fue definido como «el secretario general de la clase política argentina» por su defensa irrestricta de los modos y las costumbres del sistema político del país. Nacido en Banfield, pero criado políticamente en Río Negro, este monje, en el sentido de una persona perteneciente a una orden religiosa que vive en un monasterio, en este caso el de la «casta» política, fue en los orígenes de su carrera legislativa un hombre clave del menemismo, con el que irrumpió en la vida pública y donde se sintió más identificado, política y personalmente.

Con los años, tras la crisis de 2001, se transformó en un soldado de los Kirchner. Cultivó un tipo de relación con Néstor y otro tipo (bien distinto) con Cristina a lo largo de los tres mandatos del matrimonio. En el peronismo, Pichetto siempre fue oficialista. Con el duhaldismo primero, y luego con el menemismo y el kirchnerismo. Pero también fue comprensivo con el macrismo mientras seguía siendo el conductor del bloque de senadores de un peronismo dominado con métodos maquiavélicos por los Kirchner.

El «Príncipe» mantuvo siempre un estilo de conducción de escuela peronista, muy vertical, respetuoso de los dirigentes de cada

provincia argentina (el Senado es la casa de las provincias) y fue jefe y ordenador a la vez, con la particularidad de que tenía «muñeca» en función de la construcción del diálogo y de las mayorías que el funcionamiento del Congreso Nacional requería.

Era duro en sus modos, pero contenía a todos. Inflexible en hacer cumplir las órdenes, se encargaba de recordar que las emociones no eran parte de su bagaje: «Yo nunca pude llorar en un velorio. No pude llorarlo a mi padre. Tengo muchas horas de terapia arriba. No hay luto para mí», le dijo al periodista Rodis Recalt en un reportaje para la revista *Noticias*.

Lo mismo que el día que anunció que sería candidato a vice de Mauricio Macri: «No estoy emocionado. Las emociones no forman parte de mi temperamento», dijo en conferencia de prensa. El «Príncipe» de la política argentina decide así su suerte cada mañana, antes de vestirse con sus trajes de corte inglés, la infaltable corbata y sus zapatos de media suela. Dejando siempre de lado lo que considera trivialidades o debilidades, mientras suelta frases de su cosecha. Dice: «No me gusta bailar porque los hombres duros no bailan», una frase seguramente inspirada en el título de una novela de Norman Mailer.

Como vive para la política, no se toma más que un puñado de días de vacaciones al año, sin registrar viajes al exterior por placer. Solo en cumplimiento del deber, como cuando acompañó la comitiva de Cristina Kirchner al velatorio del expresidente venezolano Hugo Chávez Frías, en marzo de 2013. El descanso, para él, es un fin de semana de lectura. O una escapada a El Cóndor, una playa de diez kilómetros de extensión en Río Negro, adonde va solo con su perro.

El cuidado de su imagen lo ha hecho moderado con la comida y «coqueto». No hubo sesión a la que acudiera sin antes pasar por la peluquería del Senado o pedirle al *coiffeur* oficial que se diera una vuelta por su despacho.

Pichetto actúa solo y silencioso a la hora de cranear sus movimientos, pero recurre a los gritos y a la vehemencia —incluso a los insultos— a la hora de pasar a la acción política. Como el día en que debía definirse un asunto clave en el Consejo de la Magistratura,

lugar donde se sanciona o se salva del escándalo a los jueces y a los fiscales, y una senadora complicaba sus planes.

Era 2017 y habían destituido de ese organismo a un senador peronista por San Juan debido a que se había descubierto que no era abogado: Ruperto Godoy fue desplazado y la suplencia recayó en la entrerriana Sigrid Kunath, senadora de la provincia de Entre Ríos. Pichetto, entonces jefe de los senadores, se reunió con la mujer y con el gobernador de esa provincia, el peronista Gustavo Bordet, y la encaró sin paciencia delante de su jefe político: «Querida, escuchame una cosa. Tenés que asumir vos, sos la suplente», pero la mujer se negaba porque se sentía maltratada por los medios de comunicación, donde se hablaba de su poca pericia para los temas judiciales. Debido a la tensión a la que estaba sometida en esa reunión, la joven legisladora se puso a llorar. El senador, con el rostro rígido, miró al impávido gobernador, y le dijo: «¿Te das cuenta por qué yo no hago política con mujeres?». La mujer lloró aún más.

2

De cuna bonaerense y menemista

Dado que el príncipe necesita saber utilizar provechosamente al animal, de entre todos los animales tiene que elegir al zorro y al león, porque el león no se sabe defender de las redes, y el zorro no se puede defender de los lobos. Así pues, hay que ser un zorro para conocer las trampas y un león para amedrentar a los lobos. Los que solo se basan en el león no entienden qué es la política.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Miguel Ángel Pichetto nació el 24 de octubre de 1950 en Banfield, conurbano sur de la provincia de Buenos Aires. Hijo de Juan Héctor Pichetto, que trabajó en la Marina Mercante y fue maquinista naval, y de Avelina Lozada, ama de casa encargada de la crianza de los tres hijos (Miguel, Graciela y Claudia, que trabajó con Miguel en el Estado) por los viajes marítimos del padre.

Juan Héctor fue jefe de máquinas en distintos barcos que viajaban por el sur. Se jubiló luego de trabajar un tiempo en Mar del Plata. Como el suyo era un trabajo caracterizado como «riesgoso» por la ferocidad del mar, cuando se retiró tempranamente puso un mercadito en Banfield, donde tenía una carnicería. Murió a los setenta y ocho años, en 2005, cuando Pichetto ya era senador.

Según el propio Pichetto, su padre fue «un tipo fuerte pero complicado». Tuvo que aprender a vivir en familia de grande, al retirarse del trabajo en el mar. Después de muchos años se encontró

con que tenía una familia. Y estar en contacto todos los días con su mujer y sus hijos «fue muy difícil para todos. Tenía algunos componentes complejos, agresivos», según reconoce con dolor Miguel Ángel. En tanto, Avelina, que cuidó y crio a sus hijos, falleció a los noventa y seis años. «Ella fue la que nos crio y la que estuvo siempre».

Los hermanos crecieron en el cruce de las calles Miguel Cané y Lugano, a dos cuadras del estadio del Club Atlético Banfield, un barrio de clase media trabajadora, en tiempos en los que no había marginación y los niños varones estudiaban y ocupaban el resto del tiempo jugando al fútbol.

Hay toda una leyenda respecto de Pichetto arquero en el club más importante del barrio. Era hábil para el oficio de portero en el «fúlbol», pero la leyenda de que atajó en el primer equipo nunca tuvo solidez, pues lo cierto es que no compitió profesionalmente en -Banfield. Sí se inclinó a cursar estudios en la escuela y la universidad pública donde se dedicó al estudio y no a la militancia política; más allá de que en las aulas de la UNLP se codeó con Federico Storani, entonces joven promesa del radicalismo y luego dirigente prominente de la Franja Morada, que terminó siendo uno de los fundadores de la Junta Coordinadora Nacional y ministro del Interior durante la presidencia de Fernando de la Rúa.

Pichetto salía de su casa en Banfield, caminaba ocho cuadras hasta la estación del Ferrocarril Roca y tomaba el tren de recorrido corto, desde Temperley hasta La Plata. No vivió en la capital bonaerense para cursar, sino que iba y venía desde su casa familiar.

Luego de ese paso por la universidad, Miguel Ángel comenzó a trabajar en un estudio jurídico de Lanús, al que lo llevó Eusebio Barriocanal, un prestigioso profesor de Derecho Constitucional. Hasta que un día vio un aviso clasificado en el diario *Clarín* que torció su destino. El clasificado buscaba abogados jóvenes dispuestos a mudarse al interior del país.

Pichetto llegó en 1977, a los veintiséis años, a Sierra Grande, un pueblo situado a trescientos kilómetros al sur de Viedma, donde la geografía desértica y árida se asemeja a una escenografía del lejano Oeste. Lo hizo sin otra cosa que un maletín y su flamante título de

abogado, atraído por el yacimiento de hierro que prometía crecimiento y prosperidad para toda la zona.

Fue uno de los tantos jóvenes profesionales que a fines de los años setenta, todavía en plena dictadura militar, dejaron Buenos Aires en busca de oportunidades en las despobladas tierras patagónicas donde estaba todo por hacerse. Aprobó exámenes académicos y tests psicológicos y quedó seleccionado para trabajar en Hierro Patagónico Sociedad Anónima (HIPASAM), una empresa mixta de Sierra Grande.

Viajó solo y vivió en el campamento destinado a los ingenieros, geólogos y demás profesionales solteros. Un año después se casó con su novia de Banfield, María Teresa Minassian, su esposa desde entonces, con quien llevaba una relación de casi cuatro años. La conoció en un colectivo. El estudiante de Derecho iba a visitar a un cuñado recién operado de apéndice en Adrogué, y Teresa iba a una fiesta, cargando una torta sobre su regazo en el transporte público. El ya gentilhombre Pichetto la ayudó a cargarla, conversaron un poco y, en tiempos en los no existían los ICQs ni los mensajes de texto, intercambiaron direcciones y vieron que vivían a tan solo ocho cuadras de distancia.

Pichetto tenía entonces un aspecto marcial. Había terminado el servicio militar en el que estuvo un año y tres meses haciendo la «colimba», en alusión a las órdenes de «corra, limpie, barra» de las que se abusaban los milicos, luego de prestar servicios en el Comando de Arsenales del Ejército, entonces ubicado en el hoy coqueto reducto de avenida Figueroa Alcorta y Ocampo.

Apostó al noviazgo y se terminó casando en una iglesia de Banfield de la calle Maipú y, un año después, tuvieron a su primer hijo: Juan Manuel Pichetto, quien, al crecer, se transformó en economista, fue candidato a intendente de Viedma en 2009 y trabajó en la ANSES con Diego Bossio.

Quienes lo conocen de esa época recuerdan ver a Pichetto entre las polvaredas de las áridas calles de tierra, en medio del viento seco y el calor sofocante de verano, siempre trajeado: saco azul, corbata, pantalón gris y mocasines. El mismo *look* de hombre de palacio en el que se convertiría poco tiempo después, con un estilo de galán recio

que le hizo arrastrar fama de mujeriego, aunque nunca se le conociera un solo escándalo en ese rubro.

Su paso por HIPASAM fue un entrenamiento clave: aprendió sobre licitaciones, contrataciones y, también, a discutir y negociar con empresarios, y con los encargados de las obras y de los servicios. Por sus minas, Sierra Grande había tenido un *boom* poblacional, llegando a superar los diez mil habitantes a los que no les llegaban las señales de televisión ni de radio con calidad. De noche, la única frecuencia que podía engancharse era la de las radios chilenas que tenían una onda mayor. Apenas tenían un cine desvencijado que funcionaba en un galpón de chapa, pero que, de todos modos, era muy concurrido.

El entretenimiento no era fácil, pero Pichetto encontró en el fútbol (o «fúlbol», como lo pronuncia) no solo la manera de matar el tiempo, sino también de hacer sociales y ganarse un nombre. Una virtud necesaria para los políticos. Los campeonatos congregaban a miles de personas y jugó durante años en el fútbol de cancha grande, pero también, a la noche, en el fútbol de salón. Siempre de arquero, un anticipo de su rol político de atajar problemas o crisis.

Allí conoció a Víctor Sodero Nievas, un abogado oriundo de Córdoba y peculiar dirigente todoterreno del PJ, que se convirtió en su socio y padrino político. Sodero había sido secretario de Trabajo del gobernador Mario Franco, que fue destituido por el golpe de 1976, y había fundado el primer estudio jurídico de Sierra Grande.

El contacto con Sodero se dio a través de un amigo en común. Pichetto fue al estudio y la conexión fue instantánea. «Esto es muy breve. Elegí cualquiera de los despachos que hay acá e instalate porque lo que sobra es laburo», le dijo Sodero. Ambos descendientes de italianos y con carácter fuerte, levantaron el estudio a fuerza de jornadas interminables de trabajo. Había días que se levantaban a las 5:30, viajaban a Viedma, hacían el recorrido por los tribunales, almorzaban y viajaban de nuevo otros trescientos kilómetros, para estar a las cuatro de la tarde en el estudio atendiendo casos hasta las diez de la noche.

El malhumor de Pichetto por las mañanas también es conocido en Sierra Grande. Su socio, que aprendió a llevarlo, trataba de no

molestarlo en el arranque del día o, por lo contrario, le ofrecía un inicio distendido entre charlas y mates. Cuando llegaba la media mañana, ya estaban los dos sumergidos en el papeleo. En los meses de verano aprovechaban la hora de la siesta para ir a jugar al vóley a la playa. Pero a las cuatro de la tarde era sagrado estar de nuevo en el estudio.

Tanta actividad vino acompañada, en las mismas proporciones, por el dinero. Fueron muchas veces criticados por ganar tanto en un pueblo de trabajadores y obreros. Pero para ellos siempre fue lo justo en correspondencia con su dedicación. Además, el riesgo de los juicios lo corrían ellos. De antemano no podían cobrar nada, así que sellaban un pacto de tarifa sobre el resultado de los fallos.

Era una gran apuesta y les salió bien. Se dividieron el trabajo por temáticas. Miguel tomó los litigios ligados a lo previsional y daños. Sodero se hizo cargo, entre otros temas, de lo penal. El tándem tejió una amistad y de su primer viaje a Francia, Sodero le trajo una estatuilla de Napoléon a su amigo. Convivían en todos los niveles: en el trabajo, en el estudio, en la política y en el deporte. Menos en la participación religiosa.

Sodero nunca logró convencerlo, tampoco nunca supo el origen de ese rechazo. Pichetto era refractario a la idea de estar cerca de la Iglesia Católica y, mucho menos, a la posibilidad de ser parte o de militar en ella. A ese anticlericalismo, Pichetto lo transformó en un discurso para combatir una parte de la doctrina social y religiosa que está vinculada con el tema del «pobrismo». Ese eje le dio algunos réditos con el paso del tiempo, porque se confundió la bandera de la ayuda social del peronismo con una práctica institucionalizada de gente pobre y de organizaciones intermedias.

A través de una de sus clientes, que era docente, Pichetto empezó también a dar clases de derecho comercial y derecho administrativo en una secundaria nocturna. Entre los conocidos de la empresa, el fútbol y la escuela, su agenda se volvió nutrida en poco tiempo. Lo que lo envalentonó para, apenas dos años después de su llegada, en 1979, renunciar a HIPASAM y dar un salto al vacío: volverse autónomo y dedicarse de lleno al estudio jurídico.

Dejar la seguridad y las comodidades que brindaba la empresa fue una apuesta arriesgada porque tenían que salir a alquilar una casa y Pichetto ya tenía a su cargo una familia que se agrandaba. En 1980 nació su segunda hija, Carolina.

En una ciudad en plena ebullición, sobraba trabajo y Pichetto siempre se jactó con sus colaboradores de haber defendido a los trabajadores. Se especializaron en discapacidades, porque la mina era un lugar de accidentes recurrentes, a la par que trabajaban para la Cámara de Comercio local y algunos sindicatos, como el de la alimentación de San Antonio, que tenía actividad, aunque la etapa de reorganización gremial todavía no había empezado. La dictadura los dejó funcionar, pero tuvieron advertencias sobre los límites de ese funcionamiento.

Lo cierto es que Pichetto nunca fue de izquierda ni tuvo vinculación con grupos guerrilleros, aunque influenciado por una mujer, su primer voto, a los veintitrés años, fue para el candidato del Partido Socialista de los Trabajadores, Juan Carlos Coral, quien primero enfrentó a Héctor Cámpora y después al propio Juan Domingo Perón, obteniendo el 1,53% de los votos.

En ese entonces, Pichetto salía con una mujer, más grande que él, que sí participaba en la estructura militante. Pero esa relación, al igual que la tendencia socialista de Pichetto, duró poco. Rápidamente sintió más afinidad por el peronismo, y ahí se quedó.

En Sierra Grande, el pueblo estaba militarizado, con dos regimientos de Gendarmería. Por su actividad vinculada a los juicios laborales contra los empresarios, tanto Pichetto como Sodero ya estaban en la mira. Para colmo, Sodero había tomado un caso en el que se habían denunciado apremios ilegales. Pronto se les vinieron las fuerzas de seguridad encima. La policía local, con la que tenían buena relación, les había advertido: «Ojo, muchachos, que siempre piden informes sobre ustedes».

Sodero, que llegó a tener la biblioteca más nutrida de la Patagonia con más de cinco mil volúmenes, llamaba la atención porque siempre andaba con el auto cargado de libros. Ambos leyeron los clásicos griegos: desde Aristóteles hacia arriba y hacia

abajo, todo. Pero mientras Sodero seguía una línea formativa tradicional, Pichetto se volvió un experto en novelas policiales.

Un día, dos camiones de las fuerzas de seguridad bloquearon las esquinas y cerraron la cuadra del estudio en el que trabajan en un primer piso. Revolvieron los libros de la biblioteca. No encontraron nada, allí no había libros socialistas o comunistas, pero se los llevaron demorados tanto a Pichetto como a Sodero y los tuvieron detenidos toda la tarde. Fue un mensaje.

Poco tiempo después, en 1981, Carlos Cabrera, el exlíder de la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA), que en ese entonces estaba intervenida, les mandó un aviso para que cierto día a determinada hora fueran a la única cabina telefónica del pueblo. Él los iba a llamar. Cabrera tenía la información de que circulaba un listado de abogados laboralistas de todo el país que estaban en la mira del Gobierno de facto. «Vénganse a Buenos Aires, no se queden ahí», les dijo.

Eso hicieron. Estuvieron unos veinte días alojados en un hotel que AOMA tenía en el centro porteño. También les recomendaron frenar por un tiempo los juicios laborales y dedicarse a divorcios, casos de delincuencia, cualquier cosa menos temas laborales. Los juicios quedaron *stand by* hasta la restauración de la democracia.

Poco antes de que eso ocurriera, Pichetto empezó a participar de reuniones secretas en casas de amigos y conocidos para reorganizar el Partido Justicialista. Por eso, cuando el presidente de facto Reynaldo Bignone autorizó en julio de 1982 la vuelta de la actividad política y partidaria, el PJ rionegrino comenzó a reorganizarse con el exgobernador Mario Franco como su líder.

Mario Franco había tenido una historia muy particular. Luego de ser gobernador de la provincia de Río Negro entre 1973 y 1976, fue detenido por orden del almirante Aldo L. Bachmann, designado gobernador de facto por el general Jorge Rafael Videla. Tras la caída de Isabel Perón, Franco fue enviado a una base naval donde decidieron subirlo a uno de los llamados «vuelos de la muerte», que consistían en subir a los detenidos y secuestrados a un avión, inyectarles una dosis de pentotal sódico y arrojarlos al mar.

Enterada de que lo iban a asesinar, la mujer de Franco llegó hasta Hugo Anzorreguy, un peronista de buenos contactos con los militares. En tiempos donde no había teléfonos celulares ni WhatsApp, Anzorreguy fue a buscar al almirante Emilio Eduardo Massera, que estaba en el Hipódromo de Palermo. Acompañado de la *vedette* Graciela Alfano, el poderosísimo miembro de la Junta Militar del Proceso escuchó el pedido por la vida de Mario Franco y se ocupó del asunto. Fue tan ajustada la movida que al exgobernador peronista lo bajaron de un avión que estaba por volar con destino a la muerte.

El 2 de abril de 1982, Pichetto y Sodero habían organizado con el exgobernador Franco una reunión partidaria disfrazada de inauguración de una agencia de autos. El evento siguió con un asado en la panadería de unos amigos de Sierra Grande. Ese día, el de la reconquista de las Islas Malvinas, hablaron de poner en marcha el engranaje político sin tener idea de todo lo que vendría después. Ya entonces se anticipaban a ganar tiempo y terreno.

A Sodero, que ya había tenido un cargo político, lo empezaron a llamar como referente cuando se comenzaba a percibir la posibilidad de una vuelta democrática. Pichetto, en cambio, todavía no tenía una afiliación política definida ni estaba convencido de meterse en política. Pero siendo parte de la cocina, se terminó entusiasmando. Una vez que se decidió, no lo paró nadie. «Es un gringo que tiene como trescientos caballos de fuerza», recuerda un viejo colaborador.

Habían establecido casi un culto del encuentro con la gente. El 1º de mayo, el 17 de octubre y la fiesta de fin de año eran eventos sagrados. Para el 31 de diciembre organizaban un baile popular para que la gente que durante todo el año se había sacrificado o sufrido la pérdida de algún amigo en la mina, se divirtiera. Una vez también organizaron una pelea de boxeo y ambos fueron jurados.

Al poco tiempo, Sodero le pasó la posta. «Miguel, te tenés que quedar con la base política de Sierra Grande, yo me voy a armar la provincia», le dijo. Y así fue.

En las elecciones de 1983, Pichetto debutó oficialmente en política como candidato a concejal. El peronismo, en contra de lo que se pensaba, sufrió un fuerte revés en todo el país y Raúl Ricardo

Alfonsín fue electo presidente. En Río Negro ganó el radical Osvaldo Álvarez Guerrero y, con él, volvió un largo período de hegemonía de la UCR en la provincia. Salvo en el corto intervalo desde 1973 a 1976, que gobernó el justicialista Mario Franco, todos los mandatarios que asumieron, entre golpe y golpe de Estado, fueron radicales.

La población rionegrina, en gran parte descendiente de los primeros colonos europeos que fueron seducidos con tierras para poblar la Patagonia, y también compuesta por migrantes de otras provincias del centro del país y empresarios del Alto Valle, tenía el ADN conservador (no por lo religioso) típico de la clase media-media alta ligada a las banderas radicales.

Con la vuelta democrática, la provincia retomó la tradición de elegir gobernadores de la UCR, racha que se rompió recién veintiocho años después, en 2011, con la elección del peronista Carlos Soria, quien no llegó al mes de mandato cuando murió asesinado por su propia esposa.

Pichetto, igualmente, supo hacerse un camino de rápido ascenso en Río Negro. Tras cumplir el mandato como concejal de Sierra Grande, que entonces en la provincia duraba dos años, fue electo intendente en 1985 tras ganarle la elección al candidato radical por apenas ciento ochenta votos.

La UCR llegaba con muy buen arrastre nacional y se confió. Pichetto, en cambio, hizo uso de sus redes tendidas en el mundo del fútbol local, la escuela y el amplio abanico de clientes del estudio. Planteó una campaña puerta a puerta y participó de cada evento social al que lo invitaban. Esa fue la llave que lo llevó a sentarse al frente de la Municipalidad de Sierra Grande, venciendo a Belúz Clemente González, que buscaba la reelección.

Como intendente, entre la adrenalina de la gestión y el contacto directo con los vecinos, vivió sus años más felices, según él reconoce. Aunque significó grandes desafíos.

Primero, tuvo que imponer autoridad porque los funcionarios y la planta permanente de la Municipalidad eran, casi todos, personas mucho más grandes que él. Pero además, debió aprender a domar su carácter —en ese entonces más temperamental y rígido debido a

su juventud— para evitar situaciones tensas, como la de casi irse a las manos con un camionero que rompió un tramo de asfalto que el municipio acababa de tender.

También practicó su cintura política para lograr encauzar, por ejemplo, la relación con Hilario Correa, el cura de la iglesia local, con quien arrancó con el pie izquierdo. De allí data su permanente pelea con la Iglesia católica, que tuvo su hito en sus cruces con el papa Francisco.

Cuando Pichetto llegó a la intendencia, se encontró con que la titular de la Secretaría de Acción Social era una monja. Eso era algo que su formación laica no le permitía sostener y así se ganó un conflicto con el cura que, desde el atril, cada domingo le lanzaba dardos al flamante intendente y pedía rezar por su «alma pecadora». En venganza, cada vez que tenía que trabajar en alguna obra de caridad, Pichetto contragolpeaba y llamaba a los pastores protestantes.

Pichetto fue luego un menemista de la primera hora, y se mantuvo firme en esa posición a pesar de que fue Carlos Saúl Menem quien en 1991 —al no poder privatizarla— cerró la mina de hierro de Sierra Grande, condenando a su pueblo otra vez a la desgracia.

Ya como intendente, había visitado a Eduardo Menem en el Senado, donde le planteó su intención de acompañar a su hermano Carlos, el entonces gobernador de La Rioja, en sus aspiraciones presidenciales que lo elevaron como una figura de la renovación - peronista.

A Carlos Menem recién lo conoció en persona en 1987. Fue cuando viajó a Río Negro como parte de su actividad de posicionamiento y Pichetto llevó gente a su acto en el club Ferro de San Antonio Oeste.

Menem lo vio, lo invitó a almorzar y le pidió que lo acompañara a Ingeniero Jacobacci, una localidad en la otra punta de la provincia, a la que se llega por una ruta de ripio y donde se crían ovejas. Pichetto no lo dudó y mandó a sus empleados a avisarle a su mujer que no volvería hasta unos días después.

Juntos hicieron más de quinientos kilómetros, compartiendo charlas que le quedaron grabadas como lecciones de política. Pichetto estaba fascinado con el nuevo protagonista de la política argentina que amenazaba con sacar al radicalismo del poder: «Nunca hables de los otros, solo hablá de tus ideas», le aconsejó el gobernador de La Rioja al intendente.

En ese entonces, Menem ya era una figura nacional de la política y del espectáculo. Por esos días se había suicidado la actriz y *vedette* Thelma Stefani, a quien los medios relacionaban en un amorío con Menem, situación escandalosa, pues el mandatario riojano estaba casado con Zulema Yoma.

Menem, como buen «Príncipe», avalaba que el fin justificaba los medios: «Esta es una etapa donde es importante que hablen de vos, bien o mal, pero que hablen», reflexionaba el inoxidable riojano con una lógica marketinera que tiempo después sería el manual de la nueva política. En ese rubro, Menem siempre se movió con habilidad, como cuando años después —ya siendo presidente— se mostraba con la *vedette* y conductora Amalia «Yuyito» González, y se pavoneaba a bordo de una Ferrari roja. O visitando con frecuencia los teatros porteños Maipo o El Nacional, donde se codeaba con la farándula en los camarines. O en sus paseos a caballo por La Rioja, con pinta de caudillo provincial y patillas a lo Facundo Quiroga, que tomaron dimensión nacional.

De regreso de la recorrida, Menem fue a conocer el despacho del intendente de Sierra Grande. Cuando entró a la oficina principal del municipio, Pichetto le ofreció su lugar para sentarse. Menem hizo un gesto de rechazo con la mano y no aceptó: «No, no. Ahí sentate vos, que te lo tenés bien ganado». Pichetto no olvidó nunca ese gesto.

A nivel nacional, los renovadores, con Menem a la cabeza, avanzaban día a día. Sodero y Pichetto participaron de la gran convocatoria que el gremialista Luis Barrionuevo hizo en Mar del Plata, y de los sucesivos actos. Tenían que tener quince unidades básicas para poder participar a nivel provincial y Sodero, que veía imposible el acceso a las grandes ciudades, se refugió en un esquema diferente: armó unidades en todos los pueblos chicos vecinos de la costa atlántica y en la llamada «línea sur» de la parte

austral de la provincia. «Había que estar en Bariloche el día de cierre de listas. Ahí siempre quedaba algún herido que dejaban afuera y podíamos pescar», recuerda.

Remo Constanzo era el fundador de la renovación peronista, pero cuando se definieron las candidaturas se fue de tesorero de la campaña y le empezaron a comer terreno desde la renovación. Pichetto nunca tuvo dudas. Le gustó la renovación peronista de entrada y la figura de Menem. Arriba de donde estaba ubicado el restaurante El Tropezón, sobre Callao, había un refugio menemista, donde se juntaban con Ramón Hernández y el propio Carlos Menem.

Aunque fueron intensas, las aventuras como intendente solo duraron dos años para Pichetto. En ese período, su esposa se le apareció un día en la Municipalidad pidiendo por unas cloacas para una amiga. La mujer fue con buenas intenciones, pero su marido la frenó: «No vengas nunca más al Municipio a pedirme algo, esto no es un bien ganancial», le advirtió. Luego de que su mujer se marchara, razonó en voz alta: «No se puede hacer política conyugal».

Cuando terminó el mandato municipal, eligió subir otro escalafón y se convirtió en legislador provincial. Entonces dejó Sierra Grande con su familia para radicarse en Viedma, la capital de la provincia y de la política local. Como los típicos viedmenses, se alojó en el centro de la ciudad y se compró una casa frente al mar en El Cóndor, a treinta minutos de Viedma, donde toda la clase acomodada suele descansar los fines de semana. Los rumores locales aseguran que en esa casa se alojó la expresidenta, Cristina Kirchner, en viajes ocultos. Pichetto lo niega.

Como diputado provincial ocupó una banca desde 1988 a 1993, el año en el que, de la mano de Menem, pegaría su salto más grande para ser candidato a diputado nacional. Eso significó la entrada de Pichetto a la política nacional que se tejía en Buenos Aires, por lo que sus estadías en Viedma empezaron a reducirse a fines de semana por medio, con suerte.

Sin embargo, nunca descuidó los tentáculos que había extendido a lo largo y ancho de Río Negro. Construyó poder en sectores clave, como la obra pública y la universidad local. Al punto de que el

consejo entre los intendentes cuando querían acelerar algún proceso era: «Andá a hablar con Pichetto», sin importar el color político que gobernara la provincia. Y él los recibía a todos, incluso a los radicales que fueron quienes obturaron su sueño de gobernar esas tierras. De todas maneras, ya estaba dando el primer paso del camino que lo convertiría en amo y señor del Senado por dieciocho años.

3

El accidente que lo cambió todo

Un señor que actúe con prudencia no puede ni debe observar la palabra dada cuando vea que va a volverse en su contra y que ya no existen las razones que motivaron su promesa. Y si todos los hombres fueran todos buenos, este precepto no valdría; pero puesto que son malvados y no te mantendrían a ti su palabra, tú no tienes por qué guardársela a ellos.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Pichetto tenía una coupé Torino, auto icónico de los años setenta, con la que se movía por la provincia. Sus compañeros del estudio jurídico de Sierra Grande lo cargaban por un accidente muy peculiar que tuvo: un día, de camino a Viedma, se distrajo un momento y chocó a una locomotora en movimiento, que estaba cruzando la ruta. No le pasó nada, pero la empresa Ferrocarriles Argentinos lo demandó. «El colmo del abogado», diría después, con su particular humor, al recordar el suceso más bien de comedia.

No fue el único accidente que tuvo Pichetto en tantos años de ruta. En 2015, en plena campaña por la gobernación de Río Negro, iba con el entonces vicegobernador Ariel Rivero cuando al chofer que los llevaba se le cruzaron dos jabalíes cerca de Guardia Mitre, a noventa kilómetros de Viedma. No hubo heridos y el auto solo sufrió daños en el radiador. Pero de todos modos, tras el nuevo incidente, suspendió su agenda de campaña y voló a Buenos Aires.

Pero el accidente que lo cambió todo sucedió el 24 de diciembre de 1998. Pichetto era diputado nacional y vicepresidente del bloque peronista. Además, ya ejercía su influencia en la Justicia desde una poltrona en el Consejo de la Magistratura. Mientras tanto, no descuidaba su faena política en la provincia de Río Negro, donde seguía teniendo su casa.

Se acercaban las fiestas de fin de año y la familia tenía programado pasarlas en Viedma. Teresa, la mujer de Pichetto, quería ir en el auto que su esposo recién le había comprado: un VW Gol. «Un auto chiquito de mierda», decía Miguel Ángel, quien lo había conseguido para uso exclusivo de su esposa.

La insistencia de la mujer lo llevó a ir, finalmente, en coche hasta su provincia: «Necesito el auto allá, así me muevo sola y no dependo de vos, que estás siempre ocupado», rezongó la esposa. De mal humor, Pichetto aceptó, pero pidió salir temprano para evitar la noche en una ruta demasiado oscura. Teresa y su hija Carolina se tomaron su tiempo para salir y el viaje comenzó a la tarde, contra la idea de Pichetto de salir a las seis de la mañana.

Manejó él, tratando de imponerle ritmo a un viaje que les llevaría dieciséis horas y que los dejaría en Viedma no demasiado lejos de la Nochebuena. Ya estaba atardeciendo cuando Pichetto tomó la Ruta 3 con su mujer Teresa en el asiento de acompañante y su hija Carolina en la parte de atrás. Él conocía cada tramo de ese camino, lo había recorrido durante años, yendo y viniendo desde la Cámara Federal de Apelaciones de Bahía Blanca a contestar recursos o a las audiencias.

Viedma había quedado ciento ochenta kilómetros atrás, cuando iba por la altura de Mayor Buratovich, zona de chacareros, y desde una banquina surgió la sorpresa en la oscuridad. No fue un animal, presencia habitual en la zona, sino un tractor sin luces. Pichetto pegó un volantazo salvaje, pero las distancias no permitieron evitar la colisión: el costado del asiento de acompañante impactó de lleno contra la rueda trasera del tractor.

Los tres quedaron heridos, con distintos niveles de gravedad. Los bomberos los rescataron y los llevaron de urgencia al Hospital Interzonal Penna, de Bahía Blanca, y después, a Pichetto y a su

mujer los trasladaron a Buenos Aires al prestigioso Hospital Italiano. Pichetto recibió heridas leves, pero Carolina sufrió fracturas.

Ya en Capital, los ubicaron en habitaciones distintas, Pichetto logró conciliar el sueño, resignado a pasar en un sanatorio la noche de Navidad. En un momento, despertó y en la somnolencia que producían los calmantes, descubrió que en la habitación estaba sentado el entonces presidente Carlos Saúl Menem. Sentado al lado suyo, esperando que abriera los ojos, Menem apeló a su habitual sonrisa y le preguntó cómo estaba. «Pero presidente, es Navidad, ¿qué hace acá?», dijo Pichetto, conmovido como pocas veces en su vida.

Menem estaba allí, en un gesto de agradecimiento a su fiel dirigente. Conversaron un largo rato y luego Pichetto se durmió. Más tarde, una enfermera le dijo que el presidente había estado sentado allí, mientras él dormía, observándolo en silencio: «Estuvo como tres horas», exageró la mujer, asombrada. El hecho, inolvidable, determinó la lealtad eterna de Pichetto al líder riojano.

Mientras eso ocurría, Teresa estuvo al borde de la muerte. Los médicos le salvaron la vida, pero, desde allí, empezó un calvario de intervenciones quirúrgicas (más de diez) para acomodar el cuerpo tras las múltiples fracturas. Ella se recuperó, pero no volvió a ser la misma. Las rehabilitaciones, las drogas para calmar el dolor y las incapacidades físicas trajeron aparejados traumas psicológicos y enfermedades psicomentales. Se encerró en sí misma.

La relación entre ellos no volvió a ser igual. Pichetto se mantuvo a su lado y contrató especialistas para que la acompañaran en un proceso que la llevó a pasar de episodios de «mucha calma a otros de mucha alteración», según el relato de un amigo de esos tiempos. Las visitas a un hospital de día permitieron a Teresa ordenarse un poco. Pero desde entonces, ella se encerró en su casa y ya no salió, salvo para sus pocas actividades sociales.

El aislamiento de Teresa fue reforzado por Pichetto, quien armó en su casa de Vicente López una biblioteca en el altillo. Y modificó las escaleras para que su esposa no suba a ese lugar, en el que él no quiere que nadie se meta. Allí solo entran él y sus libros, en soledad, sin la interferencia de Teresa ni de nadie más. Atrincherado en ese

refugio de la vida cotidiana, la vida se extendía afuera, donde pasaba casi todo el día, en las reuniones en su despacho, en las cenas políticas y en las participaciones en programas de televisión.

Nada volvió a ser lo mismo tras el accidente en Mayor Buratovich, esa zona rural que cambió el rumbo de la vida familiar. No fue lo mismo para el matrimonio, ni para Carolina, que tuvo secuelas del impacto y que llevó a su padre a sobreprotegerla.

La relación de Pichetto con las mujeres fue siempre muy particular. Su intenso ritmo de vida más las largas jornadas de campañas electorales, cenas de rosca y sesiones interminables en el Congreso lo llevaron a relacionarse con muchas y de diversos modos: «No fui un santo», reconoce Pichetto, un católico que asumió el sacramento del matrimonio para una sola vez en la vida.

En su juventud, cuando trabajaba en HIPASAM, se vio conmovido por una presencia de las tantas que bajaban de los barcos que recalaban en Sierra Grande. Y pese a que predominaban las visitantes suecas y noruegas, al parecer Pichetto quedó impactado por «la Colombiana».

La leyenda habla de que esa aparición sacudió su vida a los veintinueve años. La pasión produjo una mezcla de torbellino, confusión y vorágine como nunca más le volvió a ocurrir. Días y noches de pasión donde conoció al «amor de su vida». Pero «la Colombiana» al tiempo partió de regreso a su familia y a su tierra, y la relación no fue más allá de algunos viajes a Colombia del -enamorado.

La historia tuvo un cierre, pero nunca el recuerdo se borró en la vida de un Pichetto siempre fiel a una sentencia: «Pude haber tenido mil amantes. Pero me casé una vez y para toda la vida», dijo una vez y se aferró para siempre a vivir con su novia y vecina de Banfield, de quien se siente responsable desde aquel accidente de 1998.

4

La llegada rutilante al Senado: pasión y ruptura

Un príncipe no debe tener más objetivo ni más preocupación, ni dedicarse a otro arte que el de la guerra, su organización y su disciplina. Porque este es el único arte que no solo mantiene en el poder a los que han nacido príncipes sino que muchas veces hace que alcancen ese grado hombres de privada condición.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

En una carrera veloz, en 1993 llega a ser diputado nacional y al poco tiempo es elegido vicepresidente del bloque, secundando al cordobés Humberto Roggero, a quien luego sucede en la conducción de los legisladores peronistas. Y luego, por los servicios prestados al menemismo en su llegada al poder, en 2001 es el propio Carlos Menem quien lo apoya para competir por una banca en el Senado por la provincia de Río Negro, lugar que ocupó desde ese momento hasta diciembre de 2019.

Hacia finales del año 2001, la Argentina sufre una crisis abrupta que deriva en la salida del presidente radical Fernando de la Rúa, quien no puede capear la situación económica, precedida por la crisis política desatada por la renuncia de su vicepresidente, Carlos «Chacho» Álvarez. Desesperado, De la Rúa convoca de urgencia como ministro de Economía a Domingo Felipe Cavallo y todo explota

cuando el exministro de Menem instaura el «corralito», que significó la imposibilidad de que los ahorristas dispongan de su dinero, lo que produjo que los bancos fueran el blanco de la ira de los sectores medios atrapados por la crisis.

El dirigente peronista de mayor poder era entonces Eduardo Alberto Duhalde, un abogado de Lomas de Zamora y puntero político que tenía el manejo de los intendentes del conurbano bonaerense. Pichetto es testigo de estos sucesos y participa de ellos de un modo lateral, pues era un recién arribado a la política grande, que siempre se definía en la ciudad de Buenos Aires.

Con Duhalde no había tenido demasiado vínculo en la etapa previa, pues mientras el lomense era gobernador en la provincia de Buenos Aires, Pichetto hacía política en Río Negro y estaba claramente embanderado con Carlos Menem, en un momento en que Duhalde y Menem eran archirrivales disputándose el manejo nacional del peronismo. De hecho, Duhalde había dejado la vicepresidencia de Menem, en 1991, para postularse como gobernador y negociar con él el llamado «Fondo del Conurbano», un ducto de dinero fresco mensual que le garantizaría gobernabilidad y paz social en una provincia demandante.

En la elección parlamentaria de 2001 se renueva el Senado por completo y surgen caras nuevas que van a ser parte de la historia del peronismo, como el misionero Ramón Puerta, que llegaría a ser presidente por dos días, o el riojano Jorge Yoma, muy influyente entonces en el mundo menemista. Como presidente provisional del Senado, estaba Juan Carlos Maqueda, un abogado muy allegado a Eduardo Duhalde, que terminó siendo juez de la Corte Suprema de Justicia y fuente de llegada permanente de Pichetto al máximo tribunal de Justicia.

Sus pares en el Senado lo vieron arribar a Pichetto fomentado por el escribano Remo Constanzo, un rionegrino de la ciudad de Viedma que fue uno de los referentes partidarios de su provincia y que también tuvo juego en el Partido Justicialista Nacional, donde siempre prefirió ocuparse —sagaz— del Consejo de Finanzas de la principal fuerza política argentina. Constanzo fue uno de los senadores que, en la presidencia de De la Rúa, fue acusado en el

marco del escándalo conocido como «la Ley Banelco», una causa judicial que involucró a peronistas y radicales supuestamente sobornados para apoyar una ley de Reforma Laboral que auspiciaba el Gobierno de entonces.

El camionero Hugo Moyano —ya entonces un poderosísimo sindicalista— había desnudado que el ministro de Trabajo Alberto Flamarique le había dicho: «Para los senadores tengo la Banelco», en alusión de la principal marca de tarjetas de débito, lo que significaba que, supuestamente, había comprado a los legisladores peronistas más caracterizados.

Esos dichos no fueron nimios. Por ellos fueron llevados a juicio, y acusados de cobrar coimas, el propio Remo Constanzo y los funcionarios radicales Alberto Flamarique, Fernando de Santibañes y Mario Pontaquarto, el arrepentido del caso, más los entonces senadores peronistas Alberto Tell, Ricardo Branda, Augusto Alasino y Mario Cantarero, además del radical mendocino José Genoud.

Pichetto era un novel legislador de cincuenta años que había llegado para renovar ese elenco de senadores peronistas y que, de a poco, pero con esfuerzo maquiavélico, se fue ganando la confianza de los más experimentados, entre ellos los pesos pesados, como el exgobernador bonaerense Antonio Cafiero y Eduardo Menem, el hermano del expresidente Carlos Menem, quien fuera un hombre clave en los años noventa y que recelaba de todo aquel que se acercara a intentar sacar provecho de su vínculo. «Es muy menemista y tiene mucho futuro», lo fatigaba Constanzo hablándole de Pichetto al hermano Eduardo, quien siempre desconfiaba por principios.

Recién llegado al Senado comenzó a aceitar sus vínculos con el jefe del bloque, el entrerriano Augusto Alasino, con quien supo forjar una sólida relación. Pero nada fue sencillo para Pichetto, pues en septiembre de 2000, Alasino es reemplazado en ese rol por el sanjuanino José Luis Gioja, un chispeante puntano que arregló con Duhalde para ocupar ese cargo que era, ni más ni menos, que ser un virtual vicepresidente, dado que Duhalde había asumido la Jefatura de Estado a través de la Asamblea Legislativa.

En ese momento entra en juego Juan Carlos Mazzón, apodado «el Chueco», un dirigente mendocino muy influyente en el peronismo por su profundo conocimiento del mapa interno del partido, así como de las leyes electorales. Fue él quien recomendó que era mejor tenerlo a Pichetto conduciendo el bloque y no de presidente provisional. Intuía, gracias a su curtido olfato, que el rionegrino sería un sagaz negociador para «el día a día» del Parlamento.

¿Quiénes eran los referentes de ese PJ puro? Eran quienes habían bancado a Pichetto de entrada, como Cafiero, Eduardo Menem y Reutemann, a los que había que sumar a históricos como Rubén Marín, jefe del PJ de La Pampa, que había sido presidente del partido a nivel nacional, amén de llegar más tarde a gobernar su provincia durante doce años.

Pichetto cambió el estilo y la dinámica parlamentaria. Se pasó de reuniones de cinco horas a citas más concretas de no más de una hora, donde todo empezó a ser más práctico, donde todo era ejecutivo. El «estilo Miguel Ángel» era expeditivo y conciliaba eficazmente las disidencias internas en un bloque de conformación picante.

En 2001 también había llegado al Senado Cristina Fernández, esposa del gobernador santacruceño Néstor Kirchner, quien ya había formado parte de la Cámara en el año 1995 y, por mostrarse como una rebelde y enfrentar a la línea oficial, había sido expulsada del bloque por el menemismo.

A su regreso al Senado, ella volvió a enfrentarse fundamentalmente a Eduardo Menem, el fiel hermano. En ese último tramo de influencia menemista, un clásico del Senado era ver cómo Cristina Kirchner disputaba poder y enfrentaba a los soldados del expresidente riojano, a quien al principio apoyó pero comenzó a combatir en 1998, cuando con su marido y el dirigente porteño Alberto Ángel Fernández, entre otros, formaron el Grupo Calafate, un armado político para disputar con el menemismo. En esos primeros años del siglo, cuando un tema vinculado a la diplomacia debía ir al Senado, Cristina maniobraba para que fuera tratado en la comisión de Asuntos Constitucionales que ella presidía y, de ese

modo, esquivar que fuera tratado por Eduardo Menem, que encabezaba la comisión de Relaciones Exteriores.

Llegó 2003, y mientras se percibía olor a nueva elección presidencial, un suceso alteró a la provincia de Catamarca y al efervescente Senado. Allí se convocó a elecciones y un sindicalista, que ganaba espacio de manera fulgurante, quería ser gobernador de esas tierras ricas en oro, litio, cobre y plata. Se trataba de Luis Barrionuevo, titular de la UTHGRA, Unión de Trabajadores Gastronómicos y de Hoteles a nivel nacional, quien quería postularse, pero carecía del requisito de los cuatro años de residencia efectiva inmediata en la provincia. Barrionuevo vivía instalado, a pesar de su cuna catamarqueña, en la ciudad de Buenos Aires y en Mar del Plata, donde contaba con una lujosa mansión en uno de los barrios más acomodados.

Barrionuevo era senador y pugnaba por violar lo que establecía la Constitución local. Así que, llegado el 2 de marzo, el gremialista advirtió: «Si no hay boletas del Partido Justicialista, no hay elecciones». Y como no estaba habilitado el PJ, el gastronómico mandó a sus fieles militantes sindicales a romper y quemar urnas. El caos dominó a la provincia y el gobernador Oscar Castillo debió suspender las elecciones.

El escándalo llegó luego al Senado, donde varios de sus pares acusaron a Barrionuevo de los delitos de «inhabilidad moral» y «desorden de conducta» previstos en el Artículo 66 de la Constitución Nacional. Quien tomó la batuta para expulsar a Barrionuevo de la Cámara Alta fue Cristina Kirchner, que empujó a otros legisladores a afirmar que «los hechos ocurridos en Catamarca constituyen un atentado contra la democracia y las instituciones».

Junto con ella firmaron los justicialistas Liliana Negre de Alonso (San Luis) y Marcelo Guinle (Chubut), más los radicales Raúl Baglini (Mendoza), Eduardo Moro (Chaco), Carlos Prades (Santa Cruz), Jorge Agúndez (San Luis) y la frepasista Vilma Ibarra. Pero la mayoría del peronismo no acompañó: Jorge Yoma, Eduardo Menem, Malvina Seguí, Mabel Müller, Eduardo Menem, Sonia Escudero y Guillermo Jenefes desconocieron la iniciativa de Cristina Kirchner.

El dictamen alcanzó ocho de los quince votos de la comisión actuante, pero para la expulsión de Barrionuevo eran necesarios los dos tercios de los presentes en la sesión de tablas. Cristina bramaba y culpaba a los demás peronistas de complicidad. Pichetto no se conmovió. Dijo: «Los hechos de violencia de ayer fueron provocados por la proscripción que sufrió el peronismo catamarqueño en todas sus candidaturas y su candidato, Barrionuevo, por parte del Frente Cívico», en una abierta defensa del sindicalista gastronómico. De esa manera mostró los dientes para justificar que la jefatura del bloque peronista del Senado le correspondía con creces.

El episodio no pasó desapercibido para la interna justicialista y, llegado el momento de la elección presidencial de 2003, el peronismo se dividió: Menem intentó ir por un nuevo mandato y el poderoso gobernador Eduardo Duhalde quiso desafiar esa empresa y buscó un candidato. Cristina, luego de haberse definido las fórmulas, viajó en abril de 2003 a Catamarca en modo electoral y fue recibida a huevazos por los seguidores de Luis Barrionuevo, quien nunca le perdonó ese intento de sacarlo del Senado.

No le resultó fácil a Eduardo Duhalde elegir un candidato en modo delegado. Primero, lo promocionó a Carlos Alberto Reutemann, en ese entonces gobernador de Santa Fe. Por razones jamás esclarecidas, el expiloto de Fórmula 1 rechazó la oferta. Luego, Duhalde fue por quien consideraba el más capaz para el rol presidencial: el cordobés José Manuel de la Sota. También le dijo que no.

Ya con pocas cartas, Duhalde lo llamó al santacruceño Néstor Carlos Kirchner, de poco carisma, pero de gran pragmatismo. En ese momento, Pichetto se tuvo que decidir y se jugó por Néstor Kirchner. Pues más allá de la fidelidad perenne a Carlos Menem, comprendió que el riojano estaba condenado a la derrota por el mayoritario rechazo de la sociedad.

El «Pingüino» Kirchner aceptó, Duhalde lo sostuvo y en 2003 Kirchner se consagró presidente, acompañado en la fórmula por Daniel Scioli. Con apenas el 22% de los votos, Kirchner asumió la presidencia debido a que la fórmula integrada por Carlos Saúl

Menem y Juan Carlos Romero no se presentó al balotaje, conscientes de que iban a una derrota segura.

A partir de la asunción de Néstor Kirchner como primer mandatario, comenzó en el peronismo un realineamiento interno. Lejos de agradecerle a Duhalde que lo hubiera erigido como el candidato del peronismo, Kirchner comprendió que para tener el verdadero poder debía ser el jefe del movimiento justicialista.

Los clásicos intendentes del conurbano bonaerense, que eran el brazo político y sostén de Eduardo Duhalde, comenzaron a saltar el charco de a uno, pues Kirchner comenzó a manejar con mano férrea la caja política que los alcaldes —los llamados barones del conurbano— necesitaban para su supervivencia.

Ese mismo proceso de cooptación sucedió en el Congreso Nacional, donde el kirchnerismo no dejaba lugar a las dudas políticas. Allí, Pichetto padeció el proceso. Este hombre formal y clásico, producto político del menemismo y del justicialismo de Juan Domingo Perón, debió dar muestras de que se rendía al karma de la «lealtad peronista» y se transformó en un alfil parlamentario de la nueva época.

Néstor Kirchner, agradeciéndole el apoyo preelectoral, premió a Pichetto con la jefatura del bloque del Senado y lo enfrentó a la contradicción de conducir un bloque esencialmente peronista, de raigambre tradicional, pero en el que poco a poco el estilo del kirchnerismo comenzaba a hacer pie. Con la dificultad agregada de que Cristina era ahora primera dama, senadora de carácter fuertísimo y defensora de su posición con discursos intensos en el recinto. Pero no era la jefa del bloque.

Instalado en su despacho del segundo piso del señorial Senado, en la intersección de las avenidas Entre Ríos e Hipólito Yrigoyen, Pichetto puso en la pared principal de su oficina una foto de Juan Domingo Perón con el traje de general y la banda presidencial, tomada el día que asumió su tercera presidencia en 1974. Un Perón viejo, en el final de su carrera, inmortalizado en un paspartú como lo que terminó siendo: un dirigente de los años setenta volviendo a un poder que su fuerza no consiguió mantener.

Ese despacho, del tamaño de un departamento de cuatro ambientes, fue durante casi veinte años el epicentro de las acciones de Pichetto. Desde el conflictivo 2001 hasta salir en 2019, bajo la mirada sorprendida de muchos, como un peronista que migra para escoltar a Mauricio Macri en una fórmula presidencial finalmente derrotada, pero recibiendo un reconocimiento que nunca le habían dado en el kirchnerismo.

Carlos Menem fue determinante en la decisión de Pichetto de «pegar el salto». No de manera directa pero sí a través de cierto impulso de espíritu. En mayo de 2018, a sus ochenta y siete años, el expresidente presentó su autobiografía: *Mi vida y mi historia política*. Lo hizo en el Salón Illia del Senado y estuvo en el estrado solamente acompañado por Pichetto.

Allí, Menem hizo una larga exposición y ensalzó a su acompañante, de un modo que lo llevó al frío senador al borde de la emoción. Eran tiempos de la presidencia de Mauricio Macri y el riojano le habló a los peronistas presentes: «Yo espero que el próximo presidente de la República Argentina surja de ustedes, pero yo confío aquí en este gran amigo, un hombre del interior, presidente del bloque de senadores desde hace ya varios años, y que ejerce su función de forma realmente trascendente e inteligente», dijo el riojano.

Y agregó: «Yo lo aliento al querido amigo y hermano, como siempre digo, senador Pichetto, a que no afloje, a que siga y continúe, porque va a seguir triunfando, y si él se lo mete en el alma y en el cuerpo va a llegar a la Presidencia de la Nación, no tengo ninguna duda», agregó delante del Bloque Justicialista y de varios periodistas parlamentarios.

Para Pichetto, esa bendición de su histórico líder fue determinante. Sus colaboradores más cercanos, los que obran en la vida política del «Príncipe» como sus verdaderos amigos, sintieron que ese día cambió algo en él, que se despertó una célula dormida relacionada con una ambición política más grande. El último gran operador legislativo recibía de su verdadero jefe político el mandamiento de obedecer a su impulso y hacer una apuesta política suprema.

Eso solo lo había sentido, hasta entonces, cuando peleó denodadamente por ser gobernador de Río Negro para, luego, responsabilizar a los Kirchner por no haberlo conseguido. Pero ese día Pichetto sintió que tenía que ir por más, algo que tiempo después, finiquitada su larga carrera en el kirchnerismo, lo pondría en práctica.

La lealtad con Menem fue recíproca. Menem fue su maestro. Él fue quien lo protegió cuando, en el ocaso de su carrera política, el expresidente regresó al Senado como legislador entre 2005 y 2021, el año de su muerte. Y se disgustó cuando, en la jura de Menem como Senador, Néstor Kirchner se tocó un testículo para conjurar la leyenda de «mufa» que algunos le asignaban. Junto al riojano estaban Zulemita y Carlos Nair, sus hijos. «Carlos estaba muy solo y traté de cuidarlo», dijo Pichetto sobre el ocaso de su líder histórico.

Para algunos, los fueros de Menem eran una manera de cuidar su situación judicial. Y por eso el kirchnerismo lo presionaba para tenerlo de su lado en las votaciones de importancia, sea con su presencia o con su ausencia, si la falta de senadores contribuía para que alguna ley no se tratara.

Pichetto también influyó cuando, en 2017, Menem fue por un nuevo mandato y la Cámara Nacional Electoral —con los jueces Santiago Corcuera y Alberto Dalla Vía— rechazaron la candidatura a Senador por La Rioja por el Frente Popular Riojano y lo inhabilitaron para competir. La impugnación era por «falta de idoneidad» debido a las condenas judiciales que ya pesaban sobre el expresidente.

El jefe del bloque peronista apeló a su condición de abogado y dijo que se debía sostener a rajatabla que regía la «presunción de inocencia» pues faltaba la sentencia condenatoria y el doble conforme de la Casación. Carlos Menem lo fue a ver a Pichetto, acompañado de su inseparable secretario Ramón Hernández, y siguieron el consejo de apelar al máximo tribunal de Justicia.

Tras la presentación de un recurso extraordinario ante la Corte, se consolidó el criterio de «presunción de inocencia» y Menem pudo competir contra los candidatos del Gobierno de Mauricio Macri que, en ese 2017, estaban encabezados por el exministro de Defensa, el

radical Julio Martínez. Finalmente, Menem ingresó al Senado como tercer senador. Un gesto de gentileza del discípulo al maestro.

5

La relación con Néstor y Cristina

Un hombre que quiere ser bueno entre tantos
que no lo son, labrará su propia ruina.
Los hombres ofenden antes al que aman
que al que temen.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Pichetto tenía una especial curiosidad por ver cómo se desarrollaría su relación con los Kirchner, quienes habían llevado a cabo su construcción política en el hostil sur argentino, donde el clima hace que los dirigentes lleguen curtidos a relacionarse con el poder de la ciudad y el conurbano de Buenos Aires.

Vecino en formación política de la provincia de Río Negro, Pichetto llegó al ciclo kirchnerista con la mochila de haber compartido millas con Eduardo Duhalde y Carlos Saúl Menem y se hizo cargo, apoyado por Duhalde, de la jefatura del bloque de senadores en 2002, del que Cristina ya formaba parte y estaba decidida a hacerse respetar entre tantos hombres.

En 2003, cuando obtiene la presidencia, Néstor Kirchner lo convoca y lo ratifica como presidente de bloque. Allí comenzaron un vínculo de mucha interacción, pues Kirchner tenía un control muy estricto sobre las dos cámaras del Congreso, estaba interesado en la

gestión política y parlamentaria, y siempre estaba informado y muy atento a las cosas que pudieran ocurrir a sus espaldas.

Néstor comenzó a sumarlo a sus comitivas de viaje. Esos periplos eran ajetreados en el día a día y entretenidos e intensos por la noche. Kirchner gustaba de las cenas largas y muy políticas. El entonces presidente no tomaba vino pero sí un vaso de whisky cuando se pasaba al *lobby* de los hoteles y la conversación se volvía bien rosquera. Allí soltaba sus risotadas y hasta algún golpe o empujón, que sufrían sus ministros varones, como hacía con el exgobernador bonaerense Felipe Solá, a quien no dejaba dormir en los aviones.

Néstor no hallaba un disfrute en viajar. Lo que le interesaba era la política y su adrenalina. Solo había un lugar al que le gustaba ir, que lo dejaba subyugado y donde le gustaba caminar por la calle: Nueva York. Le gustaba ir a cenar al Soho, a pesar de estar siempre a dieta estricta por su colon irritable, y disfrutaba recorrer las calles sin comprar. Era una persona que no ostentaba, totalmente enfocado en la obsesión de la política.

En esas tertulias de viajes presidenciales, Néstor escuchaba y definía perfiles entre los suyos. Una vez, en París, asistió en silencio a una discusión entre Miguel Pichetto y Carlos Zannini. El senador manifestaba una disidencia ideológica con el asesor presidencial, cuyo origen político era Vanguardia Comunista, una agrupación creada en la provincia de Córdoba e inspirada en Mao Tsé-Tung, líder del Ejército Rojo y creador de la República Popular de China.

La discusión sobre ideas creció de tono hasta que el presidente la cortó, hablándole a Pichetto sobre su secretario Legal y Técnico: «¿Qué discutís con este? Si nunca tuvo una unidad básica». Era cierto. Zannini recién se había afiliado al peronismo en 1985, en Santa Cruz, tras conocerlo a él.

Pero llegado el primer viaje presidencial a China, hecho relevante para un flamante presidente argentino, Kirchner lo invitó y Pichetto le rechazó el convite. Lo hizo porque se venía un hecho clave en el Senado y se veía obligado a quedarse: ya se había pautado el trabajo de la comisión de Acuerdos, y la designación de embajadores y de jueces siempre es trascendente para un nuevo gobierno. A

Néstor Kirchner no le gustó nada esa decisión y un suceso posterior enturbió el vínculo entre ambos.

En la madrugada del 25 de junio de 2004 fue asesinado el dirigente social Martín «el Oso» Cisneros. Sus compañeros de militancia señalaban a un *dealer* relacionado con la comisaría 24 del barrio porteño de La Boca. Hasta esa dependencia policial llegó un grupo muy encolerizado, encabezado por el diputado bonaerense Luis D'Elía, un duro dirigente de la Federación de Tierra y Vivienda. Acompañado de Lito Borello, otro curtido militante político y creador de la organización Los Pibes de La Boca, tomaron la comisaría al grito de «¡Rati puto, abrí la puerta!» y «¡Si no traen al asesino, les quemamos la comisaría!».

El grupo tomó el despacho del comisario, los agentes huyeron despavoridos y resultó agredido el cabo primero Rubén Darío Braga. D'Elía conducía la escena y ordenaba las acciones revoltosas. Más tarde, actuó la Justicia: los entonces secretario y subsecretario de Seguridad —el exfiscal Norberto Quantín y su mano derecha, José María Campagnoli— negociaron con los manifestantes para que desalojaran el lugar.

El piquetero D'Elía tenía una relación privilegiada con Néstor Kirchner. Con él, Kirchner había comenzado a construir un puente para que el Gobierno contuviera las protestas sociales. El presidente tenía en esas organizaciones un brazo importante de su sostén, pues había llegado al Gobierno con el 22% de los votos y necesitaba músculo político. Por eso, la relación con el salvaje D'Elía era clave, pues Kirchner ya estaba mirando el escenario de la provincia de Buenos Aires con la idea de mantener la paz social en el difícil conurbano bonaerense.

Pero entonces, el piquetero habló y produjo una fuerte declaración: acusó al expresidente Eduardo Duhalde de estar detrás de la muerte del militante social Cisneros: «¡Es el zabeca de Banfield!», gritó D'Elía en virtud del apodo de «Cabezón» del exjefe de Estado.

En ese momento de pocos meses de presidencia de Kirchner, en el bloque peronista del Senado había una fuerte presencia de duhaldistas, entre ellos José «Pepe» Pampuro, Jorge Yoma, Mabel

Müller y el exgobernador salteño Juan Carlos Romero. La mayoría de los legisladores, incluyendo al radicalismo, respetaban a Duhalde y entendían que esa declaración pública del piquetero era una injusticia total. Entonces redactaron un proyecto de resolución para tratar el caso en el recinto del Senado y repudiar las declaraciones de agravio al expresidente de la Nación.

Pichetto consideraba esa reacción como absolutamente razonable, pero apeló a su intuición y supo que apoyarla le generaría ruido con Kirchner, quien no tenía en sus planes dañar su vínculo con los dirigentes de las organizaciones sociales.

Como jefe del bloque, reunió a los senadores en un intento de que no se rompiera la unidad (Kirchner ya estaba en China, y no era fácil conversar con el presidente) y les habló con franqueza: «Muchachos, esto nos va a deparar un nivel de conflictividad, todos sabemos el vínculo que une a D'Elía con Kirchner. No sé cómo fueron los eventos de la comisaría 24. Me parece todo un disparate, pero les propongo que no hagamos un debate y una discusión en el recinto. Lo ponemos en el temario y cuando llegue el momento lo votamos sin discusión y sin debate».

El acuerdo costó, pero salió del modo acordado. Pero, obviamente, los diarios y las radios dieron la información de que el Senado había votado un proyecto de repudio a las declaraciones de Luis D'Elía. Al otro día, a las siete de la mañana de la Argentina, Néstor Kirchner apareció en el teléfono de Pichetto: «¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Cómo se puede atacar así a un compañero?». El senador trató de explicarle: «Mirá, un bloque es algo mucho más complejo que una decisión individual, acá hay un montón de compañeros que tienen una relación política, de vínculo político con Eduardo Duhalde que se sintieron agraviados por las declaraciones de este personaje, que para mí son disparatadas. Y lo que hice fue tratar de que este tema no se multiplicara con efectos comunicacionales, y lo incorporé al debate sin debate».

Kirchner no atendió razones y levantó la voz: «¡Bueno, ya vamos a hablar, ustedes hacen lo que quieren!». Allí se desarrolló la primera discusión subida de tono entre ambos varones. Pichetto replicó: «¡Vos no entendés nada, no entendés cómo funciona el Congreso,

no estás acostumbrado a la relación con el Congreso y no entendés que no tenés acá la mayoría y que hay mucha gente comprometida con el anterior Gobierno y con el anterior presidente!». Kirchner colgó.

Al regreso del presidente Kirchner de China, sucede una inundación en el arroyo Ñireco, en la zona sur, y más postergada, de Bariloche. En ese entonces, año 2003 y a cuatro meses de su asunción, el presidente había adoptado el método de subirse a un avión y mostrarse ocupado personalmente de los temas. Había pasado poco antes, cuando en un conflicto de Educación viajó a Entre Ríos con el ministro del área, Daniel Filmus, y atacó directamente el problema, hecho que tuvo repercusión nacional.

Aquí pasó lo mismo, pero Kirchner no lo convocó a Pichetto, más allá de saber de su preocupación y trabajo político con los habitantes vulnerables de esa zona. El presidente viajó hasta allí con su hermana Alicia Kirchner —ministra de Desarrollo Social— y sumó a un legislador de Bariloche, el diputado nacional Osvaldo Nemirovsci. El hecho fue premeditado, pues el jefe de Estado sabía que Pichetto tenía vocación por competir por la gobernación de su provincia, pero lo dejó sin subir al avión y llevó a un rival interno del senador.

Pichetto se entera ese mediodía de que Kirchner y todo el equipo de Desarrollo Social estaban visitando inundados y recorriendo la zona afectada y se brota. Y allí mismo redacta su renuncia a la presidencia del bloque. Se la envía al entonces jefe de Gabinete, Alberto Fernández: «Decile a ese hijo de puta que se vaya a la puta madre que lo parió, que lo que me acaba de hacer es muy injusto y seguramente está resentido por lo de D'Elía».

El inoxidable senador creía que esa jugada de Kirchner, a cuatro meses de gobierno, había sido una acción de provocación para humillarlo y dejarlo afuera de una bajada política en la ciudad más importante de la provincia de Río Negro, territorio pichettista. Alberto Fernández intentó intermediar: «Calmate, Miguel. Néstor es así, lo vamos a resolver». Pero Pichetto no aflojó: «¡No me calmo un carajo, ahí está la renuncia, decile que vaya buscando un presidente de bloque, a mí no me interesa estar más!».

Al día siguiente, Alberto Fernández lo llama y le pide que vaya a verlo a la Casa Rosada. Lo recibe en la Jefatura de Gabinete, que en la Casa de Gobierno está pegada al despacho presidencial. Fernández lo recibe con la renuncia arriba del escritorio. Pichetto la seguía y, señalando la puerta que comunicaba con la oficina del presidente, disparó: «Este personaje es un cabrón, decile que busque un presidente de bloque. Yo me quedo tranquilo, no voy a joderlo, pero no voy a estar bajo sus órdenes si el tipo no confía en mí y prefiere a D'Elía antes que tener un bloque en el Senado que no se le divida. ¿Qué podía hacer yo frente a un proyecto de resolución firmado por la mitad de los senadores? ¿Decirles "no se los trato"? Se rompía el equilibrio interno. Yo tenía que tratarlo y de la mejor forma que lo pude tratar fue de esa manera y tampoco le podía estar avisando a China de todos estos eventos».

La charla entre ambos ya discurría por senderos más serenos cuando se abre la puerta por donde podía entrar el presidente. Kirchner lo encara a Pichetto y le tira: «Vos sos un cabrón». Pichetto responde: «Vos también, no entendés un carajo de cómo funciona el Congreso. Tenés un montón de gente que responde a Duhalde todavía, tenés que convencerlos. Y además entre D'Elía y Duhalde, los muchachos no tienen ninguna duda de con quién se quedan». Kirchner no era de callarse nunca: «Estás equivocado, nosotros estamos construyendo algo nuevo. ¡Y vos tenés mal humor, siempre estás mal llevado, no se puede hablar con vos!».

«Conmigo podés hablar siempre, lo que pasa es que vos te fuiste solo a Bariloche, te llevaste a tu hermana y a ese diputado», responde Pichetto cuando Kirchner se acerca al escritorio y, en una escena planificada con Fernández, toma la renuncia de Pichetto y la rompe: «Mirá, no te acepto la renuncia». «Bueno, entonces tenemos que seguir conviviendo», aflojó el senador. «De acuerdo, de ahora en más vamos a mantener un vínculo directo y dar por superado esto», intentó cerrar el presidente. Pero Pichetto insistió: «Demos por superado esto, pero vos sos un loco, me hinchás las pelotas, no entendés que lo hice con un fin de protección».

Esa discusión fue determinante en la relación. Néstor Kirchner apelaba siempre a presionar fuerte: quien resistía ese

comportamiento psicológico del entonces presidente, podía lograr una convivencia. El que no lo lograba, era pisoteado y dominado por un animal político que mandó en la escena hasta el día de su muerte, el 27 de octubre de 2010.

Pichetto, durante un tiempo, logró esa conexión. Como en 2005, cuando propuso a su senador amigo —nacido en La Matanza pero militante de Tierra del Fuego— Mario Daniele para que fuera ungido como presidente de la estratégica comisión Bicameral de los Servicios de Inteligencia. El senador le dijo a Kirchner: «¿Por qué no lo ponés? Es un buen compañero peronista, vas a ver». Daniele cumplió el rol con creces.

Al mismo tiempo, Pichetto comenzó a verse enredado en el juego político de la era kirchnerista. Tanto Néstor como Cristina eran peronistas capitalistas clásicos. En las gestiones del «Pingüino», tanto en la intendencia de Río Gallegos como en la gobernación de Santa Cruz, el hombre era voraz con el dinero y extremadamente cuidadoso con los gastos y los números. Pero al llegar al poder, elaboró una construcción donde sacó del mapa para siempre a Eduardo Duhalde, el dueño del peronismo en ese entonces, y le birló a los poderosos intendentes del Conurbano.

De ese modo contuvo al peronismo completo, pero elaborando un discurso progresista y llevándose consigo al conjunto de los organismos de derechos humanos, en los que jugaba un papel determinante el periodista y entonces presidente del CELS, Horacio Verbitsky. Es un cambio rotundo de los Kirchner, quienes en su provincia no habían sido militantes de esa causa en los años setenta y ochenta, pero vieron una veta para sumar poder, luego de acceder al Gobierno tras una elección de mucha debilidad, con una primera vuelta de 22%.

Pichetto repudiaba esa jugada y lo gritaba en esos tiempos en su despacho del Senado, decorado de simbología peronista. «¡Este le compró el buzón a Verbitsky y a toda esa manga de hijos de mil putas!», decía, en abierto enojo con la decisión de Kirchner de armar un esquema de contención política y discursiva con agrupaciones como la Asociación Madres de Plaza de Mayo, de Hebe de Bonafini, donde había acumulado un inmenso poder Sergio Schoklender,

conocido públicamente por el parricidio cometido junto con su hermano Pablo.

En la lista de rechazos de Pichetto también estaban otras agrupaciones de derechos humanos —que adscribieron fervientemente al kirchnerismo— como las Abuelas de Plaza de Mayo, de Estela de Carlotto, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y la Liga de Familiares de Detenidos y Desaparecidos.

Pichetto no se sentía cómodo en esa especie de «*revival* del Frepaso», en el que los Kirchner sumaron hasta al Partido Comunista, que logró ocupar casilleros en Cancillería y en la Secretaría General de la Presidencia. Entretanto, las cosas van cambiando en el Senado. En 2005, a dos años de gobierno K, Cristina se impone en la provincia de Buenos Aires ante Chiche Duhalde, la esposa del expresidente, pero ambas entran al Senado, hecho que también obliga al senador a cuidar las formas y buscar algún modo de convivencia entre ellas. No obstante, el equilibrio más complejo de lograr era entre CFK y la vieja guardia peronista senatorial, pues en los tiempos de Fernando de la Rúa, Cristina había sido muy dura con los peronistas apuntados por el famoso caso de «la Ley Banelco».

El lazo entre Néstor y Miguel Ángel tiene un punto de inflexión cuando se acerca el año 2007. Se venían las elecciones de algunas provincias, entre ellas la de Río Negro, y Pichetto creía que era su turno para competir, pues su rival interno, Carlos Soria, había sido derrotado en 2003. El senador había hecho todos los deberes y creía que era el momento de la bendición presidencial.

En un viaje a Nueva York por la reunión anual de la ONU, en septiembre de 2006, Kirchner y Pichetto hacen juntos una larga caminata por la Quinta Avenida, arrancando en el Soho. Allí, el presidente le reconoce que se había ganado el derecho a pelear por la gobernación de Río Negro en nombre del peronismo.

Pichetto había hecho un año antes un acuerdo que le había permitido al peronismo lograr la intendencia de Cipolletti con Julio Arriaga, un médico cardiólogo exitoso. Y había cocinado un armado más amplio que incluía, por ejemplo, al intendente de Bariloche,

Alberto Icare, que venía de un partido municipal llamado Partido Vecinal Sur. Pero Kirchner ya estaba pergeñando en silencio el armado de la Concertación, una alianza con radicales, como el mendocino Julio Cleto Cobos y el santiagueño Gerardo Zamora.

Con el aval de algunos gobernadores del radicalismo, Alberto Fernández y Aníbal Fernández, brazos políticos del Gobierno en ese tiempo, hacen la costura de un acuerdo nacional para que fuera Cristina la que peleara por la presidencia en 2007 y fuera acompañada de un referente de la UCR. La opción «CFK presidenta» era producto de que Néstor había empezado a dudar sobre la conveniencia de ser candidato a presidente de nuevo, convencido de que los segundos períodos siempre eran malos y que en ese momento tenía que darle lugar a su mujer.

Pichetto creía que eso era un error, pero se enfocó en su provincia. Le dijo: «Néstor, está maduro el proceso político en Río Negro. Venimos de ganar la elección parlamentaria contundentemente. Le ganamos al Gobierno local, vos estás muy bien en Río Negro, creo que es mi momento. Si me ayudás a consolidar el espacio, puedo gobernar la provincia». Kirchner estaba al tanto de lo que estaba cocinando el senador y le dio el aval: «Dale para adelante, yo te voy a apoyar».

El senador insistió: «Mirá que en Río Negro los radicales me van a adelantar las elecciones. Tengo que salir a hacer campaña en el verano y no quiero hacerlo sin tu conocimiento y tu aprobación. Si tenés otro proyecto, decímelo y me corro». El presidente lo palmeó y al mes siguiente, octubre, Pichetto comenzó a recorrer la provincia. Pero los dos meses posteriores, en voz baja, Kirchner y los dos ministros Fernández consolidaron el acuerdo con el radicalismo que gobernaba provincias y se terminó de dar forma a la fórmula presidencial Cristina-Cobos. Lo que hizo que en Río Negro el gobernador radical, Miguel Saiz, formara parte de esa construcción y quisiera su reelección.

Pichetto ya había avanzado en su territorio, pensando en los intendentes y en los nombres para la Legislatura y ya no podía bajarse. Pero la Concertación tenía una pata fuerte en Río Negro, por lo que Kirchner les prohibió a los funcionarios importantes del

Gobierno ir a hacer campaña por Pichetto. La puñalada trapera fue cuando Cristina, en un acto en Cipolletti, se puso un gorrito que decía «Saiz gobernador», en apoyo a su reelección. «¡Hija de puta!», gritó Pichetto frente al televisor cuando vio esa imagen.

La fecha de la elección rionegrina fue adelantada para el 27 de marzo, por lo que la llamada Concertación Plural tenía su primera prueba de amor en esa provincia. Por eso, los Kirchner fueron impiadosos. El vicepresidente Daniel Scioli viajó a Carmen de Patagones y, antes de llegar a esa ciudad, se desvió a Viedma para compartir un acto con Pichetto. Desde la Casa Rosada, lo insultaron (una vez más). En ese vuelo, que era para abrir una oficina de la ANSES en Río Negro, también viajó Sergio Tomás Massa, entonces director de la Administración Nacional de la Seguridad Social.

Los radicales habían conformado una lista espejo con el PPR (Partido Popular Rionegrino), un partido militar que venía de la época de la dictadura de Alejandro Agustín Lanusse, encabezada por el general Roberto Requeiro, quien había sido gobernador de facto. De ese modo, el Partido Provincial Rionegrino postuló sus propios legisladores, pero llevó como candidato a gobernador a Miguel Saiz, quien además era el postulante de la lista 3 de la UCR y de la Concertación.

Pichetto impugnó ese sistema de lista espejo, pero el Superior Tribunal de la provincia, manejado por la UCR, convalidó la sumatoria y permitió que el Partido Popular Rionegrino fuera con la fórmula Saiz-Mendioroz. En la elección, el peronismo obtiene 115.000 votos, el radicalismo 95.000 y el PPR 30.000. La suma consagra al radicalismo en acuerdo con la Nación, y Pichetto desaparece por un tiempo, totalmente *knock out*.

Después de unos días, Kirchner lo llama, en un intento de recomponer, pero sin pedirle disculpas. «¿Cómo estás? Quedate tranquilo que la próxima pelea por la gobernación es la tuya», le dice ante el estupor de Pichetto. Vuelven a tener una discusión fuerte, pero el senador calla algunas cosas y no le cuenta que ya craneaba presentarse a senador en la elección nacional, en octubre, pocos meses después. Sabía que si se quedaba en su casa, deprimido, los Kirchner lo liquidaban políticamente.

Con toda la adrenalina de la campaña, «emputecido» con el Gobierno nacional y con el envión de la candidatura a gobernador, Pichetto cree que puede mantener su importante base de votos y lanza su candidatura a senador. Ahí vuelve a hablar con el presidente. Kirchner le pregunta: «¿Estás mejor?». «No, no estoy mejor, y te aviso que voy a ser candidato a senador», responde Pichetto. «Bueno, Cristina quiere que vuelvas», le dice el jefe de Estado. «Mirá, yo voy a volver por lo mío, voy a volver con la misma propuesta que tuve para ser gobernador para el Frente para la Victoria, no necesito nada. Seguramente ustedes van a hacer campaña para la Concertación, pero yo voy a ser senador por la mía, te agradezco tu supuesto apoyo, que no me lo diste», le contestó Pichetto, y le cortó.

La pelea volvió a ser dura porque el candidato de la Concertación era Pablo Verani, representante de la flor y nata del Valle y hombre del poderoso diario *Río Negro*, dos veces gobernador y dos veces intendente de General Roca. Por su parte, Pichetto convocó a María José Bongiorno, una concejal de Cipolletti, lo que le permitió ratificar el acuerdo con el intendente Julio Arriaga. Tras una campaña muy dura, Pichetto ganó cuando lo previsible era que el radicalismo lo volviera a derrotar.

En tanto, en la elección presidencial, se impuso la fórmula Cristina-Cobos. Cuando comienza la nueva gestión y Pichetto asume como senador, ella lo llama a una reunión a la Casa Rosada, sabiendo que el rionegrino todavía estaba muy enojado. Cristina lo recibió en el despacho presidencial y le dijo: «Te pido que te desenojes, te necesito, es muy importante lo que hacés». Pichetto hizo su catarsis, dijo que le habían impedido su oportunidad de ser gobernador. Y calló sobre su pensamiento de que, si Néstor Kirchner hubiera sido el candidato, no hubiera hecho falta acordar con el radicalismo, que se terminó beneficiando con varias gobernaciones.

La relación entre ambos era de amor y de odio, un vínculo de mutuo reconocimiento y aversión. El senador nunca entendía cuáles eran los motivos que la llevaban a enojarse con él. Sospechaba de senadores del bloque peronista que le contaban a ella las cosas que él hacía y decía en privado. Como Pichetto nunca tuvo filtro en decir

lo que pensaba, algunas reflexiones o pensamientos críticos le llegaban rápidamente a la presidenta.

Cristina sabía que tenía a un soldado de la causa presidencial. La prueba fue que el Gobierno solo sufrió dos derrotas fuertes en el Senado durante la conducción de Pichetto: la Resolución 125 de las retenciones al campo, y la imposición del pago del 82% móvil para los jubilados, que luego CFK vetó con un altísimo costo político.

Pero la relación entre Cristina Kirchner y Miguel Pichetto tuvo más momentos duros que relajados. Un día, cuando se daba el proceso de debate del polémico Memorándum con Irán y la tensión dominaba al Gobierno, la presidenta no paraba de llamarlo. La situación no era fácil y la opinión pública estaba tomada por los términos del Memorándum, en el que se proponía que los iraníes acusados por el atentado a la AMIA se presentaran a declarar ante la Justicia argentina a cambio de que los funcionarios judiciales argentinos le tomaran declaración en Irán.

El legislador estaba en una reunión repasando cómo estaba el voto a voto cuando sonó su teléfono. «Perdoname», dijo al ver el número y se apartó del escritorio. «Dale, pasame», le dijo Pichetto a Mariano, el secretario privado de la presidenta. La voz de Cristina estallaba en el receptor del celular. El hombre no se quedó atrás y la discusión telefónica fue subiendo de tono. Pichetto se hartó y amagó con su renuncia a la jefatura del bloque. «¡Me voy, seguí vos con esos mediadores que tenés, esos infiltrados que te cuentan las cosas que yo hago!», le espetó en referencia a los laderos cristinistas Oscar Parrilli y Carlos Zannini.

Cristina siguió gritando y en un movimiento abrupto, el senador alejó el aparato de sus oídos, lo contempló y cortó la comunicación. Su interlocutor no podía creerlo. «Esperá un cachito», le dijo Pichetto con el rostro tieso pero seguro de su maniobra. Pasó un eterno minuto y el teléfono volvió a sonar. «¿Estás más tranquila? A mí ninguna mujer me grita, tampoco me vas a gritar vos», le dijo sin temblor en sus palabras y esperó la respuesta. Allí comenzó un cruce tremendo, con insultos de ambos lados.

Pichetto volvió a decir lo que le había dicho a Néstor Kirchner cuando este era presidente: «Ya está, renuncio a la presidencia del

bloque, tema terminado. Te libero». CFK se había quedado disfónica con la discusión. A los pocos días, envió a sus senadores Marcelo Fuentes y Nicolás Fernández a intermediar con Pichetto y frenar el impulso de la renuncia.

6

La UCR, rivales y amigos

Aquel que ayuda a otro a alcanzar el poder está condenado a hundirse, porque para conseguirlo habrá utilizado o su destreza o su fuerza, y ambas cosas resultan sospechosas para el que se ha vuelto poderoso.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Con el nuevo Gobierno ejerciendo el poder de modo cruento, en el año 2005 arranca la gran contradicción de Miguel Ángel Pichetto entre el peronista tradicional, «auténtico», y el desembarco arrollador y sin contemplaciones de ningún tipo por parte del kirchnerismo en la consecución del poder real.

Ese año, Néstor Kichner echa a Roberto Lavagna del Ministerio de Economía, al que había llegado durante la presidencia de Eduardo Duhalde. Ocurre en un momento en que muchos analistas le reconocían a Lavagna el ordenamiento económico que la Argentina iba logrando de a poco tras la crisis del corralito que instauró Domingo Cavallo durante el Gobierno de De la Rúa.

Es a partir de su primera elección de medio término en 2005 que se termina de imponer la dominación política de los «pingüinos» llegados de Santa Cruz. En ese nuevo orden, Pichetto es empujado a decidir su suerte y en medio de hitos como las estatizaciones de YPF y de la imprenta Ciccone, además del Memorándum con Irán y la Resolución 125.

Atravesar esas tormentas no habría sido sencillo para Miguel Pichetto si no hubiera sido porque el bloque de la Unión Cívica Radical estuvo conducido por dos políticos de raza como el mendocino Ernesto Sanz y el jujeño Gerardo Morales. Dos «correligionarios» que se enfrentaron fuertemente a Pichetto en el debate político, pero que mostraron ser de la misma madera en el sentido de defender la política como instrumento de transformación.

El año 2005 aparece en este tramo de la historia de modo recurrente, pues el Senado experimenta fuertes cambios. Se van de la Cámara senadores históricos como Antonio Cafiero y Eduardo Menem; Cristina Kirchner empieza a tallar fuerte y el radical Ernesto Sanz asume la presidencia del bloque de la UCR. Eran tiempos en que, en un PJ totalmente kirchnerista, Cristina actuaba a sus anchas, para dolor de cabeza de Pichetto.

Un ejemplo claro de ese modo arbitrario de ejercer la política lo vivía Daniel Osvaldo Scioli, el vicepresidente de la Nación, que debía por su rol presidir las sesiones de la Cámara Alta, padeciendo la agresión permanente de la señora de Kirchner, quien en ese tiempo no dejaba pasar sesión sin fustigar a quien el presidente y ella veían como un potencial rival político.

Scioli había sido compañero de fórmula de Néstor por la imagen pública que tenía el exdeportista integrado a la política por idea de Carlos Menem. Los Kirchner aceptaron a Scioli, pero, una vez en el poder, cualquiera que pudiera desafiar ese dominio político era un enemigo. Y Scioli, que había osado mostrarse en sintonía con Roberto Lavagna y hablado de la necesidad de actualizar las tarifas de los servicios públicos, se había transformado en un rival interno al que había que sacar del juego, a pesar de ser el vicepresidente.

Cristina lo fustigó públicamente en las sesiones del Senado sin cuidado alguno. Uno de los sucesos más potentes sucedió un 23 de diciembre de ese 2005 cuando, en el debate por el Presupuesto 2006, la senadora Fernández de Kirchner pidió la palabra. Y ante un pleno del cuerpo atónito, acusó a Scioli de haber montado una operación de prensa en su contra.

Sin ocultar un profundo mal humor, comenzó: «Me enteré hoy por la lectura de los diarios que hay una conspiración mía para echar

senadores por la ventana. Se intenta decir que he cerrado el círculo de una conspiración para apoderarnos de la Justicia», señaló Cristina respecto de una información que se publicó en los diarios de esos días, los que le asignaban a la senadora por Buenos Aires querer integrar la comisión de Justicia para así desplazar al senador socialista Rubén Giustiniani de esa silla.

Cristina aprovechó la oportunidad para emprenderla contra el vicepresidente, a cargo de las sesiones del Senado, «por no cuidar que se propalen hechos falsos» y dijo que, en cualquier hecho relacionado con ella siempre aparece «vinculada la presidencia del cuerpo». Scioli apeló, una vez más, al oficio de mudo político y dejó pasar el hecho. Pichetto no cabía en su poltrona de senador y cruzaba miradas con Sanz y Morales.

Pero CFK no frenó y siguió en la meditada andanada al decir que estaba «indignada» porque Scioli no desmintió los supuestos gritos que ella le habría dedicado cuando decidió realizar un homenaje al exsenador Eduardo Menem. Y para rematar el asunto, recordó que cuando prestó juramento en el cuerpo, la llamó «la senadora por Santa Cruz», amén de insistir —como en otras sesiones anteriores— en el «desconocimiento del reglamento» que mostraba el exmotonauta.

Scioli se mostró impertérrito en su silla —desde donde presidía la sesión— y dijo que «el senador Pichetto le ha hecho llegar al senador Giustiniani la voluntad política de que, en caso de que así fuera su voluntad, participe de la comisión de Justicia».

Todo ese entuerto tuvo una víctima política, además del propio Scioli. Fue el secretario parlamentario, Juan Estrada, quien pidió la palabra y habló de un dictamen designando a Cristina miembro de esa comisión, pues Giustiniani había renunciado a esta en abril de 2004. Estrada, encargado de redactar el decreto, se adjudicó el error y amagó con renunciar, pero lo frenaron Scioli y Pichetto.

Cristina terminó, más allá de la escena en el recinto, en la comisión de Justicia, y el imperturbable Pichetto, en su rol de titular del bloque, se puso a tono con el que sería el libreto kirchnerista contra los medios. Dijo: «Hubo un error involuntario de la Secretaría Parlamentaria al que no se le puede achacar mala fe», y agregó que

«a partir del malentendido hubo intención de perjudicar a Cristina Fernández de Kirchner».

Scioli fue defendido por Pichetto y además por la UCR y, fiel a un estilo incombustible que mantuvo por siempre, dijo que «solo pueden esperar de mí prudencia, trabajo y dedicación». Así protagonizó un nuevo silencio ante los embates de los Kirchner. Pero más allá de los encendidos debates y peleas políticas de esos tiempos, Pichetto garantizaba que el Senado tuviera sesión todos los miércoles y eso era, en gran parte, por la sintonía política y el respeto por la vida parlamentaria tanto de él como de sus colegas radicales Sanz y Morales.

Durante su apogeo, el kirchnerismo tuvo enfrente a Ernesto Sanz y a Gerardo Morales, el tándem que lideró la bancada radical desde 2001 a 2015. Y a pesar de que el peronismo tenía una mayoría abrumadora, Pichetto se encargó de tejer con ellos una relación de respeto y confianza mutua, gesto que con el tiempo le agradecieron.

«Nosotros éramos minoría y la realidad era que podían habernos pasado por arriba, pero no pudieron por Miguel. Había muchos gurkas que si podían matarnos, lo hacían. Pero él era el que les ponía un freno, un límite», recuerda un exlegislador de la UCR.

Cuando fue la sesión por la Resolución 125, el 17 de julio de 2008, ambos sectores pactaron: Pichetto no dejaría entrar a Guillermo Moreno ni a toda la tropa kirchnerista. Sanz y Morales se encargaron de frenar a Alfredo de Angeli, que avanzaba por la calle Entre Ríos con toda la Mesa de Enlace para entrar al Congreso.

La confianza, dicen, se construyó con reglas de funcionamiento claras. «Miguel es muy correcto. Si es sí, es sí, no te da vueltas. Siempre ha tenido una concepción ideológica más cercana al menemismo, de buscar consensos. Por eso se quejaba con nosotros de La Cámpora, de las irracionalidades del kirchnerismo. A veces nos comentaba cosas, pero siempre cuidaba a los compañeros, no daba nombres. Eso sí, donde te tenía que clavar el taco, lo clavaba», recuerda uno de estos radicales.

Los frutos de esa relación se vieron años más tarde, cuando Mauricio Macri buscó la reelección presidencial en 2019 y fueron

justamente Morales y Sanz los primeros en poner el nombre de Pichetto sobre la mesa, y se encargaron de tantearlo.

7

Río Negro, asignatura pendiente

Lo peor que un príncipe puede temer del pueblo,
si este le es hostil, es que lo abandone; pero de los nobles, si le son hostiles, no
solo debe temer que lo abandonen sino también que vayan contra él.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

El vínculo de Pichetto y los radicales tenía un acuerdo sólido a nivel nacional para garantizar el funcionamiento político en el Senado, pero tenía una contrapartida: tanto entendimiento en lo nacional tenía una contrapartida amarga en lo local.

La «transversalidad» de Néstor Kirchner le impedía a Pichetto lograr lo que más anhelaba: la gobernación de su provincia. Pablo Verani era el jefe del radicalismo rionegrino. Nacido en Reggio Emilia, Italia, y radicado en General Roca, además de haber sido gobernador de su provincia entre 1995 a 2003 y, luego, senador nacional, Verani era la sombra de Pichetto.

Por medio de esa «transversalidad», Kirchner cierra un acuerdo con una parte importante de la UCR y quiebra al centenario partido en varias provincias como Mendoza, Santiago del Estero y, también, Río Negro. Así es como le ofrece al ingeniero Julio Cleto Cobos la vicepresidencia en una fórmula con CFK para 2007, cierra apoyos con los radicales conversos y, en Río Negro, ayuda con apoyo político (y financiamiento nacional) la candidatura de Miguel Saiz.

En aquellas elecciones de 2007, el «radical K» Miguel Saiz obtiene el 46,1% y Pichetto el 40,2%. No obstante, Pichetto insiste durante los años siguientes, hasta que en 2011 pierde la interna peronista y ya no puede competir por la gobernación. Le gana el -exduhaldista Carlos Soria, quien venía manejando el PJ rionegrino. Pero al poco tiempo, un crimen conmueve la política. Mientras el país celebraba el Año Nuevo, en General Roca, el flamante gobernador Soria pasaba las fiestas junto con su mujer, Susana Freydoz, y su familia.

En su chacra, cerca de la Ruta Provincial 6, la familia terminó la cena y los hijos dieron las buenas noches, pues la comida no había sido nada cordial. Susana estaba colmada de celos y el matrimonio ni siquiera había chocado las copas al momento de que sonaran las doce. Soria se marchó a su cama y se preparó para dormir, lo que siempre hacía totalmente desnudo. Freydoz ingresó a la habitación y lanzó el reproche: «Vos no me querés más. Me voy a matar. ¿Por qué no brindaste conmigo?», le dijo y volvió, una vez más, a amenazar con suicidarse. «Susana, vos estás loca. No te aguanto más, me tenés harto: me voy a ir. A la mañana agarro mis cosas y me voy», dijo el gobernador quien desde hacía un tiempo quería mudarse a Viedma.

Ese asunto había precipitado el conflicto. La mujer de Soria sospechaba que el gobernador le era infiel con una joven que vivía en la capital provincial. Pero Soria no pudo pronunciar más palabras. Freydoz tomó el revólver Smith & Wesson calibre 45 que tenían en la mesita de luz y asesinó a su esposo. La familia corrió a la habitación ante el sonido del arma y llevaron al gobernador al hospital López Lima de General Roca. El «Gringo» Soria ingresó al nosocomio con un disparo en el rostro y los médicos no pudieron hacer nada. Freydoz fue detenida y, más tarde, condenada a dieciocho años de prisión por asesinar a su marido.

El crimen, reproducido el 1º de enero de 2012 por todos los canales y noticieros del país, tuvo su connotación política: ¿se convocaría nuevamente a elecciones? El peronismo comenzó a debatir el asunto, pero la decisión quedó en manos de Néstor Kirchner, su esposa y presidenta Cristina y en los más fieles colaboradores

del matrimonio en el poder: Carlos «el Chino» Zannini, cerebro jurídico de los pingüinos, y Oscar Parrilli, fiel escudero de Cristina y jugador político de Neuquén, provincia lindera con Río Negro.

Al morir Soria, asumió el vicegobernador Alberto Weretilneck, dirigente del Frente Grande, una fuerza política progresista aliada de los K. Y Néstor, asesorado por Zannini y Parrilli, bendijo su continuidad y comenzó a construir con él una férrea alianza.

Pichetto vivió esa decisión como un nuevo desaire del matrimonio. Estaba convencido de que hubiese correspondido llamar a elecciones. Y culpaba a Zannini, Parrilli y a Juan Manuel Abal Medina, entonces jefe de Gabinete de CFK, por los vínculos de todos ellos con las agrupaciones filo-K como el Frente Grande. Weretilneck se convirtió en un actor de la política a partir de haber heredado la gobernación de Soria. Y Pichetto se convenció de que su actitud de jugar siempre —y fuerte— para el Gobierno y, especialmente, para Cristina, no tenía premio político.

Es más: en la elección de 2015, hubo un conflicto fuerte con los productores de peras y manzanas por el valor del dólar para exportar. Pichetto sintió que ese conflicto lo había pagado caro en su última candidatura a gobernador, la de ese año, cuando estuvieron las rutas cortadas por las protestas.

Sus colaboradores recuerdan que el conflicto con los productores de manzanas se habría resuelto si la Nación ponía cien millones de dólares. Aníbal Fernández, jefe de Gabinete de entonces, prometió el envío del dinero para terminar con los cortes y piquetes de los productores de peras y manzanas. Pero el dinero nunca fue girado desde el poder central hasta después de terminada la elección. Ahí sí la plata apareció. El ministro de Economía era Axel Kicillof.

Allí empieza el rencor de Pichetto con «el Soviético», como lo llamaba a Kicillof, el joven e impetuoso ministro de Economía de Cristina Kirchner. «¡La culpa es del Soviético, lo mandan de mensajero para cagarme!», rezongaba el frustrado candidato a gobernador. Y lo vivía como un desaire a su permanente lealtad. «A Miguel le dolía mucho que Cristina no lo apoyara en algunas cuestiones de la política, lo ponía mal: eso demuestra que algo de corazón tiene Pichetto. Le dolía que Cristina no lo bancara en el

juego político», recuerda entre sonrisas un excolaborador suyo en el Senado.

Ese año 2015 se presenta nuevamente como candidato a gobernador y lo vence —precisamente— Alberto Weretilneck por 52,7% a 33,9%. Pichetto convivía así con su frustración política de no ser avalado en el proyecto de conquistar su provincia. Los Kirchner le pedían defender a su Gobierno en su rol de presidente del bloque oficialista, pero en Río Negro no recibía el apoyo que creía merecer, mientras contemplaba las pruebas de amor de la Casa Rosada con sus adversarios políticos.

Este suceso frustrante fortaleció la amistad de Pichetto con el radical Ernesto Sanz, tal vez por esa coincidencia de que los enemigos políticos de ambos habían sido bendecidos por el kirchnerismo en sus respectivas provincias. La de Pichetto y Sanz era una amistad que se hacía fuerte en lo paradojal, y era inentendible para el gran público que los veía decirse cosas fuertes en lo público, pero que, aun en esos escenarios de conflicto y de pelea, hacían prevalecer mutuamente el respeto.

Pichetto tenía en Río Negro a Miguel Saiz, y Sanz tenía en Mendoza a Julio Cobos. Cada cual con su bestia negra. La bronca que Pichetto tenía por la «transversalidad K», que desconocía al peronismo clásico, era la misma que enervaba a Sanz por haber visto doblarse al radicalismo en varias provincias argentinas. Ambos convivían en un Senado casi bipartidista, más allá de varios senadores que respondían a fuerzas provinciales que siempre resultaban seducidas por las generosas arcas nacionales.

Pichetto coronó ese vínculo con un gesto propio de alguien convencido de que la política tiene códigos implícitos que respetar. En marzo de 2009 muere Raúl Ricardo Alfonsín, el expresidente radical que se transformó, más allá de las dificultades de la economía que lo llevaron a entregar antes de tiempo su Gobierno, en el símbolo de la vida en democracia. Después del horror de la dictadura militar, con él habían vuelto la vida y la paz. Fue una muerte que conmovió a todo el arco político más allá de que el kirchnerismo homenajeó tardíamente al «padre de la democracia».

Después del día completo del velorio en el Congreso de la Nación, se debía definir quiénes despedirían los restos de Alfonsín antes de trasladarlo al Cementerio de la Recoleta. Al país había llegado el expresidente de Brasil, José Sarney, y el de Uruguay, Julio Sanguinetti. Hablaría el peronista Eduardo Fellner, presidente de la Cámara de Diputados. Y por el Senado, le correspondía hablar a Miguel Ángel Pichetto.

La noche anterior, Pichetto lo llamó al jefe del bloque radical y le dijo: «Ernesto, todo el protocolo y todo el mundo dice que tengo que hablar yo, pero yo creo que tenés que hablar vos. No hay mejor despedida que la que le haga un radical; yo voy a decirles a los del protocolo que me bajo». Sanz se quebró ante la determinación de su rival y amigo. Y luego de eso, el mendocino aseguró a los suyos: «Por Alfonsín hice el mejor discurso de mi vida». La amistad con el duro jefe de bloque peronista lo había permitido.

Pichetto expone públicamente su frustración por no haber sido apoyado por los Kirchner en su búsqueda de la gobernación de Río Negro en el debate por la Resolución 125, la disposición que intentó modificar la presión tributaria a los productores agropecuarios y que representó el momento más crítico de la primera presidencia de CFK.

Ese día, en el recinto del Senado, el fallido postulante provincial hizo una especie de catarsis en el pleno del cuerpo. Al justificar que Julio Cobos —vicepresidente de la Nación— debía votar a favor del proyecto oficial, encolumnado con la presidenta más allá de sus diferencias con la iniciativa, Pichetto mostró su «obediencia debida» a la hora de votar, en un modo de presionar a Cobos.

Entonces dijo: «Yo también he sido víctima de ese proceso [de acompañar a un Gobierno]. No voy a personalizar la política por lo que me pasó. Pero el modelo de la Concertación me impidió ser gobernador de la provincia. Porque el Gobierno nacional confió y creyó en el proyecto provincial de Río Negro. Esta es la historia. Digo las cosas como las siento, porque esta noche es importante, como bien dijo el senador Sanz. Asumo la historia y no voy a seguir

llorando por lo que pasó porque, además, entiendo las razones que llevaron al Gobierno a proyectar una alianza superior al propio partido, al que he pertenecido toda mi vida. Entiendo una visión más grande, más plural, más ampliada de la sociedad política argentina. Lo que no entiendo es qué pasó con los representantes y con los gobiernos de esas provincias que no pueden encuadrar la acción de los senadores y de los diputados en el gran eje y en el gran rumbo de este Gobierno nacional».

Allí justificó por qué había soportado perder en su provincia de adopción ante el ninguneo político de los Kirchner. Y llevó su análisis a lo público justo en el debate de la Resolución 125, en el que votó algo en lo que no creía. Pero se encolumnó. El vicepresidente Cobos no lo hizo y causó una crisis determinante para el kirchnerismo.

Sin embargo, cerca de Cristina rechazan la teoría de que no lo ayudaron en su candidatura a gobernador. Recuerdan que «le crearon» una universidad en Río Negro y que Cristina fue a un acto con él en General Roca, durante la campaña de 2015. Y que el entonces secretario general de la Presidencia, el camporista Wado De Pedro, lo bancó como candidato único del peronismo al presionar para que el joven Martín Soria, hijo del mítico Carlos Soria, oriundo de General Roca, se bajara de la pelea y dejara que Pichetto compitiera sin necesidad de una interna por la gobernación.

Pero hubo un detalle allí. Cuando Cristina Kirchner llegó a la provincia, Pichetto le pidió a Aníbal Fernández que ella bajara para hablar con los productores de peras y manzanas y prometerles una solución. Esa solución tenía que salir de boca de la presidenta. Aníbal fue a hablarle, pero ella se negó y fue directo al acto, ninguneando el pedido del candidato que necesitaba de una carta fuerte para resolver el conflicto. Un mes después, Pichetto perdió contra Alberto Weretilneck por casi veinte puntos de diferencia.

Con el tiempo, Pichetto mantuvo una relación cordial con Wado De Pedro, un abogado mercedino que supo hábilmente constituirse en operador y armador político de Cristina y Máximo Kirchner. Más allá de las diferencias, Pichetto cultivó con él un vínculo de respeto, además de compartir jugadas y discusiones en el Consejo de la

Magistratura, organismo encargado de elegir pero también de castigar a los jueces y fiscales, alfiles del Poder Judicial.

Entre ellos supo haber, además, un intercambio de libros. Por el lado de Pichetto, *Fouché, el genio tenebroso,* de Stefan Zweig, y por el lado de De Pedro, *El año de la langosta*, de Terry Hayes, en el que se aborda el terrorismo y la corrupción en una historia de espionaje inspirada en un agente de la CIA en medio de una misión internacional.

8

La 125, el principio del fin y el amago de renuncia de Cristina

Aquel que en un principado no advierte los males cuando nacen no es verdaderamente sabio, y ese es un don que le está reservado a muy pocos.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

A mediados de 2007, el presidente Néstor Kirchner comenzó a cranear la continuidad de su proyecto. Cuando toda la política daba por hecho que él iría por la reelección, pronunció una frase que abrió un interrogante: «Puede ser un pingüino o puede ser una pingüina».

Más allá de una sentencia de ocasión, durante una entrevista fue la propia Cristina quien abonó el interrogante. El matrimonio comenzó un juego que desnudaba la idea de una alternancia de la pareja en el poder. Así, los Kirchner podrían estar cuatro mandatos si las variables económicas, sociales y políticas les sonreían. Pero pasaron cosas. Finalmente, CFK fue la elegida para la pelea presidencial y con la fórmula Cristina Kirchner-Julio Cobos, la transversalidad se imponía sin discusión.

A los tres meses de asumir, la economía metió la cola. Fernández de Kirchner había elegido como ministro de Economía a un joven que se destacaba en el elenco del gobernador bonaerense Felipe Solá, manejando los destinos del Banco Provincia. Martín Lousteau

se constituyó, a los treinta y siete años de edad, en el ministro de Economía más joven en alcanzar ese cargo a nivel nacional. Cristina estaba fascinada con el estilo de Lousteau, quien, a principios de 2008, le llevó una idea basada en el momento de apogeo de precios altos de los *commodities*, tras la crisis de las hipotecas en Estados Unidos.

Por entonces, el precio de la tonelada de soja superaba la barrera de los quinientos dólares en Chicago, cuando en los años anteriores había oscilado entre los trescientos y cuatrocientos dólares. Lousteau propuso una fórmula: si la soja en Chicago caía por debajo de los doscientos dólares por tonelada, la soja tendría retenciones cero. Pero a cuatrocientos, el porcentaje de impuestos pasaría al 35,75%. Y con un precio de seiscientos dólares, el escenario más probable, la soja alcanzaría el 49,33%; es decir, la mitad de su valor y, por ende, de la producción.

La idea fue comprada por Néstor y Cristina y en la noche del martes 11 de marzo de 2008, el ministro Martín Lousteau anunció la Resolución 125/2008, firmada por Cristina Kirchner y el entonces jefe de Gabinete, Alberto Fernández. Así comenzó un conflicto que se extendió por ciento treinta días y modificaría la historia del kirchnerismo para siempre. Al día siguiente, los productores agropecuarios de todo el país, englobados principalmente en la Sociedad Rural, la Federación Agraria Argentina, Coninagro y Confederaciones Rurales, lanzaron una huelga con piquetes en las rutas.

El denominado «Campo» se enfrentó al Gobierno K, con la clase media apoyando a los agricultores en los grandes centros urbanos, fundamentalmente a través de cacerolazos. Lousteau se plantó y dijo: «No va a haber cambios», y la presidenta definió los cortes como «los piquetes de la abundancia», asegurando que no se iba a dejar «extorsionar».

Desde los piqueteros como Luis D'Elía hasta el poderoso sindicalista Hugo Moyano con sus rudos camioneros dispuestos a todo, salieron a bancar al Gobierno. Pero el 25 de abril Martín Lousteau renunció en medio de fuertes críticas desde adentro de la propia administración nacional, como la de su enemigo íntimo

Guillermo Moreno. Sin embargo, la salida del ministro, reemplazado por un cultor del bajo perfil como Carlos Fernández, no aflojó el ambiente y el proyecto de retenciones fue llevado al Congreso para su aprobación.

La Cámara de Diputados no fue un obstáculo, pero el Senado asomaba más parejo. Con un aliciente: la sesión, y la posibilidad de un eventual desempate, quedaría en manos de Julio Cobos, a quien los Kirchner ninguneaban y destrataban como vicepresidente, dejándolo en un lugar decorativo. Eso tendría costos para el Gobierno. Cobos era un dirigente muy sereno y de carácter apacible, lo que era sinónimo de «manso» para el recio espíritu del matrimonio presidencial patagónico.

Lejos de alinearse pacíficamente en la naciente disputa con el Campo, el mendocino comenzó a recibir llamadas de productores y de dirigentes políticos de toda la UCR para que no acompañara el proyecto oficial. Eso tensó la relación entre la presidente y su vice. Tanto que Julio Cobos llegó al momento del debate parlamentario de la 125 sin tener diálogo con la presidenta. Anticipadamente, los iracundos Kirchner lo consideraban un traidor.

Poco antes del debate, Cobos solo mantenía conversaciones con el secretario de Agricultura, Javier de Urquiza, y con algunos legisladores del peronismo. Los Kirchner querían obediencia y no aceptaban discutir nada con alguien a quien no le tenían consideración política. En el mes de junio, un cable de noticias de la agencia DyN reseñaba: «Hace diez días que Cobos no mantiene ningún diálogo con la presidenta y con ningún miembro del gabinete nacional». Apenas si se habían cruzado en el acto en el partido bonaerense de Hurlingham, el 20 de junio, en un acto por el Día de la Bandera.

Así Cobos clonaba el «estilo Scioli» de no romper, pero ensayando algunos gestos de diferenciación como cuando mantuvo un encuentro con la cúpula de la Iglesia argentina donde la figura más destacada era el cardenal Jorge Bergoglio, considerado un archienemigo por Néstor Kirchner, a quien el expresidente quería correr del Arzobispado de Buenos Aires. Nadie imaginaba entonces

que, cuatro años más tarde, el cura del barrio de Flores sería electo papa.

Bergoglio y los demás obispos fueron recibidos en la Presidencia del Senado en una audiencia que terminó de romper el vínculo con la Casa Rosada, ya que la Iglesia había hecho público el pedido de «un gesto de grandeza para convocar al diálogo» con los productores agropecuarios, solicitando que el Gobierno dialogue y que los representantes del agro levanten los cortes.

Más allá de que Cobos invitó al jefe de Gabinete, Alberto Fernández, al encuentro con la Iglesia y con los gobernadores de provincias agropecuarias como Santa Fe y Córdoba, desde el Gobierno dejaron trascender que «Cobos se sobrepasó» y se montaron en un enojo que, poco después, les saldría caro políticamente.

El que sí habló fue el ministro del Interior, Florencio Randazzo, quien dijo que «su preocupación debe concentrarse en preservar los intereses del Poder Ejecutivo que representa y en buscar consensos con la mayoría del pueblo argentino que votó a la presidenta». Y agregó: «Y no con la Argentina concentrada y corporativa», sorprendiendo con sus dichos, pues el ministro era oriundo de Chivilcoy, una zona bonaerense dedicada de lleno a la producción rural.

Cobos habló tras el encuentro y dijo que «los intendentes, los gobernadores, los diputados, los senadores y los gremios no representan corporaciones, sino instituciones propias de la democracia». Ante esto, Pichetto tenía un desafío que era el de sumar voluntades de los senadores de las provincias con gobiernos provinciales aliados, pero, también, el de los distritos donde la «transversalidad K» había hecho base. Y volvió así la contradicción alrededor de su distrito político: entre los radicales que había seducido Néstor Kirchner estaba el mendocino Cobos, pero también Pablo Verani, el jefe político del radicalismo rionegrino.

A Pichetto no le había gustado ese ensayo político: el peronista estaba convencido de que «esos tipos tarde o temprano nos van a traicionar». Y fue una suave venganza para Pichetto, pues Cobos y su rival Saiz defraudaron el pedido de los Kirchner en la pelea con el

Campo. «Nunca van a dejar de ser antiperonistas», les había advertido Pichetto.

De todos modos, el senador acompañó una gestión de último momento de Cristina ante el rionegrino Pablo Verani. La presidenta lo llamó personalmente, pues ambos se conocían de cuando CFK había ocupado una banca en la Cámara Alta. Y un día antes de la votación en el Senado, trató de convencerlo para que votara a favor del Gobierno.

Verani puso el teléfono en altavoz en su despacho y, 0acompañado de autoridades del bloque radical, escucharon el pedido de Cristina quien, durante cinco minutos, trató de persuadirlo. Pero Verani, un verdadero zorro del desierto, se escapó todo lo que pudo hasta que no tuvo modo de evitar su sentencia: «En esta no te voy a acompañar, Cristina».

Las noticias eran malas en el Senado para el oficialismo. Porque en esa bancada había senadores de peso del propio peronismo que no podían votar el aumento de las retenciones como un asunto más. El senador santafesino Carlos Reutemann defendía a los productores de su provincia, y a él mismo, propietario de campos. También estaban el puntano Adolfo Rodríguez Saá y el salteño y productor vitivinícola Juan Carlos Romero, críticos de la iniciativa.

La presencia en el recinto de su mentor Carlos Saúl Menem resultó doloroso en términos personales. El expresidente se opuso y, antes de votar en contra, escuchó el discurso del jefe del bloque peronista defendiendo una vez más una iniciativa en la que no creía y que consideraba un profundo error político.

La noche de la votación de la 125 tuvo sucesos inolvidables para sus protagonistas. El senador ya sabía cuál sería el resultado, pues estaba siguiendo los discursos y se daba cuenta de que los radicales que habían sido aliados K y protagonistas de la Concertación Plural que había craneado Néstor Kirchner iban a votar en contra. El número ya estaba jugado y se palpitaba un empate.

A las 20:30 se le aparece Pablo Verani en el despacho y le dice, con gesto preocupado: «Cobos está encerrado en su oficina con la familia». Pichetto no podía creer que el vicepresidente hubiera metido a su mujer y a sus dos hijas en un asunto de ese tamaño.

Una de las jóvenes era estudiante de Veterinaria y se intuía de qué lado del conflicto estaría.

Cobos no quería hablar con nadie y no atendía los llamados de Pichetto. Verani insistía: «Cobos está encerrado, estamos empatados, y él, cuando llegue el momento, va a pedir un cuarto intermedio, y si no se lo das va a votar en contra».

Pichetto sabía que Néstor Kirchner estaba en Olivos y pensaba ir a la Plaza de Mayo, donde había casi doscientas mil personas, lo que demostraba que el expresidente quería capitalizar el conflicto políticamente, y no negociar. La llamó a Cristina: «Cobos va a pedir un cuarto intermedio para un acuerdo y puedo hacerlo en la medida que me autorices». Ese acuerdo lo había tanteado con los senadores (y empresarios) Carlos Reutemann y Roberto Urquía: ir por una propuesta intermedia de retenciones de un tope de 39,5% hasta 40%.

«Alberto Fernández lo va a llamar a Cobos», le contestó, cortante, Cristina. Si existió la gestión del jefe de Gabinete, fue impotente y el mensaje final de la presidenta fue claro: «Pase lo que pase, hacé votar y que cada uno se haga cargo de lo que vota; yo me voy a dormir», le dijo a Pichetto. El senador respiró y, al rato, conversó por teléfono con Néstor Kirchner, quien era el que había decidido dar una pelea a todo o nada con el Campo.

Sacudido aún por la decisión de los Kirchner, Cobos llamó a su despacho a Miguel Pichetto y a Ernesto Sanz, titulares de los bloques peronista y radical. «Yo no quiero que se vote, yo quiero pedir en función de las atribuciones que tengo como vicepresidente, y que pasemos a un cuarto intermedio». Entonces, los dos le saltaron a la yugular.

Pichetto, porque tenía instrucciones de Néstor Kirchner, quien ya no era presidente, pero tenía el manejo absoluto de la situación, de terminar con el tema. «Tengo instrucciones. Nosotros hemos reafirmado una posición», aseguró, dejando en claro que la Casa Rosada había bajado la orden de votar como sea y que no se movería de esa postura. Y Sanz, porque imaginaba que en ese cuarto intermedio iban a dar vuelta voluntades a lo loco. Los operadores políticos del kirchnerismo no descansaban: desde el

exduhaldista José «Pepe» Pampuro operando fuerte contra Cobos, y el senador santacruceño Nicolás Fernández, íntimo de los Kirchner, hasta Alberto Fernández y Aníbal Fernández, más el propio Néstor.

Así consiguieron doblegar la voluntad del catamarqueño Ramón Saadi, pero con Carlos Menem, con quien apelaron a todo tipo de recursos, no tuvieron suerte y votó en contra. Sanz le advirtió a Cobos: «Julio, no pidas cuarto intermedio porque no te lo vamos a dar, te vamos a votar en contra». Aun así, Cobos lo pidió.

Luego llegó el momento del discurso de Miguel Ángel Pichetto en el cierre del debate, y fue una oda al verticalismo político, a la obediencia partidaria y a la defensa de la gobernabilidad: tres pilares en su forma de entender y ejercer la política. Lejos de perderse en tecnicismos rurales y cifras, a lo largo de la histórica sesión, más que a las retenciones, Pichetto defendió la necesidad de que el Gobierno no perdiera una votación de este tipo. «Es un debate en el que está en juego la autoridad institucional», señaló en el inicio, y le dedicó gran parte del discurso a los oficialistas y aliados que se encaminaban a diferenciarse y votar por el rechazo.

Así apuntó a sus pares peronistas entre los que estaban viejos conocidos suyos como el santafesino Carlos Reutemann o el mismísimo Carlos Menem. Dijo: «Nunca concebirían en sus provincias lo que han planteado aquí, es decir, diferenciarse de un Gobierno que hace seis meses los llevó en la boleta, cuando se peleaban para sacarse la foto con la presidenta de la Nación, que estaban en todos los afiches tratando de ver cómo sumaban, incluso aceptando las distintas alternativas de colectoras, que he cuestionado fuertemente porque implican una devaluación del sistema de partidos políticos».

Y fundamentó sus pensamientos con textuales de «un libro muy interesante de Gianfranco Pasquino», politólogo italiano, sobre el fortalecimiento del sistema presidencial en los sistemas parlamentarios europeos. Dijo: «Pasquino dice que es inadmisible concebir que el oficialismo no vote con su Gobierno. Sería increíble pensar que Teresa de la Vega, la vicepresidenta de España, vote en contra del presidente español Zapatero. Sería inconcebible pensar que el oficialismo parlamentario que acompaña al Gobierno del

presidente español vote en contra de su Gobierno, salvo que lo quieran debilitar, salvo que lo quieran herir de muerte, salvo que quieran empezar a liquidar el Gobierno».

Más tarde, sugirió la idea de un golpe y les habló directamente a los exintegrantes del Gobierno radical de Fernando de la Rúa: «Yo no quiero agitar fantasmas. No quiero venir con las historias del golpismo en la Argentina. Pero, indudablemente, en la noche de hoy también, y en la Argentina que estamos viviendo, hay algunos escenarios altamente complejos, y la oposición sabe de qué hablo. Sabe lo que significa que esta noche el Gobierno no salga ratificado. Lo sabe muy bien».

Su discurso ahondó en ese tema. «Yo siempre sostengo, desde la experiencia institucional argentina, que uno de los dramas que tuvo la Alianza fue, precisamente, la debilidad estructural que sufrió en el Parlamento. Creo que la caída del expresidente De la Rúa, y lo digo como una descripción objetiva histórica —que algunos pueden no compartir— se debió a su pérdida de sustentabilidad en el Parlamento».

Y hasta ensayó, en esa extensa madrugada, mostrarse receptivo a las inquietudes de los sectores sociales bajos y medios que, en la Argentina, consumen mucha de la buena carne vacuna local: «Para la gente que nos está viendo por televisión: sabemos que es tarde, pero es un debate que se ha seguido mucho. Nosotros no queremos que el kilogramo de lomo cueste entre ochenta y cien pesos en la Argentina. Lamentablemente, creo que el señor De Angeli [dirigente ruralista opositor] se equivoca en este tema. Podemos discutir el tema de la carne, cuál es el cuarto que se exporta, el sistema *feed lot*, el sistema de cuota Hilton, que tiene que haber precios populares para determinados cortes, pero lo que no podemos avalar desde un Gobierno popular, desde un Gobierno que tiene sensibilidad, es que la carne se convierta en un producto prácticamente ajeno a la mesa de los argentinos».

Pero Pichetto no se ensañó con sus compañeros peronistas que votaron en contra de la voluntad oficial: «No voy a entregar a nadie, que cada uno se haga cargo», dijo en una acción de empatía con la cofradía política.

El arsenal mayor fue destinado al vicepresidente Julio Cobos, el aliado radical, al que le espetó que «en países como España y como Inglaterra, donde incluso el Poder Legislativo está prácticamente identificado con el primer ministro, sería inadmisible pensar que un parlamentario propio que ha sido elegido hace seis meses, ¡seis meses, repito!, y cuando no ha ocurrido ningún hecho dramático ni grave que provoque la indignidad de la figura presidencial ni otra situación que pueda alterar la marcha normal del Gobierno, termine votando en contra de los intereses del propio Gobierno que fue elegido». Y le enrostró: «La política implica dar la cara en las buenas y en las malas. No se puede estar "para la foto", para salir electo y ganar unas elecciones, y cuando tenemos un problema funcionamos desde un esquema políticamente correcto y votamos en contra del Gobierno de la presidenta que nos llevó a ocupar el lugar que tenemos».

Lo apuntó en momentos en que la televisión argentina transmitía casi en cadena nacional los sucesos: «Usted tiene hoy, como lo manifestó el presidente del bloque de senadores de la oposición, una gran responsabilidad institucional, histórica. Esperemos que la ejerza con todo su criterio, prudencia y con toda la decisión que usted tiene que tener como hombre de Estado». Y luego lo tildó de «traidor» en plena sesión, dedicándole una sugerente frase bíblica, en la que —según el Evangelio de San Juan— Jesús le dijo a Judas antes de que este lo entregue a los romanos: «Señor presidente, Jesús dijo a los discípulos: "Lo que haya que hacer, hagámoslo rápido". No quisiera estar en su lugar. Es una responsabilidad inmensa la que usted tiene. Seguramente, también la historia va a hacer una evaluación del rol que usted defina y decida esta noche. Este debate está agotado».

Después de la segunda votación, que volvió a dar treinta y seis votos a favor y treinta y seis en contra, Cobos habló y dijo: «Creo que hoy debe de ser el día más difícil de mi vida, junto con aquellos momentos que viví en la juventud. No sé por qué el destino, la historia, me pone en esta situación». Pidió en el recinto el cuarto intermedio, y se lo rechazaron tanto peronistas como radicales. Con voz temblorosa desempató: «¡Que la historia me juzgue! Pido

perdón si me equivoco. Mi voto es no positivo», dijo en una construcción dialéctica novedosa pero que hacía que se rechazara en el Senado el proyecto oficial y el Gobierno de Cristina sufriera una durísima derrota.

Los Kirchner creían que, si el Campo ganaba, ellos perdían y su proyecto político que contemplaba cuatro mandatos presidenciales, estaba liquidado. Por eso, decidieron que Cristina renunciara a la presidencia de la Nación y Néstor decidiera dejar el poder: agudizar las contradicciones, casi un lema de la izquierda para retroceder un paso y, luego, volver al ataque para recuperar todo con fuerza absoluta. Se lo comunicaron al jefe de Gabinete, Alberto Fernández quien, en contra de esa salida, comenzó a accionar.

Alberto Fernández llamó en la madrugada a los presidentes de Brasil y Uruguay, Luis Inacio Da Silva y José «Pepe» Mujica. Y también a Pichetto. A todos les anunció la salida de Cristina. El senador creía ver una reacción psicológica del esposo de CFK con el objetivo de que una eventual renuncia de ella podría provocar una crisis institucional, pues Cobos no podría aguantar la presidencia. Eso llevaría a una nueva convocatoria a elecciones y allí el kirchnerismo apostaría a ser plebiscitado. A todo o nada.

Lula Da Silva fue quien más influyó en el paso atrás de esa arriesgada jugada. Pichetto también tuvo su momento de diálogo con la presidenta. Le dijo en Olivos, con su estilo formal pero duro: «Hay que mantener el Gobierno. Si es cierto que te querés ir, no es conveniente que hagas eso». Veía la jugada muy extrema. «Bueno, te agradezco», le dijo lacónica ella. Fueron cuarenta y ocho horas donde la Argentina estuvo al borde de un limbo difícil de calibrar si esa decisión intempestiva de Néstor y Cristina se hubiera llevado a cabo.

Tras la conversación con Pichetto, Cristina convocó a una reunión con los senadores en la residencia presidencial, donde agradeció a los legisladores que la habían acompañado en la disputa por la Resolución 125. Para algunos, a partir de ese suceso de una noche estresante y novelesca, comenzó «la grieta» en la Argentina, una fisura social y política como pocas veces se había vivido en el país,

en este caso entre los adherentes al Gobierno kirchnerista y sus críticos.

La reacción del oficialismo, a partir de allí, fue a «todo o nada», con seis meses posteriores en los que Néstor Kirchner desplegó una batería de medidas como la Ley de Medios y la estatización de las AFJP, por los que devinieron cruces y enfrentamientos que lo llevaron a adelantar las elecciones parlamentarias intermedias de 2009, perdidas por el oficialismo a manos de un novato político como el empresario Francisco de Narváez.

9

Ley de Medios, la prueba de la lealtad peronista

El príncipe debe hacerse temer de manera que, si no consigue el amor de su pueblo, al menos evite el odio, porque es perfectamente posible ser temido sin ser odiado al mismo tiempo.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Las pruebas de la lealtad eran caras para un peronista tradicional. La pregunta lo carcomía a Pichetto: ¿oficialista a qué costo? La discusión sobre la Resolución 125 había roto todos los puentes de Néstor y Cristina Kirchner con los principales medios de comunicación y con gran parte de la clase media que consumía los principales canales y señales informativas y que tenían vinculación familiar o laboral y económica con el campo argentino y su producción y derivados.

Néstor Kirchner, lejos de rebobinar tras la derrota, decidió ir a fondo. El líder de esos tiempos peronistas profundizó el perfil ideologizado de su fuerza e imprimió al peronismo su sello, lejos de los tiempos de la Lista 2 y del nombre PJ.

El Frente para la Victoria fue a una elección de renovación parlamentaria en el año 2009 y enfrente congregó a una lista peculiar encabezada por el empresario supermercadista Francisco de

Narváez en la lista de aspirantes a diputados por la provincia de Buenos Aires, acompañado del ingeniero Mauricio Macri y el exgobernador bonaerense Felipe Solá.

Ante ese trío que asomaba preocupante, Kirchner ideó el formato de «candidaturas testimoniales», una lista de candidatos a diputados con varios nombres fuertes, pero que nunca asumirían sus bancas. La lista estaba encabezada por Néstor Kirchner, seguido de Daniel Scioli, Sergio Massa y la actriz y cantante Nacha Guevara. Era una reunión llamativa, pero se sabía, desde su revelación, que ninguno de ellos iría a ocupar el lugar para el que se hacían elegir.

La elección fue en junio de 2009 y De Narváez venció causando una conmoción política: un desconocido empresario con tatuajes se imponía a una lista peronista con Néstor Kirchner a la cabeza.

Ese domingo de derrota, Néstor Kirchner estaba furioso: no reconoció la caída hasta las 2:15 de la madrugada y circularon rumores de peleas y botellas de whisky que volaron por el aire, enervado por la supuesta traición de dirigentes de su espacio, como Sergio Massa y Florencio Randazzo.

«Vamos a salir a cazar a los traidores», exageró pocas horas después un polémico intendente bonaerense, Mario Ishii, de José C. Paz. Pero sin leer el veredicto electoral y subido más que nunca a la batalla política, Néstor decidió avanzar con una ley con el único objetivo de quitarle poder a los principales medios argentinos, en especial al Grupo Clarín, cuyo directivo Héctor Magnetto se transformó en el blanco de su ira discursiva.

El Frente para la Victoria logró sancionar la Ley de Medios el 10 de octubre de 2009 con el nombre de Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual Nº 26.522, la que fue varias veces impugnada en la Justicia. En la sanción parlamentaria, Pichetto se vio otra vez interpelado. El rionegrino era un hombre de diálogo y no se sentía cómodo con no poder sentarse ni siquiera a dialogar con periodistas del diario *Clarín* o el Grupo América, conglomerado de medios de todo el país conducido por el empresario mendocino Daniel Vila y el exdiputado peronista José Luis Manzano, devenido empresario de medios, del petróleo, la energía y la producción - agropecuaria.

Ese capítulo no solo lo comprometió a Pichetto, sino también a otro dirigente peronista que cultivaba la relación con todo el arco político y empresarial: Sergio Tomás Massa, entonces intendente de Tigre, que soñaba, para sí mismo, un futuro político con terminal en la Casa Rosada. Pero esa ambición política lo llevó a apresurarse y en 2008, tras la crisis con el Campo, asumió como jefe de Gabinete en lugar de Alberto Fernández, quien se mantuvo en ese cargo en los primeros meses de la primera presidencia de Cristina, con quien se fue severamente peleado.

Massa se sumó al Gobierno de CFK y prometió abrir el Gobierno hacia relaciones internacionales abiertas al mundo y, también, a un nuevo tiempo con el periodismo. Poco duró la ilusión: tras una sola conferencia de prensa de la presidenta Cristina en la residencia presidencial de Olivos, contrariados con las preguntas de los periodistas, los Kirchner clausuraron la etapa de apertura y aceleraron una vez más.

Pichetto siguió al frente del bloque de senadores nacionales a pesar de todas las vicisitudes. En 2009, como jefe de la bancada oficialista, defendió la Ley de Medios del Gobierno, a la que, cuando se aprobó, la consideró «moderada» y «democrática», cosa que siguió haciendo años después, cuando fueron bloqueados judicialmente algunos artículos, como el 161, que exigía la adecuación de los grupos de medios a determinada cantidad de licencias permitidas, lo que apuntaba al desguazamiento de los grandes medios.

«La presidenta tiene mucho coraje para enfrentar todos estos compromisos, aun en el marco del tremendo desgaste permanente al que se vio sometida, especialmente de parte del Grupo Clarín», aseguró un día, presionado por su conducta de ser un hombre de buena relación con esa empresa mediática que editaba el principal diario de habla hispana.

El debate de esa norma movilizó al país. Incluso hubo una manifestación frente al Congreso en la que confluyó un arco variopinto que iba desde el rabino Sergio Bergman, hombre cercano a Mauricio Macri, al piquetero Raúl Castells y el referente del Campo Alfredo de Angeli, y a la que durante el debate, Pichetto calificó

como un «acto patético» en el que «se juntaron la Biblia y el calefón».

«La verdad es que no creo en ese mundo feliz del consenso, en esa visión onírica de la democracia del rabino Sergio Bergman, quien el otro día vino con toda esa visión fundamentalista de rabinos y curas, que tienen siempre buenas intenciones y nos vienen a dar clases de democracia acá, al Congreso. El otro día hicieron un acto patético en las puertas de este Congreso», planteó en el inicio de su discurso.

A diferencia de varios compañeros de su bancada, que apuntaron contra medios y periodistas puntuales, Pichetto se limitó a hablar de un «doble estándar» y «discurso apocalíptico» de los medios de comunicación. «Quiero hacer una reflexión, señor presidente, sobre el doble estándar que se construye, muchas veces, desde los medios de comunicación, y que algunos representantes de las cámaras expresan. Me refiero al doble estándar de los legisladores que se van de nuestro bloque y votan en contra del Gobierno; son ídolos populares, pasan a tener la estima de la sociedad y son reporteados por todos los medios, mientras que aquellos senadores que deciden apoyar una propuesta del Gobierno son tránsfugas, delincuentes, son Borocotó», señaló, refiriéndose al médico Eduardo Lorenzo, «Borocotó», que saltó del ejercicio de la medicina a la política y que, en 2005, fue electo por el PRO de Mauricio Macri y luego de asumir se abrió y armó un bloque propio, cooptado por el kirchnerismo para que lo acompañara con sus votos en el Parlamento.

Antes de volver a amoldarse a su viejo estilo, Pichetto se embanderó con la crítica a los medios y a una parte del periodismo: «Lo que se consolida en la opinión pública es la visión de la destrucción, del discurso apocalíptico: todo negativo, todo destructivo. No quiero hacer referencias. Lo que digo es cómo se construye sobre la base de la destrucción del otro». La referencia fue agradable para el kirchnerismo duro que había bautizado, durante las protestas contra *Clarín* y a favor de la Ley de Medios como «Todo Negativo» a la señal de noticias TN.

Ante ese panorama político enrarecido, Pichetto pidió debatir el proyecto y no solo rechazarlo porque lo proponía el Gobierno de

Cristina Kirchner. «A lo largo de este debate que hicimos, en muchas oportunidades, he escuchado que la descalificación es hacia el Gobierno y no hacia el contenido de la norma, porque es el Gobierno el que lo ha hecho y, entonces, está mal y este es un Gobierno autoritario».

Afín al planteo oficial, Pichetto negó la existencia de un «multimedio del Gobierno» y señaló que «el 98% de la información política» era opositora. En la defensa del texto consideró que se trataba de una norma «moderada» que «atiende la problemática de las grandes empresas» porque les permite «mantener una cuota importante del espacio audiovisual». Dijo: «El proyecto de ley es moderado, democrático y limita en el 35%, permitiendo que distintas empresas puedan mantener una posición razonable, no dominante. El corazón del debate de este proyecto de ley es el tema de la posición dominante, por no llamarla casi monopólica. A mí me parece que ese es el tema central».

En medio de esa tensión, que lo alejaba de varias de las relaciones con referentes de los medios con quienes había construido un vínculo, recordó su participación en la Ley de Bienes Culturales sancionada en el año 2001 de la que dijo: «Salvó prácticamente todas las empresas gráficas y audiovisuales» que estaban endeudadas y corrían riesgo de quedar en manos de extranjeros. Y aclaró que el tema de las telefónicas no estaba incluido en la ley: «La presidenta las excluyó para terminar con un falso debate y una falsa discusión, que era que veníamos a quedarnos con el negocio, que venía Telecom, los socios argentinos y no sé quién —el fantasma Benito o el conde Drácula— a quedarse con todo».

Y cerró su discurso: «Estamos dando un primer paso. Ninguna norma es perfecta a perpetuidad, ni se escribe en la piedra, como le dije hoy a un periodista. Seguramente, en el futuro esta ley pueda ser corregida y, a lo mejor, en poco tiempo —en uno o dos años— habrá que afrontar el debate relacionado con las telefónicas. Sin embargo, la que estamos considerando es una norma superior a la vigente; es un avance; es un paso gigantesco en esta discusión

realmente importante que hace a la consolidación de la democracia en la Argentina».

Pichetto les decía a sus interlocutores, que le pedían una actitud más racional y menos confrontativa, que «no hay espacio para sentimientos cuando se trata de decisiones políticas». Y renegaba de que hubiera sido corrido de su pensamiento y práctica política al ser conminado por los Kirchner para aprobar una ley que apuntara a acogotar a los medios críticos: «Yo no la estoy pasando mal: pasarla mal es no tener los votos, nene», repetía mientras caminaba en su despacho, incómodo con este tema que lo exponía.

El senador creía que, a pesar de la rudeza del debate, la sanción de esa ley no complicaría la relación con gente que entendía el juego y que, a lo largo de vínculos de años, él quedaría con una balanza positiva en el debe y el haber. Y volvía a recordarles a los empresarios de medios que se había transformado en un adalid de la Ley de Bienes Culturales (una legislación destinada a la protección de capitales nacionales de los medios de comunicación que limitó inversiones extranjeras en el área al 30% del paquete accionario), así como de la ley 20.840 para agrado de los banqueros y de la reforma a la Ley de Quiebras.

Pichetto, hasta entonces, había evitado ir a al programa *678*, que se emitía en la Televisión Pública, la señal de televisión abierta que manejaba el Estado. Se trataba de un programa transformado en buque insignia del discurso kirchnerista, en el que se confrontaba de modo directo con los medios y se apuntaba, con una dedicada edición de audios y videos de cada día, a periodistas críticos. Desde el panel de ese envío se fustigaba a quienes daban información que comprometía al Gobierno de Cristina Kirchner con informes enjundiosos que no escatimaban nombres y apellidos, en un peligroso ejercicio de escrache.

Pichetto soportó todo el debate de la Ley de Medios sin ir al piso de *678*, pues no adhería a esos modos que consideraba propios del «progresismo K» y no del estilo del peronismo clásico. Pudo evitarlo un tiempo, pero más tarde, con el debate del Memorándum de entendimiento con la República de Irán, lo tuvo que hacer.

10

Irán, una carga pesada

El príncipe debe leer los ejemplos que da la historia, y estudiar las acciones de los hombres más ilustres: ver cómo se portaron en las guerras, analizar las razones de sus victorias y de sus derrotas para poder imitar las primeras y evitar las últimas y, sobre todo, hacer lo que ya han hecho en tiempos pasados otros hombres eminentes.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Corría el año 2013 y Cristina Fernández de Kirchner era la presidenta de la Nación. Su poder sobre el Congreso era total, pero había una ley que la inquietaba: la del Memorándum de entendimiento con la República Islámica de Irán, la que fue narrada por el Gobierno kirchnerista como la única manera de lograr que declararan los acusados por el atentado contra la sede de la mutual AMIA, ocurrido en julio de 1994 en la ciudad de Buenos Aires con un saldo de ochenta y cinco muertos.

Las miradas y la investigación judicial apuntaban al régimen de Irán y a la agrupación Hezbollah. Para el grueso de la oposición, este entendimiento era un modo alevoso de brindar impunidad para los culpables del sangriento atentado en virtud de un acuerdo subterráneo entre el Gobierno y la República Islámica de Irán.

En el Congreso, todo era nervios para lograr los votos. Por eso, la propia Cristina manejó el tema directamente con su jefe de bloque

en el Senado de la Nación, pues el debate comenzaba por la Cámara Alta. CFK lo llamó a Pichetto y comenzó a darle órdenes a los gritos: «¡Esto se tiene que votar, apretalos a todos los aliados, hacé lo que sea necesario!». El senador alejó el auricular para no afectar sus tímpanos, esa membrana que —como un tambor— vibra cuando es golpeada por un sonido. Y cuando Cristina hizo una pausa, le susurró: «Querida, me violenta que las mujeres me griten», y cortó.

Pichetto se quedó parado, dimensionando el impacto de lo que acababa de hacer. Pasaron unos minutos durante los que el inoxidable peronista no se inmutó. El celular volvió a sonar. Ya con otro tono de voz, la jefa de Estado le pidió que resolviera el asunto que tanto la tenía preocupada. Con el paso de los días, el Memorándum de entendimiento con Irán fue aprobado. El senador principesco volvía a poner sus armas políticas al servicio del poder peronista.

Pero el kirchnerismo, una vez más, le pedía una prueba de amor y lealtad a Pichetto: lo presionaron para ir a *678.* Esta vez no resistió y se hizo presente —con un discurso alineado al ideario K— en el estudio de la televisión estatal. La defensa del Memorándum comenzó así: «Ha habido una participación realmente muy importante del canciller Timerman en el debate. Creo que ha dado explicaciones y ha fundamentado claramente el acuerdo, el Memorándum, y no escuché durante todo el desarrollo ningún argumento serio para no avanzar».

Luego dijo: «Me parece que es esto un camino, abre una esperanza, es una opción, tiene riesgos, pero indudablemente una presidenta como Cristina Fernández de Kirchner asume riesgos. Creo que es la única posibilidad seria de destrabar una situación que, si no, se va a prolongar indefinidamente en el tiempo».

Pero en una frase dejó vislumbrar algo de lo que realmente pensaba, y que era que no creía en el recurso y que intuía que no se llegaría a nada positivo con este entendimiento: «Yo creo que hay que abrir esta posibilidad, hay que jugar este camino, porque además no hay ninguna posibilidad de perder nada, porque de última supongamos que el juez y el fiscal no pueden hacer el interrogatorio que fija el Código Procesal en el marco de lo que

puede ser una indagatoria. Bueno, si no se puede cumplimentar esa instrucción y no se llegara a concretar ninguna base de la investigación, se mantendrían los pedidos de detención».

Y aprovechó la oportunidad para confrontar con la postura de las organizaciones judías en la Argentina: «A mí me pareció realmente muy poco responsable la participación de Guillermo Borger, el presidente de la AMIA, donde volvió a reiterar algo que ya se había mencionado, que es la tesis del tercer atentado, basado en suposiciones. La verdad… Proveniente, además, de un pueblo donde los símbolos y las palabras siempre fueron muy importantes, porque el nazismo nace primero con un discurso del antisemitismo y luego viene la violencia… Digamos, las palabras no son palabras huecas que se tiran al viento y no pasa nada. Me parece que el cuidado en el uso de la palabra por parte de un dirigente importante de la comunidad… Me parece que es un tema valioso, fundamentalmente porque habla ante el pueblo. Y dice, bueno, va a haber un tercer atentado. A ver, ¿hay algún elemento? Si hay algún elemento, póngalo en la Justicia, dígaselo al Congreso, tiene oportunidad de decirlo».

Con su paso por *678*, Pichetto cumplió con el Gobierno con creces. Una vez más, ponía el cuerpo en cosas que no creía, pero que su rol político lo obligaba. En el Senado, la ley no tuvo demasiados inconvenientes gracias a la pericia parlamentaria del jefe de bloque y al alineamiento que la presidenta Kirchner exigió a los suyos. En cambio, en la Cámara de Diputados, el trámite fue más complejo. Por eso, le pidieron a Pichetto que también operara en territorio de Diputados.

El kirchnerismo apoyó sin lugar a dobleces. Uno de los que apoyó con su voto fue Andrés «Cuervo» Larroque, quien había sido uno de los denunciados por haber participado de una supuesta negociación oculta con Irán. Desde el peronismo hubo manos que no acompañaron la iniciativa. Se volvían a mostrar las viejas diferencias, como en los años iniciales del kirchnerismo, en legisladores como la bonaerense Mabel Müller y el riojano Jorge Yoma. La aprobación fue ajustada: 131 votos positivos contra 113 negativos.

Este Memorándum de entendimiento, por el que la Justicia argentina podría tomar declaración en Irán a los acusados del atentado a la AMIA, surgió de un acuerdo firmado en Etiopía entre las autoridades de Teherán y las del Gobierno de Cristina Kirchner, rubricado por el entonces canciller Héctor Timerman, pero impugnado por el fiscal argentino de la causa, Alberto Nisman, quien denunció que el Gobierno de CFK encubría así a los autores del atentado.

En el año 2015, Nisman comenzó una ofensiva judicial para mostrar complicidades políticas y delitos de la administración de Cristina Kirchner y se subió a una cruzada para demostrarlo. En medio de esa acción, el fiscal del caso AMIA fue hallado muerto en su departamento de Puerto Madero, el día anterior a radicar en el Congreso de la Nación la denuncia contra Cristina Kirchner por ese acuerdo. Otro hito de la obediencia política de Pichetto, que el peronismo clásico no comprende aún: el senador nunca creyó en las explicaciones del Gobierno cristinista sobre la suerte del fiscal que investigaba a la propia presidenta. Pero no dijo nada, como tantas otras veces en la era K.

«Se suicidó o lo mataron», repetía Pichetto, quien pedía esperar la decisión de la Justicia sobre el hecho. No se pronunció de modo categórico sobre el asunto, así como tampoco se hizo eco de campañas sucias del kirchnerismo, como la del exministro Aníbal Fernández, quien habló de una vida relajada del fiscal, rodeado de mujeres, fiestas y gastos excesivos a expensas de la plata de los servicios de inteligencia.

Pichetto fue prudente. No se jugó. Solo que, presintiendo un cambio ideológico y de posicionamiento del kirchnerismo tras la muerte de Néstor Kirchner, dejó de acompañar las delegaciones presidenciales a la Asamblea de la ONU. Con Néstor en vida, Pichetto viajaba a Nueva York sin chistar. Desde 2012, convencido de que Cristina había modificado su posición, bajo la influencia y el «entrismo» de sectores más de izquierda del peronismo, incluyendo la ascendencia sobre ella del presidente venezolano Hugo Chávez Frías, Pichetto desistió de formar parte de las comitivas en las que la Argentina debía exponer al mundo su posicionamiento.

«Néstor Kirchner iba a Venezuela. Pero nunca jamás en esas tres visitas estuvo al mismo tiempo que Mahmud Ahmadinejad», resaltaba con vehemencia Pichetto, en el afán de sostener que el «Pingüino» estaba en sintonía con el Gobierno de Hugo Chávez y Nicolás Maduro, pero que no permitió que lo vieran cerca del temible presidente de Irán. De todos modos, con Kirchner ya fallecido, Pichetto acompañó a Cristina en marzo de 2013 al velatorio multitudinario de Hugo Chávez. Un acto por el que el cristinismo le pasó luego factura política al alejarse de su área de influencia.

Pasado el tiempo, ya enrolado con Mauricio Macri y siendo un duro opositor a Cristina, fue cauto pero autocrítico de su voto en 2013 que permitió la sanción del Memorándum de entendimiento con la República Islámica de Irán, algo que sus allegados jamás pensaron que podría votar. «Me arrepiento de haber votado el Memorándum, pero tampoco lo considero un delito. Fue un grave error de política nacional e internacional», dijo tiempo después, con la mirada perdida, como purgando una carga pesada.

11

El sororo: matrimonio igualitario, identidad de género y aborto

La experiencia de nuestros tiempos demuestra que los príncipes que han hecho grandes cosas son los que han dado poca importancia a su palabra y han sabido embaucar la mente de los hombres con su astucia.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Miguel Ángel Pichetto tomó con contundencia la defensa de las leyes de Matrimonio Igualitario, de Identidad de Género y del Aborto Legal y Seguro, lo que le da la posibilidad de casarse a personas del mismo sexo, ejercer el derecho de cualquier persona a que se reconozca su identidad de género autopercibida (incluyendo el cambio de datos personales y el uso de un nombre distinto al anotado en su documento nacional de identidad) e interrumpir de manera voluntaria el embarazo.

Cada una de esas iniciativas las defendió convencido, explicitando su adhesión fiel a su estilo y marcando la cancha de una manera brutal. Tal vez el suceso más intenso fue en la previa de la sesión de la Ley de Identidad de Género. El Senado —la Cámara más conservadora por excelencia— estaba verdaderamente convulsionado. Y Pichetto era la figura del día: iba a llevar la voz cantante en el debate para defender la iniciativa oficialista. Por eso,

tuvo que «soportar» que su oficina se llenara de militantes de esa lucha.

El duro senador ingresó a la antesala de su escritorio y contempló una escena que no esperaba: travestis, lesbianas, gays, trangénero; o sea, representantes de todo el arco del colectivo LGTBIQ+ que, a partir de allí, lo adoptarían como su nuevo ídolo. Pichetto observó la escena variopinta, tragó saliva y dijo: «Yo, a todos ustedes, los odio, no me los banco. Pero me banco menos a los curas. ¡Así que vamos y aprobamos la ley hoy mismo!». Un aplauso cerrado lo despidió, algo que se repitió más tarde, y de modo conflictivo, en el recinto.

Pero antes de la Identidad de Género, se votó la Ley de Matrimonio Igualitario, que en el Senado se aprobó entre el 14 y 15 de julio de 2010. Ese día, Pichetto se definió como «un católico que tiene sus dudas, sus contradicciones, y no profesa», y acusó a la Iglesia católica de haber «llevado a extremos la discusión», cruzándose fuertemente en el debate con sus compañeros «chupacirios».

Por eso, antes de empezar su discurso citó a su esposa, con la que se había casado treinta y tres años antes. Dijo: «Mi mujer dice siempre: "¡Respirá! Hay que esperar, respirar, tomar aire. Hay que tener tolerancia. Es el consenso". En fin, yo trato de aprender, pero me cuesta», y desató rápidamente una risa generalizada en el recinto.

Lo que continuó fue una exposición un poco filosófica y otro poco jurídica sobre la felicidad y el Estado, seguida de una crítica furibunda al clero, con nombres y apellidos. Pichetto empezó haciendo una sugerente alusión a la Revolución Francesa y a la Declaración de Derechos Humanos de la Asamblea Constituyente francesa, que estableció «el derecho que tienen los ciudadanos a la libertad, a la igualdad y, fundamentalmente, a la obligación por parte del Estado de garantizar la felicidad».

Dijo: «Esa revolución avanzó incluso mucho más. Hay cosas que nosotros no nos planteamos, como la expropiación de los bienes de la Iglesia. En realidad, no vamos a llegar a tanto. Simplemente,

estamos tratando un tema que permite avanzar en el concepto de libertad y de igualdad».

El entonces monseñor Jorge Bergoglio —actual papa Francisco— había liderado la cruzada contra la ley y convocado una marcha para manifestarse en defensa del «matrimonio varón-mujer», un día antes de la sesión. Y en las semanas previas, además, se había filtrado una carta suya a los cuatro monasterios de la Orden de las Carmelitas en Buenos Aires. En ella les decía que el proyecto de matrimonio igualitario no era «una simple cuestión política sino la pretensión de destruir el plan de Dios» y pedía que rezaran a San José, María y el niño Jesús para que ellos los «socorran, defiendan y acompañen en esta guerra de Dios».

En la sesión, Pichetto criticó esa misiva y aseguró que creía «más inteligente» a Bergoglio, y le recordó a la Iglesia que «las instituciones que no se adaptan corren el riesgo de morir». Dijo que la Iglesia católica ya está «perdiendo la batalla en la calle en manos de muchas religiones evangélicas» y «credos umbandas», y que eso, «casi» que lo preocupaba: «Observo esto casi diría con preocupación, como católico que tiene sus dudas, sus contradicciones y no profesa; pero son dudas existenciales».

La catarata de acusaciones de Pichetto contra la Iglesia escaló hasta el Vaticano y sumó nombres locales. Además de apuntarle a Bergoglio, apuntó también contra el titular del Arzobispado de La Plata, Héctor Aguer, y contra monseñor Antonio Marino, a quien consideró «un personaje de las tinieblas», pues era uno de los más explícitos en contra del matrimonio igualitario. Marino había llegado a decir que «según estudios, los homosexuales tienen hasta quinientas parejas en la vida, consumen más drogas y las parejas son treinta veces más violentas».

«Ganó la línea dura: la línea del papa Ratzinger. Ganó la línea de la derecha vaticana más dura, con una doctrina que, realmente, es incomprensible que deje a los fieles sin protección pastoral. Ya habían dejado afuera y casi excomulgado a los divorciados. Ahora, avanzan sobre los que tienen una orientación sexual diferente. Realmente, se empequeñece la Iglesia», sentenció Pichetto.

La pelea de Pichetto con la Iglesia fue siempre a todo o nada. Por eso, en ese debate público, el peronista jugó a fondo en su convicción anti-curas: después de defenestrar a los referentes eclesiásticos, se dedicó a explicar por qué el Estado tenía que ser el protagonista de los avances hacia la igualdad y del combate contra la discriminación. En otras palabras, resumió el concepto de Iglesia y Estado, asuntos separados.

Dijo: «Las normas del derecho canónico, la religión católica, el sacramento del matrimonio y demás son valores que solo rigen para el dogma y los católicos y, por cierto, son respetables. No estamos en contra de eso. Pero el Estado tiene que dar legislación para todos y abrir el camino de la igualdad. Hemos estudiado el tema detenidamente, y no hay ninguna razón para que se les limiten los derechos».

Y tuvo, en medio de esa encendida defensa del Estado, una moderada mención a Cristina Kirchner. «Yo debo decir que la presidenta ha actuado muy mesuradamente en este tema. Lo único que ha dicho la presidenta de la Nación —en realidad, ha dicho muy poco— es que nunca hemos gobernado para limitar los derechos de minorías».

Pero en el final mantuvo un intenso cruce con la senadora Liliana Negre de Alonso, con quien ya había arrancado la sesión peleándose. La peronista puntana disidente, alineada al PJ de los hermanos feudales Rodríguez Saá, había presidido la agrupación Acción Mundial de Parlamentarios y Gobernantes por la Vida y la Familia y, desde allí, proponía una ley de unión civil en vez de matrimonio, y planteaba un artículo de «objeción de conciencia».

Pichetto no tuvo contemplaciones con ella ni con su proyecto: «¡Es un mamarracho discriminador! Tiene una cláusula que es prácticamente la de un Estado totalitario, que le permite al funcionario público que tiene que cumplir con las obligaciones y con la ley decir: "Miren, ustedes son homosexuales; yo tengo una profunda repugnancia por ustedes, los desprecio mucho y, además, conmigo no se van a casar. No van a tener ningún trámite posible porque yo no los voy a atender. Además, la próxima vez que vengan, háganlo con una bandita amarilla en su ropa para identificarse como

homosexuales". ¡Objeción de conciencia lo llamó la senadora Negre de Alonso!». La senadora rompió en llanto y lo acusó de estar «desvirtuando totalmente» su propuesta. Lejos de retroceder, Pichetto volvió a golpear: «¡Por favor! Eso, la verdad, es más propio de la Alemania nazi que de un Estado democrático».

«¡Usted me ha dicho nazi y no se lo voy a permitir!», dijo la mujer. «A mí, la verdad que no me preocupa que usted no me permita», disparó el jefe peronista. La discusión siguió unos minutos más y Pichetto terminó recalculando. Aseguró que su intención no había sido ofender a la senadora ni calificarla a ella, personalmente, de nazi.

Sin embargo, con la Iglesia no hubo rectificación alguna. De hecho, cargó contra esa institución hasta el último momento, cuando cerrando el debate le pidió una «autocrítica» por sus actitudes en este y otros debates, por «bendecir represores» y por los hechos de pedofilia: «Nosotros no hemos crispado este debate. Creo que ha sido la Iglesia argentina la que ha llevado a extremos esta discusión, como lo hizo en oportunidad del tratamiento del matrimonio civil; como lo hizo en el año 87, cuando el presidente Alfonsín elevó al Congreso la ley de divorcio vincular. También, en esa oportunidad, se desintegraba la familia. Se decía que iba a haber una catarata de divorcios vinculares que iba a destruir la familia. Un discurso construido siempre en querer pegar la religión con el Estado, con la patria. Estos discursos que dieron lugar, también, a las peores dictaduras en la Argentina. Personajes como monseñores Tortolo, Medina y Quarracino, que bendecían a la represión. Estos son los temas que han pasado en la Argentina y en los que la Iglesia también tiene que hacer su propia autocrítica. Tiene que analizar para adentro lo que pasa en esa institución. El silencio que han tenido frente a hechos aberrantes, de obispos importantes, como en el caso de monseñor Storni, que en lugar de estar respondiendo ante la Justicia fue alojado en una casa de ayuno en la provincia de Córdoba, o como otros casos, como el de Grassi. Casos graves de pedofilia que han ocurrido lamentablemente en el país y en el mundo, y que demandan una actitud y un compromiso de poner el

tema en la investigación, de centralizar el tema, de no aparecer encubriéndolo ni silenciándolo».

Así, Pichetto iba a fondo defendiendo a un colectivo con el que también tuvo frases desafortunadas. En el debate sobre el derecho a la Identidad de Género, sancionado en mayo de 2012, el Senado de vuelta se vio invadido de referentes de un sector al que Pichetto defendía, pero al que le reclamaba algo de decoro: «Recordamos a todos que en este espacio no se puede aplaudir ni gritar. Es un espacio que tiene un determinado funcionamiento que creo que hay que mantener. Por lo tanto, pedimos a los visitantes presentes, y que tienen derecho a observar el debate porque representan a esas organizaciones, que no aplaudan». Los gritos, el bullicio y hasta los termos de mate no eran bienvenidos en la Cámara Alta.

Un auténtico Pichetto dio cátedra: «Está prohibido aplaudir en este ámbito. Está prohibido exteriorizar manifestaciones verbales y gritar. Está prohibido. ¿Qué le vamos a hacer? Es una norma que tiene este Senado. Esto no es un Concejo Deliberante ni una cancha de fútbol. ¡Es el Senado de la Nación!», reclamó, vehemente. Y volvió a hablar del concepto de felicidad: «Quiero valorizar a este Senado y al Congreso de la Nación, que han estado a la altura de las circunstancias para igualar derechos y permitir a la gente intentar ser más feliz, que es el verdadero derecho humano: el derecho a la felicidad, a tener la identidad sexual que cada persona quiera, a no ser marginado ni excluido de la sociedad. Detrás de cada persona diferente, hay mucha gente que sufre, y me parece que esta norma es reparadora, como lo fue la ley de matrimonio igualitario», detalló.

Con cincuenta y cinco votos a favor y ninguno en contra, el 9 de mayo de 2012 se aprobó la ley 26.743 de Identidad de Género en la Argentina, una medida que reconocía el derecho de las personas a ser inscriptas en su DNI acorde con su identidad de género.

De acuerdo al artículo 2 de esa ley, se determinaba que «puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género, como la vestimenta, el modo de hablar y los modales».

A pesar de los celos conservadores de Pichetto, la nueva norma decía que cualquiera podría solicitar la rectificación registral del sexo y el cambio de nombre de pila e imagen, cuando no coincidan con su identidad de género autopercibida, de toda persona mayor de dieciocho años. Cuidando, además, que todas las prestaciones de salud contempladas en la ley quedaran incluidas en el Plan Médico Obligatorio.

El jefe del bloque del Frente para la Victoria felicitó al Congreso. «La sociedad argentina es un poco mejor esta noche», dijo Pichetto, y se retiró feliz y contradictorio, a la serenidad de su ya recuperado despacho.

Siete años después, las condiciones políticas y sociales permitieron que en la Argentina se tratara y aprobara, luego de un intento parlamentario fallido, una ley para el aborto seguro (la IVE) y la obligación de brindar cobertura a las mujeres que desearan abortar. Pichetto, otra vez, se volvió voz cantante de un reclamo surgido de alrededor de 450.000 abortos que sucedían de modo clandestino en el país, en un período anual, según la ONG Amnistía Internacional.

El Pichetto «sororo» afirmó que «el siglo XXI es el siglo de la mujer» y que el que no comprendiera eso iba «a quedar afuera de la historia». En ese debate, defendió la iniciativa, se encarnizó otra vez con la Iglesia y criticó al entonces presidente Mauricio Macri —de quien un año después sería compañero de fórmula— por no habérsela jugado en acompañar el proyecto.

Acto seguido le advirtió a la Iglesia que ya no podía imponer su visión al conjunto del país. «Aquellos que sientan, piensen y asuman la religión, seguramente no van a realizar ningún tipo de acción que vulnere las normas religiosas, pero la religión no puede imponerle al conjunto del país y del Estado el pensamiento, la visión religiosa, sobre normas que son de naturaleza civil del Estado laico. Este es el verdadero corazón del debate», sentenció en el arranque de su discurso.

Sobre el final, aclaró que ese no era «un mensaje en contra de la Iglesia ni en contra de los credos» porque ya «la Constitución del 94

le bajó el precio a la estructuración religiosa», cuando estipuló que no se exigía más practicar la religión católica para ser presidente.

Además, señaló que el debate no era «únicamente de derechos», sino una «cuestión de salud pública», y resaltó al exministro de Salud, Ginés González García, por haberse enfrentado a la Iglesia durante el gobierno de Néstor Kirchner. Dijo: «El doctor Ginés González García luchó contra la ignorancia, contra la incomprensión, contra la brutalidad de algunas manifestaciones. Había un obispo castrense, Antonio Baseotto, que lo quería tirar al río, frente al silencio de toda la conducción de la Iglesia en la Argentina. ¿Por qué? Porque al doctor Ginés González García se le ocurrió hacer una ley de reproducción; se le ocurrió implementar planes que tenían que ver con dar a las mujeres humildes formación, capacitación, anticonceptivos y repartir preservativos. Casi lo excomulgan en la sociedad argentina. Fue hace poco menos de ocho o diez años. Esto es lo que hemos vivido. Lo hemos vivido de esta manera».

A Macri, en cambio, lo presionó. Si bien rescató «la decisión del presidente Macri de poner este debate en la sociedad», hizo hincapié en que «los grandes cambios, cuando se producen, es porque hay un fuerte decisionismo» y señaló que «en un país de naturaleza presidencial como la Argentina, la opinión del presidente no puede ser abierta frente a la instalación de un tema de esta naturaleza».

Entrada la madrugada, cuando le tocó hablar a Pichetto, el poroteo ya confirmaba el rechazo de la ley. Lo que llevó a Pichetto a insistir contra Macri y considerar que si el presidente hubiera acompañado, otro habría sido el resultado: «Debería haberse comprometido con todo en la decisión de que esta ley saliera, porque la Argentina iba a ser un poquitito más justa, presidente, un poquitito».

También hizo mención a la movilización en las calles: «Es una sociedad viva, aun en las dos veredas, en los dos lados. Hay gente comprometida con este debate», señaló, y apuntó con dureza contra el ecuatoriano Durán Barba a quien llamó «el Ernesto Laclau de Cambiemos», además de acusarlo de «degradar a la política».

Su encono con el asesor estrella de Macri no se detuvo. Dijo: «El que también construye la grieta, que dice que este Congreso discute

estupideces y los senadores no leen libros de historia. Sí, para Durán Barba. Es para él esto. Que este Congreso tiene nivel intelectual y discute cosas importantes. Y Durán Barba: lamento decepcionarlo, leemos libros de historia y creo que tenemos formación. No hay que seguir degradando la política en la Argentina. No hay que seguir destruyéndola, porque después de eso no hay más nada. Miren lo que pasa en Brasil: se destruyeron las empresas, se destruyó el sistema político, se restableció el poder militar y el que viene es un militar de ultraderecha», en alusión a la llegada al poder de Jair Bolsonaro.

Una vez más, eligió a un escritor para cerrar su debate. En este caso optó por una frase de Miguel de Unamuno dicha en el momento en que los fascistas entraron en la Universidad de Salamanca: «Vencerán pero no convencerán». Y no se equivocó. Dos años más tarde, con otra composición del Congreso y con Alberto Fernández como presidente, la Interrupción Voluntaria del Embarazo se convirtió en ley.

De todos modos, fiel a su temperamento, tuvo un cruce que le generó rechazo en este sector que lo había bancado fuertemente en los debates de Identidad de Género y Aborto. En febrero de 2023, y en el marco de la campaña electoral, Pichetto realizó unas polémicas declaraciones sobre la sexualidad de la ministra de Mujeres, Género y Diversidad, Ayelén Mazzina. Ya entonces en el cargo de Auditor General, dijo que el Ministerio de la Mujer estaba «en manos de una chica que es lesbiana, podrían haber puesto a una mujer ahí».

La dura crítica fue tras conocerse el conmocionante asesinato de Lucio Dupuy, un chico de Santa Rosa, provincia de La Pampa, que fue asesinado por su madre, Magdalena Espósito Valenti, junto con su pareja, Abigail Páez Frydlender. Las mujeres reconocieron, más tarde, que habían matado al niño porque era «un obstáculo» en la relación entre ambas.

Pichetto se refirió a la ministra Mazzina de ese modo al ser consultado por el periodista Jonatan Viale sobre cómo había sido el rol de la cartera de las mujeres en ese caso puntual, debido a que las asesinas del niño participaban de encuentros del movimiento feminista al que adscribía la ministra. Y sostuvo que su intención

«fue denunciar que el Ministerio de la Mujer no repudió el asesinato de Lucio Dupuy por coincidir la orientación sexual de la ministra con la de las perpetradoras del crimen».

Pichetto fue muy duro, pero se encargó de aclarar: «Yo creo en la libertad individual y el derecho a la felicidad». El INADI (Instituto Nacional contra la Discriminación) conducido por Victoria Donda, lo citó a declarar, pero él no se amilanó y dijo: «Sí, soy políticamente incorrecto. Debieron poner en ese ministerio a una mujer que se reconozca como mujer».

12

Hola, Miguel, te estamos escuchando

Y hay que considerar que no existe nada de trato más difícil, de éxito más dudoso y de manejo más arriesgado que la introducción desde el poder de nuevos ordenamientos, porque el que introduce innovaciones tiene como enemigos a todos lo que se beneficiaban del ordenamiento antiguo, y como tímidos defensores a todos los que se beneficiarían del nuevo. Dicha tibieza nace, en parte, del miedo a los adversarios que tienen las leyes a su favor.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Miguel Pichetto sabía con qué bueyes araba. Era un hombre poderoso. Como jefe de la bancada peronista en el Senado, todos los ministros y funcionarios de peso de los gobiernos kirchneristas lo llamaban, lo consultaban o le hacían solicitudes, con los asuntos judiciales a la cabeza.

Hasta su despacho en la Cámara, en el primer piso del Palacio Legislativo que daba a la intersección de Entre Ríos e Hipólito Yrigoyen, llegaban importantes miembros del Gobierno y tenían que aguardar un rato. «¡Decile a Guillermo Moreno que lo llamo en media hora!», pedía en tono alto, y su visitante sabía que Pichetto haría esperar al entonces relevante secretario de Comercio Interior, un gurka de la tropa K.

Pero cuando las cosas se ponían espesas por los debates sobre temas claves en el Congreso, las conversaciones tenían otro tono. Uno de los principales jefes parlamentarios que tuvo a Pichetto como su interlocutor, así como uno de los senadores más poderosos de su bloque, recuerdan las convocatorias repentinas a la oficina del cacique peronista. «¿Podés venir a mi despacho?», solicitaba. Tanto el opositor como el peronista llegaban y se ubicaban en uno de los clásicos sillones, y Pichetto cerraba la puerta y ponía el televisor a todo volumen.

La conversación era dificultosa, pero el «ruido» tenía una razón: tener a todo volumen una señal de noticias intentaba impedir que una escucha ilegal pudiera reconstruir esa charla. Eran los tiempos de Néstor Kirchner y de Jaime Stiuso, el poderosísimo espía de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado), desde donde se espiaban hasta a los propios. Una costumbre que siguió tras la muerte del expresidente.

Cuando Cristina encomendó a su inseparable Oscar Parrilli que interviniera en la SIDE, cambiando su nombre por el de AFI, Agencia Federal de Inteligencia, Stiuso cayó en desgracia y debió irse del país luego de la aún no esclarecida muerte del fiscal Alberto Nisman, quien había denunciado al Gobierno por el Memorándum con Irán.

A Stiuso lo sucedieron en influencia el agente Fernando Pocino y el general jefe del Ejército, César Milani, pero el televisor a todo volumen de Pichetto nunca pasó a función *mute*. Pichetto estaba convencido de que lo fisgoneaban. «¡Ese hijo de puta de Parrilli me escucha, ese servil me tiene pinchado!», estallaba.

El senador era odiado por el entorno de Cristina. Detestaban que accediera a ella directamente y que no se reportara con ninguno de los lugartenientes. Tenía llegada ya fuese por teléfono como ingresando al despacho presidencial, sin pedirle «permiso» a Parrilli, quien fue secretario general de la Presidencia durante once años y tenía su oficina en la Casa Rosada, a pocos metros del despacho de la presidenta. Tampoco se remitía a Carlos «el Chino» Zannini, cerebro jurídico de los K, y quien pretendía ordenar la estrategia judicial y política del Gobierno.

Basta recordar que el Chino cenaba todas las noches en la Quinta de Olivos con Néstor y Cristina, y siguió haciéndolo solo con ella tras el fallecimiento de su esposo. Pero Pichetto se salteaba esas influencias y eso despertaba la ira del entorno. «Son todos unos olfas», desdeñaba sin despeinarse el líder del Congreso.

CFK lo valoraba por su capacidad de dirigente y su muñeca política para resolver entuertos. Una vez más, lo judicial prevalecía, y Pichetto con solo un llamado lograba que los jueces de Comodoro Py acudieran a su convocatoria. Por eso, ella lo llamaba directamente para que él la visitara, y conversaban sin incorporar terceros. Lo mismo pasaba en los viajes presidenciales. Como Néstor Kirchner, Cristina quería a Pichetto cerca, aunque sin las largas tertulias del exgobernador patagónico. Cristina era más pragmática e iba al hueso. A Pichetto eso le atraía, del mismo modo que las charlas sobre historia y personajes como su amado Napoleón Bonaparte.

Pero las diferencias con los colaboradores presidenciales eran viscerales. Con Oscar Parrilli siempre estuvieron en veredas opuestas desde los comienzos. Pichetto era rionegrino y Parrilli, neuquino. Pichetto adhirió de entrada al menemismo, mientras que Parrilli batalló en las huestes de Antonio Cafiero en lo que fue la gran interna por la renovación peronista de 1988.

Tras el triunfo menemista ambos confluyeron en el mismo espacio, pero Parrilli solo se quedó hasta 1993. Después de perder otra interna pegó el portazo de la política activa y por diez años no volvió a ser funcionario ni candidato. De hecho, en 1995 terminó apoyando la candidatura presidencial de José Bordón junto con Carlos «Chacho» Álvarez.

Parrilli volvió al peronismo oficial en 2003 de la mano de Néstor Kirchner, de quien era amigo desde 1986. Pichetto se acercó a Néstor Kirchner en 2000, pleno gobierno de la Alianza, cuando organizó en Bariloche un encuentro de legisladores y gobernadores patagónicos en defensa del aumento de las tarifas del gas por la quita del subsidio. Ahí empezó a congeniar con Néstor. La fecha quedó marcada porque fue el día en que «Chacho» Álvarez renunció a la vicepresidencia de la Nación, y fue la comidilla de la reunión.

Parrilli siempre vio a Pichetto como un peronista de derecha y ortodoxo. Pero lo que más le molestaba es que fuera un «converso». «Uno siempre duda de los conversos», señalaba. Eso y la forma opuesta de entender y ejercer la política hizo que Pichetto siempre chocara con él y con el núcleo más duro del cristinismo: La Cámpora.

«Pichetto es la expresión más clara de la casta. La persona que cambia sus ideales y principios con tal de mantenerse. Se sostuvo entre los distintos gobiernos porque fue de utilidad», describe Parrilli a sus cercanos. Todos los argumentos que Pichetto expone para sus decisiones los considera «excusas». «Él habla de la gobernabilidad. Sí, mientras esté él. La gobernabilidad de él es la que se asegura», dijo el extitular de la AFI.

Durante los doce años de gobierno de Néstor y Cristina, Pichetto tuvo muchas idas y vueltas con el kirchnerismo más duro e, incluso, fuertes enfrentamientos. Sus compañeros se enojaban cuando a su jefe de bancada «le afloraba el menemismo». Pero también le -reconocen que no fue desleal. «En esa época se portó bien», -aseguran en el entorno de Cristina. De todos modos, siempre lo «escucharon» para conocer sus movimientos.

En el año 2017 se divulgaron en los medios —como el portal *Infobae*— escuchas efectuadas en una causa donde Oscar Parrilli fue involucrado por Ibar Esteban Pérez Corradi, un vidrioso empresario acusado de ser el autor del llamado «Triple crimen de General Rodríguez», en el que fueron asesinados tres empresarios farmacéuticos y por el que Pérez Corradi fue detenido en un departamento de Foz de Iguazú.

Oscar Parrilli terminó siendo procesado por «encubrimiento agravado» de Ibar Esteban Pérez Corradi, pues como titular de la Agencia Federal de Inteligencia habría, según determinó el juez federal Ariel Lijo, colaborado para que el empresario eludiera el llamado de la Justicia argentina. En esas escuchas divulgadas, Cristina imparte órdenes: «Hay que terminar con este psicópata, llamalo a Martín y que se mueva para apretar a jueces y fiscales para que citen a Jaime Stiuso». El mencionado «Martín» sería Juan

Martín Mena, segundo de Parrilli en la AFI, dirigente de La Cámpora y operador *full time* de CFK en la Justicia.

En una parte de esos ochenta y ocho CD con grabaciones que tuvo la Justicia, hay una conversación de ese año 2017, en la que Cristina se refiere a Miguel Ángel Pichetto como «un traidor hijo de puta».

13

Amado Boudou, el extraño de pelo largo

A los hombres hay que congraciarlos con el buen trato o eliminarlos, porque pueden vengarse de las ofensas leves, pero no pueden hacerlo de las graves; por eso, cuando se ofende a un hombre, hay que hacerlo de forma que no haya que temer posibles venganzas.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

En el año 2008, la idea de Amado Boudou de estatizar las AFJP, que eran los fondos de jubilaciones y pensiones en manos de administradoras financieras, lo llevó de ser titular de la ANSES a ministro de Economía. Pichetto había participado activamente, como alfil del menemismo, en la creación parlamentaria de las AFJP. Pero ahora, los vientos K soplaban a favor de esa idea de estatización de Boudou, en virtud de la necesidad de «caja» para el Gobierno que, pocos meses antes, había perdido la batalla con los productores - rurales por la disputa alrededor de la Resolución 125.

Pichetto cultivó, entonces, una buena relación con Boudou, a pesar de sus estilos bien distintos. El senador era un hombre chapado a la antigua, formal, de modos clásicos, y el economista presumía de su «facha», usaba remeras e iba en camioneta por la Ruta 2 a doscientos kilómetros por hora.

Pero el versátil Amado hizo gala de sus modos afables y ya, siendo ministro de Economía, construyó un vínculo con Miguel Ángel, como cuando iba al Congreso a presentar el Presupuesto.

Luego, Boudou consiguió que CFK lo ungiera como su candidato a vicepresidente para ir por su reelección en 2011, y Pichetto, fiel a su estilo, apoyó la controvertida decisión presidencial. Entonces Pichetto había empezado a construir una relación cordial con él, no exenta de algunos ruidos, como cuando el vicepresidente quiso imponer a Sabino Vaca Narvaja de prosecretario administrativo del Senado en lugar de Mario Daniele, un hombre de su confianza.

Allí mismo conformaron una comisión de cuatro senadores y fueron a plantearle a Boudou que no iba a tener ningún senador que lo proponga a Narvaja para que lo voten y que la voluntad del bloque era que siguiera Daniele, un hombre previsible que ya había sido senador y que, por ende, tenía otro peso para hablar con todos. Los partidos provinciales acompañaron esa decisión, al igual que el radicalismo, bloqueando así la entrada de Vaca Narvaja, integrante de la agrupación La Cámpora.

Pero lo que marcó una divisoria para Pichetto fue la corrupción sin límites. «Ahí hay un punto. Miguel es un tipo que no es chorro, no roba, no cree en la política para hacer negocios, y cuando aparece el caso Ciccone, que empieza a desestabilizar el Senado porque Boudou estaba ahí presente, Miguel también se empezó a desestabilizar», cuenta un conocedor del caso que vivió ese momento político desde la Cámara Alta.

Es que Boudou había comenzado a construir su propio proyecto, con el objetivo de ser el heredero político de Cristina, ya con Néstor Kirchner fallecido. Y entonces, por razones aún no conocidas, el fuego amigo peronista desnudó el «Caso Ciccone». Esto es, la apropiación de la empresa a cargo de la impresión de billetes por parte de unos «amigos» del poder, una confección a medida de una firma que era monitoreada por el osado vicepresidente.

El vicepresidente era quien debía presidir las sesiones del Senado. Por lo tanto la crisis hizo que Pichetto sintiera que se había roto algo cuando el Caso Ciccone estalló en los medios, develado por los periodistas Nicolás Wiñazki y Jorge Asís. Pichetto tenía una lógica

de funcionamiento en el Senado que siempre le había dado resultado, pero, a partir de entonces, esa lógica se veía complicada. Boudou quería resolver su situación, pero en la lógica política del Senado no había modo de conciliar siquiera un mecanismo de funcionamiento mínimo con un símbolo de la corrupción kirchnerista sentado en el principal sillón de la Cámara.

La oposición comenzó a bombardearlo al otrora locuaz Boudou y, con la UCR a la cabeza, se tejieron estrategias opositoras para que el vicepresidente de la Cámara se corriera. Entretanto, Pichetto puso en marcha un trabajo de contención de la oposición para garantizar el funcionamiento del Senado. Para eso, se apoyó en Juan Zabaleta, un dirigente del conurbano bonaerense que había llegado con Boudou hasta la Secretaría Administrativa del Senado, pero que pertenecía, por origen y por manejo, al esquema del peronismo bonaerense. «Decile al extraño de pelo largo que entienda que el Senado tiene que sesionar. Haceme el favor, querido», le suplicaba Pichetto, bautizando a Boudou con el título de un *hit* de La Joven Guardia de los años setenta.

Miguel Pichetto mostró allí su oficio de hombre de Estado en la construcción de un vínculo con la oposición que permitió, en medio de esa crisis que tomó por completo al Gobierno, la conformación de las comisiones de trabajo, el funcionamiento legislativo en el Senado y un acuerdo para seguir adelante en el que, paradójicamente, la oposición era la que daba conformidad y el kirchnerismo el que ponía palos en la rueda. Incluso acusando de «traidor» a Pichetto por conseguir un acuerdo de convivencia en vez de «ir a la guerra» como deseaban los más furibundos soldados de Cristina, como los alineados en La Cámpora.

La oposición aportaba a un Senado en funciones a pesar del Caso Ciccone. «Lo hacemos por vos, Pichetto. Es por vos», le decían sus colegas opositores, y el senador creía en su manera de resolver la crisis. Había un dato irrefutable en el que se apoyaba: Cristina Kirchner había sido diputada y senadora nacional, y siempre había creído mucho en el Parlamento. Cada vez que hacía anuncios, siempre mandaba los proyectos al Congreso. Entendía lo que representaba el Poder Legislativo en el marco de la democracia. Pero el momento del

cristinismo —ya sin Néstor Kirchner— transformó al Frente para la Victoria en una fuerza más cercana a los modos de la izquierda clásica que al tradicional estilo peronista-capitalista de centro-derecha al que siempre había abonado el matrimonio.

Pichetto llevaba la crisis con Boudou con resignación. En ese curso tuvo un momento de dedicación, en el que pretendió transmitirle su experiencia y su recorrido por la profesión de abogado, y hasta le recomendó alguna estrategia. Pero se cansó. Un día, en un pasillo, se lo sacó de encima: «Querido, a mí no me preguntes nada. Si vos hacés lo que vos querés…».

La Justicia avanzó con la causa Ciccone y llegado el momento de la imputación, el radicalismo dijo basta y sus senadores comenzaron a pedir una moción de orden al arrancar cada sesión, pues Boudou estaba allí sentado, presidiéndola. Algunos de los alfiles de Gerardo Morales y Ernesto Sanz pedían una «cuestión de privilegio», un mecanismo parlamentario para hacer algún planteo o denuncia, y leían durante cinco minutos parte de la resolución del juez Ariel Lijo, quien había procesado al vicepresidente.

Boudou no se conmovía, pero Pichetto, nervioso, comenzaba a mover las manos y a quejarse. Hasta que un día saltó: «Bueno, queridos, a ver si empezamos a trabajar en serio, si empezamos a sesionar». Finalizado ese tiempo, otro senador de la oposición pedía otra cuestión de privilegio y seguía leyendo el fallo de Lijo. Pichetto volvió a saltar: «¡Me están tomando de pelotudo, me están tomando el pelo!», pero los senadores siguieron repitiendo el mecanismo, ante un Boudou impertérrito en su butaca.

El secretario administrativo Juan Zabaleta se acercó al nervioso Pichetto y le suplicó: «Miguel, si seguís zapateando, van a leer todo el fallo y vamos a estar acá doce horas». Pichetto tragó saliva, se acomodó el pelo y desde entonces, hasta la salida de Boudou de la Vicepresidencia de la Nación, el peronismo se tuvo que acostumbrar a que cada sesión arrancara con la lectura de parte de la imputación del juez Lijo al ya desprestigiado Boudou.

El cacique senatorial se hartó y comenzó a pedirle al imputado: «No vengas más, hermanito, porque ¿sabés cómo funciona esto, querido? A vos, dicen que te defienden en La Rosada, y no te

defienden un carajo, porque cuando hay quilombo en el Senado me llaman a mí para que esto funcione. Y si te tienen que tirar por la ventana, lo hacen; así que no vengas más. Viajá, viajá por el mundo con Cristina, haceme el favor».

Así fue. La presidenta comenzó a llevar en sus viajes al imputado Boudou, como una forma de sacarlo de la escena nacional: «Sacame a este pibe de acá», fue el pedido expreso del senador a la presidenta de la Nación.

14

Reposo y un error de tipeo

Es necesario que el príncipe sea tan prudente como para saber evitar la infamia de aquellos vicios que le harían perder el Estado, y guardar aquellos que no se hagan perder; si es posible, y si no lo fuera, dejándolos pasar por alto sin ningún temor.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

En el año 2012, el kirchnerismo pretendió imponer como procurador general a Daniel Reposo, un oscuro abogado que era impulsado para cumplir los deberes que el poder de turno necesitaba en esa silla clave de la Justicia. ¿Qué rol cumple el procurador? Es el funcionario o funcionaria que conduce el Ministerio Público Fiscal y, por lo tanto, es jefe de todos los fiscales que actúan ante tribunales nacionales. Y, también, es el fiscal ante la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Esto significa que puede instruir a los fiscales a avanzar con decisión o, por el contrario, quitar impulso a la actuación de un fiscal ante determinada acción judicial.

De modo que puede ser usado como un resorte decisivo ante el avance o la ralentización de una causa judicial que, prioritariamente, pudiera afectar un interés político. Pero Reposo falseó su Currículum Vitae. Abogado recibido en la UBA, había incluido en sus antecedentes una disertación junto con el titular de la ONU, Ban Ki-moon cuando, en la realidad, solo había participado como uno más del público.

También aseveró ser secretario de la sede argentina de la Asociación Internacional de Abogados y Juristas Judíos, lo que fue desmentido por esa misma entidad. «Fue un error de tipeo», fue la frase que pronunció en su defensa y que se viralizó en esos tiempos donde las mentiras de su currículum estaban en boca de toda la opinión pública.

Pero Pichetto lo trató de defender cuando la presidenta de la Nación sostenía que Reposo era una cuestión de Estado. Cristina quería imponer a ese soldado K tras la problemática salida del cargo de procurador general de la Nación de Esteban Righi, un símbolo del derecho para el peronismo que fue desplazado salvajemente luego de una denuncia de tráfico de influencias del entonces vicepresidente Amado Boudou, tiempo después de explotar la causa por la apropiación de la imprenta de billetes Ciccone.

CFK quería a Reposo en lugar del histórico abogado que fuera ministro del Interior de Héctor Cámpora, y Pichetto y su bloque salieron en su auxilio. Tanto él como el presidente de la comisión de Acuerdos, el chubutense Marcelo Guinle, hicieron malabares para defender al elemental Reposo. Pero una sencilla pregunta del jefe de bloque del radicalismo desestructuró al débil candidato oficial: «¿A usted le parece que está capacitado para ser procurador?», le dijo Ernesto Sanz, y los presentes en la audiencia enmudecieron. Reposo atinó a responder: «Es la apreciación que ha hecho la presidenta de la Nación. El rol tiene que tener una impronta muy fuerte, que es lo que me ha dicho la presidenta», dijo, y varios senadores, incluidos los K, aguantaron la risa.

Pichetto pidió raudo la palabra y salió en defensa de Reposo. «Con esta cosmovisión academicista que tienen, muchos hombres no podrían haber cumplido roles importantes para la vida de los pueblos. La decisión de elegir un procurador es una decisión política y está en la cabeza de la presidenta», se sinceró en su intento de defensa.

Luego de eso, salió al pasillo. No podía soportar tanta presión. En ese momento, se cruzó a Juan Zabaleta, a quien tomó de los hombros y le aconsejó: «Andate de acá. Vos tenés que ser intendente. Vos sos un tipo joven, tomátelas de acá. ¡Esto es peor

que la Banelco!». Se lo dijo aterrorizado, sabiendo que de ser aprobada la candidatura de Reposo podría generar una crisis similar a la de los tiempos de De la Rúa, debido a las sospechas de compra de votos.

Pichetto soportó allí los pedidos de avanzar con la nominación de Reposo porque Cristina lo ordenaba. Él lo defendía en público pero lo rechazaba internamente. «Querido, no quiero otra Banelco en el Senado. Hay ruido en los pasillos. A Reposo habría que pegarle para que se calle. No para de decir boludeces», decía, mientras se negaba a avalar al abogado flojo de papeles para un rol trascendental como el de procurador.

Pichetto caminaba como una bestia enjaulada en su oficina del Senado padeciendo una presión que la imponía Cristina al pretender un procurador afín, mientras tenía a la oposición apuntándolo y sin soltar la presa. «¡No puedo creer dónde estoy!», decía Pichetto, mientras caminaba con las manos en los bolsillos y vociferaba: «¡Esta hija de puta y este inútil que trajo!». Luego se acercó al oído de Reposo, que temblaba, y le dijo: «¡Y vos no hables más!».

Poco después, el abogado mediático Ricardo Monner Sans denunció al flojo de papeles Reposo ante la Justicia por falsear los datos de su currículum pero, muy solícito, el juez federal Rodolfo Canicoba Corral lo sobreseyó en noviembre de 2012, considerando que «no firmó una declaración jurada que dé fe de la información que contenía su currículum». El cargo lo terminó ocupando la peronista Alejandra Gils Carbó, *a priori* menos bestial, apoyada por el bloque de la UCR. Reposo continuó como titular de la SiGeN (Sindicatura General de la Nación) y, en el Gobierno de Alberto Ángel Fernández, fue premiado con el jugoso cargo de subdirector general de Fiscalización en la AFIP.

15

Cristina presa y la relación con la Justicia

Si un príncipe quiere conservar el Estado, a menudo se ve forzado a no ser bueno. Porque cuando las masas cuyo apoyo juzgas necesario para mantenerte (ya se trate del pueblo, los soldados o los potentados) están corrompidas, te conviene adaptarte a sus inclinaciones para satisfacerlas, y en ese caso las buenas acciones se vuelven en tu contra.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Miguel Ángel Pichetto siempre fue un hombre de aceitado vínculo con la Justicia. En especial con la Federal, donde los tribunales de Comodoro Py, denominados así por la calle donde se ubican en el barrio de Retiro, albergan a los doce jueces encargados de investigar la corrupción de los funcionarios.

En «La Casa de Piedra» de Comodoro Py —el edificio que alberga también a los influyentes fiscales federales— hablaban maravillas de Pichetto. Los jueces y fiscales siempre habían tenido una muy buena relación con él porque había ayudado a varios en su crecimiento desde los tiempos del menemismo y porque en el Senado era donde se resolvían los ascensos judiciales.

Pichetto congeniaba con la llamada «Banda Righi», pues habían formado parte de la cátedra de Esteban Righi, por la que habían pasado abogados con alta preparación y lectura política que

ascendieron al calor del kirchnerismo, como Julián Ercolini, Ariel Lijo y Guillermo Montenegro, entre otros.

Pichetto siempre validó la lógica de la Justicia por la que, cuando aparecen cargos, hay que promover a funcionarios que ya tengan años de carrera en el Poder Judicial. Por eso, se ganó el respeto de los magistrados más antiguos y, fundamentalmente, de la camada de los primeros jueces federales nombrados durante el gobierno de Néstor Kirchner.

Entre otros, Pichetto conocía mucho al juez Claudio Bonadio. El magistrado había sido funcionario del menemismo, acompañando al ministro del Interior Carlos Corach en su paso por la Secretaría Legal y Técnica de la Presidencia. Luego de ese paso por la función pública, Bonadio asumió como juez en 1994. Alguno se atrevió a llamar a esa promoción como la de «los cafeteros del peronismo ortodoxo».

La amistad de Pichetto y Bonadio logró, con el tiempo, dar frutos. El senador transmitió, oportunamente, la inquietud de la presidenta Cristina Kirchner por la suerte judicial de cinco secretarios presidenciales, además de ella y de su marido, todos acusados de enriquecimiento ilícito.

El juez respondió con pedidos muy concretos. Se interesó por la suerte de la abogada Alicia Vence, para que fuera ungida como jueza en el poderoso Juzgado Federal de San Martín, y por la de Emiliano Ramón Canicoba, hijo del juez federal Rodolfo Canicoba Corral, un símbolo de la «corporación judicial». El tiempo hizo su tarea: Alicia Vence fue nombrada al frente del Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional Nº 2 de San Martín, y Emiliano Canicoba asumió como magistrado del Juzgado Federal de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional Nº 1 de San Martín. Geografía amigable la del distrito bonaerense de San Martín.

El hijo de Canicoba fue un hito: se recibió de abogado el 4 de octubre de 1999 y llegó apenas diecisiete días después a trabajar como secretario en un tribunal federal de San Martín. Pichetto cumplió y Bonadio también, al eximir de culpa alguna a los secretarios privados de Néstor y Cristina Kirchner.

Cuando estalla la causa Ciccone y Amado Boudou empieza a peregrinar por las escaleras de Tribunales, el jefe de los senadores peronistas acude a su juez amigo, a pesar de su inquina con el vicepresidente de la guitarra: «Cristina, dejame hablar con Bonadio», le sugirió. La mandataria dudó, pero cedió. «Ok, hablá», le dijo consciente de su debilidad.

Pichetto se adelantaba y definía una estrategia para el caso de la imprenta de billetes. «Hay que ir por acá, por acá y por acá», explicaba. Además, el senador volvía de las charlas con el juez Bonadio con un recado para Cristina: «Que cambie de abogado», sugería el áspero magistrado. La referencia era sobre Carlos Beraldi, un penalista que defendía a CFK y que causaba irritación en Comodoro Py. Cristina nunca aceptó la sugerencia.

Pero algo más pasó: el kirchnerismo no pudo desafiar su naturaleza y las gestiones que comenzó a realizar Carlos Zannini contrariando a Pichetto, mostró que la fábula del escorpión picando a la rana puede ser aplicable al duro cristinismo. Porque cuando Pichetto hace su primer movimiento, algo extraño sucede: Mariano Fulvio Bonadio, hijo del juez, observa que lo empiezan a seguir y a averiguar sus movimientos. Y luego es acusado por el senador ultra K, Marcelo Fuentes, de presunto lavado de dinero a través de la productora musical MCL Records, propiedad del joven. Además, de ser relacionado falsamente con tenencia de estupefacientes, maniobra en la que aparece la marca indeleble de los servicios de inteligencia.

Allí comienzan las hostilidades. El juez Bonadio acelera las causas en sus manos y allana la inmobiliaria de Máximo Kirchner en Río Gallegos por supuesto lavado de dinero en la causa Hotesur, la empresa hotelera de la familia pingüina. La respuesta de la familia presidencial no se demora. Otra vez por medio del senador oficialista Marcelo Fuentes inician una causa contra el magistrado acusándolo de enriquecimiento ilícito, lavado de dinero y abuso de autoridad, y solicita dieciséis medidas de prueba a la Justicia para conocer su patrimonio, el estado de sus cuentas bancarias y todos sus movimientos de fondos. La razón era la participación accionaria de

Bonadio en Mansue S. A., una firma que tenía la titularidad de una estación de servicio junto con su hermano.

Lo había adelantado Cristina Kirchner vía su red social preferida, la entonces llamada Twitter: «Igualito que Hotesur S. A. ¿Algún legislador o legisladora denunciará? ¿Algún juez allanará? ¿Qué dirá la prensa independiente?». La entonces presidenta señalaba (¿con información privilegiada?) que esa firma —donde el juez tendría el 20% de las acciones— debía los balances de 2012 y 2013 ante la Inspección General de Justicia (IGJ).

Pero el punto de tensión máxima fue en 2017, cuando Claudio Bonadio dictó el procesamiento con prisión preventiva de Cristina Kirchner por «traición a la patria», basada en la denuncia del fiscal Alberto Nisman por encubrimiento del atentado a la AMIA. Además, requirió su inminente desafuero al Senado de la Nación. Allí se rompe todo vínculo y Pichetto ya no puede continuar en diálogo con el juez. Sin embargo, desde entonces pesa sobre Pichetto la peor acusación: la de ser un «traidor» y «entregarlos» a manos del entonces presidente, Mauricio Macri, y Claudio Bonadio.

Los dirigentes fieles a Cristina sostienen hoy que Pichetto no se pasó al macrismo cuando aceptó la candidatura a vicepresidente de Mauricio Macri en 2019 sino mucho antes. Concretamente, sitúan esa «traición» a fines de diciembre de 2015, apenas semanas después de la asunción de Macri, cuando el flamante oficialismo de Cambiemos tejió una maniobra en el Congreso para conseguir que la banca en el Consejo de la Magistratura de la camporista Anabel Fernández Sagasti, que tenía mandato hasta 2018, pero debía dejarla para asumir como senadora, recayera en el diputado del PRO, Pablo Tonelli, y no en el candidato del Frente para la Victoria, el también camporista Marcos Cleri.

El escándalo incluyó denuncias judiciales, incluso contra el titular de Diputados, Emilio Monzó, y tuvo que expresarse la Corte Suprema. «Pichetto les dio el acuerdo», aseguran en el kirchnerismo. En ese entonces, Parrilli fue a hablar en persona con él. «Te estás entregando a Macri. Nos estás entregando a Macri y a Bonadio», le dijo. Esa conversación terminó mal.

La lluvia de denuncias que cayeron sobre la propia Cristina Kirchner y todo su círculo más cercano, más las escuchas íntimas que se «filtraron» meses después, reforzaron su teoría. La ruptura fue total y no hubo retorno. «Fue un piedra libre. Vimos venir lo que estaba haciendo. Le descubrimos la jugada. Lo hizo consciente», apunta, furioso, un hombre del cristinismo.

Lo culpaban por las causas abiertas contra Cristina, contra su hija Florencia, el exministro y vicepresidente Amado Boudou y la mano derecha de la expresidenta, Oscar Parrilli. ¿Por qué lo haría? «Por su función de arreglar con el macrismo y porque le cuidaba el culo a su hijo, que había sido el que manejaba el Fondo de Garantía de Sustentabilidad (FGS) de la ANSES. Casualmente, el pibe nunca tuvo una denuncia de Cambiemos», responden sus críticos.

Y se encargaron de recordar, también, cuando desde el Consejo de la Magistratura fue clave para frenar mucho antes, en 2005, el juicio político contra Bonadio impulsado por Alejandro Rúa, entonces titular de la Unidad Especial AMIA. En ese entonces, el kirchnerismo era oficialismo. «Lo convenció a Néstor diciéndole que él hablaba con Bonadio, que lo podía manejar, que era nuestro. Pichetto es Bonadio, Stornelli, Stiuso… Es todo eso», apunta un hombre del estrecho círculo de Cristina.

A pesar de eso, el Senado de la Nación nunca aceptó el desafuero de CFK. Ni siquiera cuando la Corte Suprema de la Nación confirmó por unanimidad la prisión preventiva de la expresidenta. Ante eso, Pichetto permaneció inamovible en su defensa en el recinto del Senado. «La pregunta es: ¿cuál es el riesgo de fuga respecto de la expresidenta? ¿Adónde va a ir la expresidenta? ¿Al África meridional?», dijo Pichetto públicamente.

En secreto, su juramento era inalterable: «Mientras yo sea jefe de bloque, no se vota el desafuero de ningún jefe de Estado. Presidente de la democracia debe ir preso… ¡Vos mirá los presidentes de Estados Unidos! El 4 de julio los tenés a todos juntos cagándose de risa. A los presidentes se los cuida y se los pone en un pedestal. Este es el único país en donde los presidentes van presos», sostiene sin ruborizarse.

Un amigo de los tiempos del Senado recita: «Estos locos del kirchnerismo tendrían que tener una foto de Pichetto con una V atrás en sus despachos. Porque Cristina no fue presa por ese tipo. Si Miguel la soltaba, ella iba en cana, como le pasó a De Vido». La referencia es sobre Julio Miguel De Vido, ministro de Infraestructura de toda la gestión K, de 2003 a 2015, señalado como el hombre de las «efectividades conducentes» de esa era.

Pichetto consideraba tan desleal el desafuero de De Vido que el peronismo avaló cuando era diputado nacional, que visitó al arquitecto cuando estuvo preso luego de dos pedidos de prisión preventiva. Fue hasta el penal de Marcos Paz, una cárcel relativamente nueva, y se reunió con De Vido, que estaba detenido por la causa de la mina de Río Turbio y, más tarde, cuando tuvo que purgar condena por la denominada Tragedia de Once. El senador no se arrepiente de eso. «Voy a ir a visitar a Julio De Vido. El que está en la cárcel está en una situación de desgracia y uno tiene que tener una mirada de solidaridad», se defendió Pichetto en los estudios del canal Todo Noticias, ante los periodistas Julio Blanck y Eduardo van der Kooy.

El senador dio primero una explicación leguleya al decir que «la prisión preventiva es un proceso de pena anticipada en una etapa procesal donde todavía no ha habido juzgamiento en la cuestión de fondo. Cuando la sentencia esté firme, podremos decir si hay culpabilidad o inocencia», detalló.

Pero también le pasó factura al kirchnerismo al decir que De Vido fue «un hombre que estuvo treinta años al lado de Néstor Kirchner y de Cristina», por lo que «merecía mínimamente el beneficio de la duda». Y marcó diferencia, una vez más, entre los modos de los Kirchner y los de su adorado Carlos Menem.

«El peronismo tiene una construcción más solidaria», lanzó en modo de reproche ante lo que consideraba un abandono K al obediente De Vido. Pichetto había obrado del mismo modo en 2001, cuando visitó a Carlos Menem, quien cumplía arresto domiciliario en una quinta de Don Torcuato por la causa de la venta ilegal de armas a Croacia y Ecuador, debido a una disposición del juez federal Jorge Urso.

Todo esto lo dijo Pichetto tal vez suscribiendo a una leyenda que tiene en un cuadro de su casa otro sagaz abogado peronista que supo servir políticamente al kirchnerismo y que también se siente traicionado. Javier Fernández, auditor nacional de la Nación y hábil conocedor de los pasillos judiciales, tiene recuadrada la frase: «La lealtad vale oro, la obsecuencia solo lo que paguen. La sangre te hace pariente, pero la lealtad te hace familia». Fernández considera a Pichetto como un padre o un hermano mayor, a pesar de que la edad de ambos no permitiría ese estadio del vínculo.

En esos tiempos, desde medios sostenidos económicamente por el kirchnerismo, lanzaron la teoría de que Bonadio había acordado con los senadores Pichetto y Ernesto Sanz un acuerdo para que CFK fuera presa. Esa idea es absurda, pues fue Pichetto el alfil fundamental para frenar el desafuero de la dos veces presidenta.

Los amigos del senador consideran que eso fue un vuelto por tener línea directa con Cristina, pero el curtido peronista sostiene el criterio de que, más allá del paso del tiempo o más allá de la lealtad que le correspondía por ser durante tantos años el jefe del bloque de senadores, él estaba convencido —jurídicamente— de que para poder desaforar a un senador, hay que tener, previamente, condena firme. Y como no la había aún en este caso, aseveraba tanto en privado como en público que «este es un problema de la Corte. Si la Corte Suprema va a demorar diez años en la condena firme, es un problema de la Justicia. A mí no me pidan que cambie de criterio porque toda la vida defendí que se necesita condena firme», afirmaba más allá de quien fuera su interlocutor.

Pero un asunto quedó patente para siempre en la relación entre Pichetto y Fernández de Kirchner: el tema de Florencia, la hija menor de Cristina. Ella estaba incluida en las causas por las maniobras de lavado de los Kirchner que se investigaron en dos expedientes, y que tomaron el nombre de las dos empresas de la familia que se usaron para lavar dinero: Hotesur (que administraba hoteles) y Los Sauces, que es la inmobiliaria que alquilaba departamentos y cocheras.

La primera causa es más antigua, la investigó Bonadio y avanzó mucho en 2014, cuando Cristina aún era presidenta. El juez hizo

unos allanamientos históricos en Río Gallegos y El Calafate con la entonces Policía Metropolitana, luego de los cuales terminó siendo desplazado para pasar a las manos del juez Julián Ercolini.

Según contó el periodista Claudio Savoia en *Clarín*, el 15 de julio de 2016 el juez Ercolini dispuso embargar preventivamente las sumas de 4.664.000 dólares, que estaban en una caja de seguridad abierta a nombre de Florencia Kirchner, y de 1.032.144,91 dólares y de 53.280,24 pesos que estaban en cajas de ahorro, también a su nombre.

En abril de 2017, Bonadio procesó a Cristina, Máximo y Florencia, más sus contadores y otros allegados por asociación ilícita y lavado en el caso Los Sauces. Ese expediente terminó unido al de Hotesur, pues los acusados y las maniobras eran iguales, y realizadas por el mismo personal.

En los corrillos judiciales, se decía que la Justicia iría a fondo con los hijos Florencia y Máximo Kirchner, ambos participantes de las empresas familiares, lo que daba criterio a los magistrados actuantes de considerar la existencia de una asociación ilícita. El tema -conmocionaba, incluso, al Gobierno nacional de Mauricio Macri: ¿qué podría pasar en la calle si la expresidenta iba presa? El asunto ya era una cuestión de Estado.

El senador, entonces, se ocupó personalmente. Defendía, a capa y espada, que no había modo de comprobar que hubiera «asociación ilícita» en los delitos hoteleros de los Kirchner. Por eso, en virtud de sus estrechas relaciones judiciales, averiguó la gravedad de lo investigado. Luego de conversar con jueces de su amistad, citó a su amigo y mano derecha Jorge Franco, el hombre indicado para sus acciones de extrema confianza y garantía de una actuación con sigilo.

Pichetto miró a su fiel colaborador y le advirtió con una fría sentencia: «Hay un riesgo cierto de que la lleven presa a la piba». La «piba» era Florencia Kirchner, la hija de CFK y el eslabón más débil de la ecuación. Cristina había sido dos veces presidenta, Máximo Kirchner era diputado nacional y tenía fueros. Florencia carecía de todo eso y mantenía una relación de tensión, facturas

personales y culpas en la relación con su madre, en medio de la carencia de la figura paternal.

Pichetto no se involucró directamente para evitar una cita cara a cara con Cristina, pero le pidió a su fiel amigo Franco la gestión. El abogado y ejecutante pichettista todoterreno armó una reunión secreta con Wado de Pedro, abogado y artífice judicial de CFK, quien asistió con su hermano de la vida, Gerónimo Ustarroz, otro «jugador» del ámbito tribunalicio.

«Avisale a Cristina que la situación de su hija es complicada. Se la tienen que llevar, la tienen que sacar del país: puede ir presa», le dijo Franco a un demudado Wado de Pedro. Cristina estaba, en esos tiempos, instalada en su departamento de Juncal y Uruguay, la vivienda histórica de los Kirchner en Recoleta. Luego de esa cumbre develadora, la expresidenta recibió allí a su delegado y sintió desvanecerse.

Sin dilaciones, la exjefa de Estado ordenó a su hija preparar las valijas y ambas partieron hacia Cuba, país con el que la expresidenta había entablado una relación fluida y, gracias a la gestión del Gobierno de los hermanos Castro, logró que la joven fuera alojada y atendida en una clínica exclusivísima de la isla caribeña, con atención y dedicación total del régimen castrista para que la joven ordenara su salud.

Más allá de que no siguieron en contacto, sino enfrentados políticamente, Cristina valoró siempre el gesto de Pichetto, compañero de tantas cruzadas que protegió a su ser más amado, Florencia, quien ya era madre de la pequeña Helena Vaca Narvaja Kirchner, concebida junto a Camilo Vaca Narvaja, cuyo padre fue uno de los fundadores de Montoneros.

Pichetto sabía lo que significaba el cuidado y el sentimiento de responsabilidad sobre una hija. Pensaba en Carolina, la suya, la preferida y hacia quien sentía culpas desde el día del desdichado accidente del año 1998 que cambió sus vidas para siempre.

16

Adiós, Cristina; hola, Mauricio

Un príncipe sabio tiene que buscar la manera de que sus ciudadanos en cualquier circunstancia tengan necesidad de él y del Estado: así le serán siempre fieles.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Cristina Kirchner finalizó con la derrota electoral del 22 de noviembre de 2015, cuando el PRO del liberal Mauricio Macri se impuso al candidato peronista Daniel Osvaldo Scioli, gobernador de la provincia de Buenos Aires, postulante oficialista por ser el mejor en las encuestas, no por ser el elegido de la expresidenta.

Macri venció a Scioli en el balotaje (segunda vuelta) y el 10 de diciembre debía efectuarse el traspaso de mando. CFK decidió no participar, negándose a ponerle la banda presidencial a su enemigo político y desafiando así un ritual que todos los presidentes democráticos habían cumplido. Pichetto, enojado con eso, no bajó al recinto y vio la ceremonia por televisión, desde su despacho, donde se lo escuchó gritar: «¡No me la banco más a esta mina, está atacada. Me tiene las pelotas llenas!».

La relación con la expresidenta se cortó antes de que se cumpliera un mes de que ella dejara la Casa Rosada. Tras el final del ciclo de gobiernos kirchneristas, se dejaron de hablar. Pero el peronismo siguió teniendo peso y número en el Parlamento, y Pichetto siguió al frente de su bloque.

Las cosas no serían igual de confortables entre ambos, pues Pichetto tenía un pensamiento: al Gobierno, sea de quien sea, se lo ayuda y se lo deja gobernar. Por esa definición política del hombre de la gobernabilidad, comenzaron los ruidos entre los peronistas de distinto pelaje.

Por ejemplo, en Diputados se conformó un bloque que decidió sostener los proyectos que el flamante Gobierno de Macri necesitaba, como mínimo, para gestionar. El peronista Diego Bossio, que condujo el organismo de seguridad social denominado ANSES durante el kirchnerismo, sostenido allí por Cristina, pero también por Máximo Kirchner, rompió el bloque del Frente para la Victoria y conformó un grupo de doce diputados nacionales que abonaron el dialoguismo y votaron leyes claves del Gobierno de la alianza Cambiemos.

Pichetto estaba en sintonía con esa idea más allá de que el bloque peronista se mantuvo unido en el Senado, a pesar de las fuertes peleas internas que existieron durante los dos primeros años del Gobierno de Macri, cuando el Congreso era una verdadera Torre de Babel.

El senador peronista fue clave para que avanzara el pago voluntario de 9300 millones de dólares a los llamados «fondos buitre» y sacar al país de una situación de *default*. Y, también, dio apoyo a una controvertida «reforma previsional» en 2017, lo que implicó un recorte presupuestario en Seguridad Social de cerca de 4100 millones de dólares.

En ese entonces, Pichetto representaba la voz de los gobernadores peronistas, urgidos de fondos con un Gobierno macrista que negociaba con ellos. Por ejemplo, la mandataria de Santa Cruz, Alicia Kirchner, había firmado el Pacto Fiscal. El senador no tenía pelos en la lengua para sostener su voto y su apoyo: «Nos toca la ingrata tarea de votar esta ley porque acompañamos a los gobernadores. Estas leyes formaron parte del acuerdo [del Gobierno y veintitrés gobernadores]. Que nadie se haga el distraído porque dentro estaba la cláusula previsional».

Agregó: «Nadie fue sorprendido ni le pusieron un arma en la cabeza. Todos sabían lo que firmaban», y defendió el blanqueo de

capitales impulsado por la gestión de Macri: «¿Saben por qué? Porque ya votamos tres blanqueos con el Gobierno anterior y no nos poníamos colorados».

Pichetto mantenía una relación muy aceitada con Rogelio Frigerio, el ministro del Interior del Gobierno nacional, quien se dedicaba a cultivar un trato lo más armonioso posible con los gobernadores del peronismo y decía en voz alta que el senador «ha sido fundamental» para las leyes que lograba aprobar la gestión de Cambiemos.

Pero a un año y medio de gobierno macrista, para sorpresa del conjunto del arco político, Cristina decidió ser candidata a senadora conformando una fuerza nueva, por fuera del Partido Justicialista. Por lo que el peronismo ingresó en un debate furioso ante esa jugada, lo que obligó a que muchos se tuvieran que decidir si la acompañarían o no. Unidad Ciudadana se denominó la nueva experiencia política y CFK se postuló por la provincia de Buenos Aires para ir a la Cámara Alta y encabezar, así, la oposición a Macri.

Pichetto la criticó, pues ella no acordó con todo su partido y provocó que su exministro del Interior, Florencio Randazzo, hiciera otra lista con el sello del PJ, lo que hizo que hubieran dos propuestas electorales de tinte peronista. «Hay que volver al manual de la guerra de los chinos, que dice que un general no debe dividir al ejército frente a una gran batalla. Y la señora dividió al ejército», dijo Pichetto, en relación a la interna que abrió con Randazzo, quien obtuvo el 6% de los votos y, de ese modo, hizo que la lista de Cristina quedara segunda en la elección bonaerense, dándole una pequeña «ayuda» al macrismo con esa fuga de votos hacia un peronista crítico.

El retorno de la expresidenta al Senado, del que ya había formado parte en dos oportunidades, generó discusiones álgidas en la Cámara Alta. Pichetto se lo había anticipado a sus compañeros: «Esta mina va a venir a romper los huevos». Y les propuso armar una bancada propia. «Yo ya no estoy dispuesto a escucharla ni a recibir órdenes. Ella cree que es la conducción y para mí no lo es más», les dijo.

Desde el cristinismo respondían que su decisión era «unilateral» y que la fractura del bloque era para «ser funcionales al Gobierno». En el fondo, muchos lo sabían, seguía vivo el rencor de Pichetto con los Kirchner porque nunca lo apoyaron en su candidatura a gobernador en Río Negro, mientras él se la jugaba por ellos, en las buenas y en las malas, desde el Congreso.

Hubo compañeros de bancada de Pichetto que en esos años intentaron indagar sobre por qué le rechazaban el apoyo electoral a su principal espada legislativa. La única respuesta que obtenían, desde el círculo más cercano a la presidenta, era que «no medía» lo suficiente en las encuestas.

«No vamos a compartir el bloque con alguien que cree que hay que dinamitar todo porque sí, que apuesta a la ruptura. Ese no es el espíritu que debe tener el peronismo en esta etapa. No quiero que me corran por izquierda ni por derecha», declaró en esos días Pichetto al diario *Clarín*, respecto del retorno de CFK al Senado.

Lo cierto es que Pichetto se llevó a los peronistas más tradicionales bajo la promesa de ser una oposición «constructiva y dialoguista». Les propuso ser quienes representen «a los gobernadores, al partido y a la CGT» y se quedó con la porción más grande: un bloque de veintiún miembros que se llamó Justicialista, entre los que estaban José Alperovich, Carlos «Camau» Espínola, José Mayans, Omar Perotti, José Uñac, Rodolfo Urtubey y —ni más ni menos— el expresidente Carlos Saúl Menem.

Se sumaban a ellos los pampeanos Daniel Lovera y Norma Durango, y los dos monobloques de los chubutenses Mario Pais y Alfredo Luenzo. Así, en total, Pichetto manejaba a veinticinco legisladores. Mientras Cristina Kirchner llegó al Senado y se quedó con ocho, en su mayoría mujeres: Ana Almirón, Marcelo Fuentes, Nancy González, Ana María Ianni, Inéz Pilatti Vergara, María de los Ángeles Sacnun y Anabel Férnandez Sagasti.

Poco después de ese quiebre empezaron las desconfianzas y los cortocircuitos dentro del bloque justicialista y los reclamos a Pichetto, porque se estaba empezando a «pegar» al macrismo. Cuando algún compañero de bancada lo enfrentaba en una postura, Pichetto les decía que Cristina les hacía «el bocho», o que se querían

«oponer a todo». «No, lo que pasa es que vos estás muy macrista», le respondían los más rebeldes.

Finalmente, los cruces en el Senado volvieron entre los viejos conocidos, como cuando Pichetto defendió a Scioli de los ataques de la doctora Kirchner. Una vez, durante el debate sobre un proyecto que dejaba sin efecto un aumento adicional de la tarifa del gas, que el Gobierno de Macri había habilitado para compensar a las empresas distribuidoras por la devaluación, despertó un cruce inolvidable entre Cristina y Pichetto. La versión taquigráfica del Senado lo dejó patentado:

Pichetto dijo: «Nosotros vamos a votar este dictamen. Y, además, en la política lo que importa es el mensaje. La señora expresidenta debería saberlo. Hay un mensaje del Senado muy claro: lo deja sin efecto. Este es el contenido que vamos a votar. Es un mensaje político vigoroso, muy claro».

Cristina se burló, por afuera del micrófono de la sesión: «Sí, muy vigoroso». A lo que Pichetto le contestó: «Le pido que me respete, porque yo la escucho siempre con atención. Así que pido que se me respete». Ella contraatacó: «Perdón, perdón, perdón. Si quiere, me arrodillo». Pichetto le respondió: «No, no se arrodille. Quédese tranquila. Usted nunca se arrodilló». «Y nunca me arrodillaré», retrucó CFK. «No, claro… Su orgullo es infinito», cerró el inoxidable senador.

17

Un vice macrista

Un hombre prudente debe tomar siempre los caminos que han seguido los grandes hombres e imitar a los que han sido extraordinarios, para que si sus capacidades no llegan a igualarlos, por los menos se le parezcan un poco.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Pichetto consideraba entonces que su vínculo con el kirchnerismo ya estaba terminado. Pero le costaba correrse del partido político al que pertenecía y por el que tantas cosas había hecho. En el entorno de Cristina Kirchner comenzó a ganar terreno un dirigente que había vuelto a orbitar cerca de la expresidenta: Alberto Fernández, exjefe de Gabinete de Néstor Kirchner, quien se había alejado de CFK luego de un efímero paso por su primera presidencia.

Alberto había sido un duro crítico del cristinismo, teniendo un hito durante la muerte no esclarecida del fiscal Alberto Nisman, en enero de 2015, cuando llegó a decirle al canal israelí *I24News* que «nadie en la Argentina piensa que Nisman se ha suicidado. Nadie, absolutamente nadie».

Pero luego, a través del peronista Juan Cabandié, hijo de desaparecidos, Cristina y Alberto lograron una impensada reconciliación. Y el abogado porteño comenzó a oficiar de operador y armador político de la doctora Kirchner. En esas circunstancias, le pidió una reunión a Pichetto.

El senador lo recibió en su despacho con café para ambos. Fernández aclaró su voz con una tos y soltó: «Mirá, te puede sorprender pero yo estoy con Cristina nuevamente. Creo que hay que unir al peronismo, es imprescindible. Ella está mejor, ha cambiado mucho». Pichetto replicó de inmediato: «No creo que haya cambiado. Pero no lo pienso con maldad, lo pienso porque a una edad determinada es muy difícil que un hombre o una mujer cambie su estructura de personalidad. Y ella va a ser la jefa de todo».

Pichetto miraba con desconfianza a Alberto Fernández. Se acercaba a él en un rol que ya había cumplido con Florencio Randazzo y Sergio Massa, y con ambos había terminado mal. Pero Alberto insistía en que «Cristina era la líder» y que había recuperado el diálogo. El senador no cambiaba su punto de vista y le decía: «No te creo que haya cambiado porque está en su naturaleza, y yo no estoy convencido de que el proceso del kirchnerismo sea el proceso de salida».

Alberto lo invitó: «¿Quisieras hablar con ella?». «No, la verdad no tengo interés porque no quiero volver a ese espacio, donde hay gente que realmente siempre me ha despreciado como Zannini o Parrilli, y han sido enemigos muy personales, al margen de las visiones ideológicas que nos separaron».

Desde esos tiempos, Pichetto tenía una frase sobre el exjefe de Gabinete de Néstor y Cristina que, con el paso de Alberto por la Presidencia de la Nación y los sucesos de varios años después, basados en las acusaciones de su expareja, Fabiola Yañez, de ejercer contra ella violencia de género, terminó de confirmar y repetir: «Alberto Fernández es el personaje más miserable de la política de los últimos años».

Lejos ya definitivamente de Cristina, Pichetto comenzó a abonar un espacio de peronistas críticos del kirchnerismo entre los que estaban dos importantes gobernadores: Juan Manuel Urtubey, dos veces mandatario de la provincia norteña de Salta, y Juan Schiaretti, quien mandaba en la crucial provincia de Córdoba, distrito del centro del país que mostraba un fuerte sentimiento antikirchnerista en las sucesivas elecciones parlamentarias.

A ellos se les sumaría más tarde Sergio Tomás Massa, que había tenido una relación ambivalente con los Kirchner. Y luego, el primer ministro de Economía de Néstor Kirchner, el economista Roberto Lavagna, un experimentado técnico que comenzaba a mostrar su gusto por el juego político.

Las citas de ese grupo se daban en diversos lugares, pero tenían un lugar casi fijo: el estudio del consultor Guillermo Seita, en el barrio porteño de Retiro, sobre la Avenida del Libertador y con una impecable vista al Río de la Plata. Allí se sentaban todos los mencionados menos Roberto Lavagna. Es que el economista era una *rara avis* y desafiaba los códigos naturales de la política.

Por eso, un día Pichetto decide ir a buscarlo. Era enero de 2019. «Está descansando en Cariló, nos dijo su hijo Marco», le contó un amigo de ambos. El senador se subió a un auto con Guillermo Michel y Sergio Vargas, dos abogados y políticos de cuña peronista que lo acompañaban en el armado. Juntos, manejaron casi cuatro horas hasta Cariló y Pichetto ingresó solo a la casa de los Lavagna.

Un rato largo más tarde, ambos salieron juntos y los acompañantes del senador se sorprendieron con el *look* del economista: bermudas a tono con el verano y medias largas hasta la rodilla, con sandalias. La insólita vestimenta no amilanó a los pichettistas. «Yo les saco una foto juntos», dijo Vargas, y la instantánea patentó el alineamiento de Lavagna con el peronismo disidente.

Cuando los visitantes se subieron al auto, Michel y Vargas se sinceraron ante el duro Pichetto. Le mostraron la foto de los dos, en la que se destacaban las singulares sandalias de Lavagna: «Ya se la mandamos a los medios». «¡Qué hijos de puta que son!», les dijo Pichetto, y no aguantó la risa, avalando la jugada que daba aire a ese nuevo grupo que pretendía desafiar al kirchnerismo.

El veterano peronista y los suyos habían conseguido la foto que habían ido a buscar y se fueron a tomar algo a Santa Teresita y, luego, a festejar cenando en Puerto Madero. Como siempre, Pichetto pagó. Nunca deja que lo inviten. Como cuando va al Club Vasco Francés, un lugar que le encanta, y donde pide pescado y agua. Sin vino.

Esa nueva conformación peronista se denominó Alternativa Federal y Pichetto pidió armar una oficina con fines electorales. Michel y Vargas fueron a una inmobiliaria de Barrio Norte y dijeron: «Necesitamos una oficina, no te podemos decir para quién. Pero es para un candidato a presidente». «¿Por cuánto tiempo?», preguntó el agente. «Por todo este año», se entusiasmaron los abogados, y se instalaron en un ambiente espléndido de doscientos metros cuadrados en Posadas y Ayacucho.

Un arquitecto armó la oficina con muebles y todas las necesidades para el caso. Sus amigos se decían, cómplices: «Hoy nos vemos con Underwood», en referencia al personaje de Kevin Spacey que recreó a un político sin pudores y dispuesto a todo para conseguir el poder. Pero esa experiencia peronista de centro fracasó. Las razones son diversas, según quien lo cuente.

Suceden entonces dos comidas relevantes. Un hecho determinante en esa relación se dio en una picante cena en el restaurante-parrilla Roldán, exclusiva propiedad de los empresarios Daniel Vila y José Luis Manzano, dueños del canal de televisión abierta América e íntimos amigos y padrinos políticos de Sergio Massa.

A esa cita se sumó otro poderoso empresario, Claudio Belocopitt, dueño de la empresa de medicina prepaga más grande del país, Swiss Medical, y socio en el canal América. Y también Jorge Brito, fulgurante banquero dueño del Banco Macro y, además, padrino de Massa.

Por la política estaban Juan Manuel Urtubey, el neurocientífico Facundo Manes, el presidente del Club Atlético River Plate, Rodolfo D'Onofrio (que quería dedicarse a la política), y la estrella mediática Marcelo Tinelli, que coqueteaba con jugar su candidatura.

Ese grupo de dirigentes de Alternativa Federal tenía claro que su vida política dependía demasiado de lo que hiciera Macri: si al presidente de Cambiemos le iba muy bien en su gestión presidencial, se debían dar por muertos, al no tener espacio allí, y si le iba muy mal, también. En su hipótesis necesitaban que a Macri le fuera más o menos, entonces la gente tendría miedo de que volviera el kirchnerismo y se animaría a «probar otra cosa».

Pero el tema Lavagna también complicó al grupo. El economista había entrado y su idea de ser el candidato a presidente «aclamado» por todos enturbió el panorama. Pichetto, mentor del desembarco del exministro de Economía, quería una gran interna entre los principales postulantes y que esa vía llamara la atención del votante para ese espacio. Pero luego comprendió que Lavagna hacía tiempo y que siempre había jugado para Massa. Lo entendió ese día y lo terminó ratificando cuando —asumido Alberto Fernández como presidente— nombró una gran cantidad de colaboradores suyos en la gestión nacional.

La cena comenzó distendida, pero la tensión en el quincho privado de Roldán colmó el lugar. Massa decía que la defección de Lavagna la había generado Luis Barrionuevo, el inoxidable dirigente gremial gastronómico y el autor de la frase: «Hay que dejar de robar por dos años», dicha en tiempos del menemismo.

Luego, la discusión pasó a Cristina Kirchner, quien aún no había mostrado sus cartas. Pichetto le soltó a Massa: «Estás demasiado cerca del kirchnerismo». El tigrense subió la apuesta: «Miguel, vos fuiste siempre su protector», en referencia a cómo había sostenido las posturas gubernamentales del kirchnerismo durante dieciséis años.

Pichetto se paró: «¡Vos estás arreglando con el kirchnerismo!». Y Massa estalló: «Por culpa tuya, Cristina no está presa», para luego decirle con una media sonrisa: «Yo no me voy a ningún otro lado, Miguel». Pero nadie le creía. Durante unos segundos el aire se cortó con cuchillo, hasta que los otros comensales intentaron poner paños fríos y la situación se calmó. La comida continuó, pero ese fue el verdadero fin de la experiencia de Alternativa Federal.

Parte del grupo decide entonces viajar a la provincia de Córdoba para hablar con Schiaretti e intentar mantener la alianza a flote. Mientras tanto, Pichetto mantiene una reunión con radicales, entre quienes estaban Ricardo Alfonsín y Federico Storani, más los socialistas de Santa Fe que le pedían a Lavagna una definición antes del Congreso de la UCR para evitar que un sector se fuera con Macri y otro con el kirchnerismo de la mano de Leopoldo Moreau. Federico Storani le dijo a Lavagna: «Roberto, tenés que definir la candidatura,

porque, si no, hay una alternativa electoral». Lavagna, una vez más, hizo silencio.

En abril de 2018, con la primera corrida que sufrió Macri, el espacio de centro peronista cayó como un piano en las encuestas. «La gente se asustó: el que ya estaba con Macri se quedó con él y, los que no, frente al temor, se fueron con Cristina, a lo conocido. De ahí en adelante todo fue degradación», evalúa un miembro de peso de esa coalición.

Siguieron adelante bajo la lógica política de pelear posiciones de poder, pero sintieron que la razón de ser de su existencia ya se había apagado. En ese camino, encima, tuvieron que enfrentar distintos «efectos disolventes», según palabras del propio Pichetto.

El 12 de mayo, otro de los miembros fundadores del espacio, Juan Schiaretti, ganó la reelección como gobernador de Córdoba. Había expectativa de que ese triunfo fuera una especie de relanzamiento de Alternativa Federal que los subiera a todos a ese triunfo. Pero no ocurrió. Schiaretti hizo nuevamente «cordobesismo» y no apoyó a los representantes del espacio. Es más: los llamó y les dijo que no fueran a Córdoba, impidiéndoles participar de la foto de la victoria. «Algunos creían que Schiaretti había cerrado con Macri, otros que Massa había acordado con Cristina. Las dos cosas podían ser ciertas en mayor o menor medida», recuerda un protagonista de esa época.

Massa, en paralelo, convoca al congreso de su partido, el Frente Renovador. Allí, la diputada Graciela Camaño, un sostén indispensable del jefe de ese espacio, deja en claro que si Sergio Massa acuerda con los K, ella lo deja políticamente.

Pichetto había alquilado un local muy importante, porque ya había largado su campaña presidencial. Era un edificio de dos plantas en la avenida Belgrano, con un salón inmenso para las reuniones, conseguido gracias al aporte de algunos empresarios. Invitó a muchos a conocerlo, como a Chiche Duhalde, pero Lavagna ni pisó el reducto. La historia de una tercera vía había muerto.

Massa ya había tomado la decisión. Lo llamó por teléfono al senador y le dijo que volvía «al lugar de la unión del peronismo». Pichetto le respondió, esta vez sin alzar la voz: «No estoy de

acuerdo, es volver al poder de La Cámpora y de la señora. No tengo problemas personales, pero no te pienso acompañar».

Una semana después, movió las piezas Cristina y lanzó el famoso video anunciando que Alberto Fernández sería el candidato a presidente y ella su vice. Mientras tanto, Mauricio Macri comenzó a operar en la búsqueda de su candidato a vicepresidente en el campo del peronismo. Y viajó a Salta para meterle presión a Urtubey para que cierre con él y sea su compañero de fórmula en la búsqueda de la reelección.

Previamente, un empresario amigo de ambos había tanteado con Urtubey la idea, pero el entonces gobernador de Salta había respondido que no lo veía posible. Igualmente, Macri quiso intentarlo en persona. Fue al Norte con la excusa de la inauguración de una obra mientras todos los medios ya daban cuenta del rumor. Pero mientras el presidente participaba de una actividad partidaria en Salta, Urtubey dio una entrevista a Luis Novaresio en Radio La Red, en la que declaró: «Hay cero chances de que yo sea vice de Macri».

Al día siguiente, Macri y Urtubey viajan al interior de la provincia norteña en helicóptero. Macri le pregunta por esa declaración, Urtubey le ratifica que siempre iba a tener buen diálogo, pero que él era peronista, que tenía una concepción ideológica diferente, que no iba a ocurrir. El salteño incluso intentó convencerlo de que era un mal negocio haber jugado a desarmar Alternativa Federal. Que lo mejor, para él, era que a ese espacio le fuera bien y en una segunda vuelta, volver a conversar.

En ese helicóptero se tejió incluso la idea de que ambas listas llevaran a María Eugenia Vidal como candidata en la provincia, una movida que duró poco. A los pocos días, Macri dio marcha atrás y volvió a la carga para que Urtubey sea su vice. El salteño volvió a negarse. «La estás haciendo vicepresidenta a Cristina. Por ahí es devolución de gentilezas porque ella también te puso a vos», lo chicaneó, y cortaron. Hubo una segunda charla, más larga, entre Marcos Peña y Urtubey, pero el resultado fue el mismo.

Allí comienzan varios jugadores cercanos a Mauricio Macri a poner en práctica «la opción Pichetto». Rogelio Frigerio, ministro del

Interior, lo llamó al senador y le contó que Urtubey le había dicho que no y que el candidato a esa silla ahora era él.

Pichetto cree que el hecho disruptivo fue un viaje a Nueva York para ver a inversores, al que va con sus colaboradores Guillermo Michel, Jorge Franco y Sergio Vargas. Allí se ve con fondos de inversión, con el hombre fuerte de Telecom, el mexicano David Martínez, con gente del HSBC y de Black Rock, un jugador fuerte vinculado a la deuda argentina. Y da una charla ante estudiantes en la Universidad de Yale y una conferencia con todos los abogados corporativos de la Argentina y Latinoamérica en Nueva York, en Columbia, entre los que estaba Martín Guzmán, egresado de Columbia y ayudante de cátedra de Joseph Stiglitz, quien resultara ministro de Economía del Gobierno peronista en 2019.

Allí, Pichetto recibe otro llamado: el de su amigo Ernesto Sanz, a quien Macri respetaba y había querido como ministro de Justicia. Sanz le explicó que él y otros radicales, como Gerardo Morales, entendían que después de la decisión de Cristina de sorprender con Alberto Fernández en la cabeza de la fórmula, debían generar un hecho disruptivo de ese lado para tratar de equilibrar.

La atención que Mauricio Macri le había prestado a Miguel Ángel Pichetto no databa de ese año 2019, sino de tres años antes, cuando el fundador del PRO era presidente de la Nación y Pichetto era jefe de un bloque de senadores peronistas donde pregonaba lo que es uno de sus mandamientos: la gobernabilidad, que no se negocia, y eso valía también para la gestión de Cambiemos, una alianza donde la mayoría de sus miembros tenía un alto contenido de antiperonismo en sangre.

Pichetto creía que había leyes básicas que había que apoyar y por eso algunos dirigentes oficialistas defendían que había que sostener un diálogo aceitado con el cacique peronista. En 2016, Macri mantenía una mesa chica de cercanía donde se sentaban, a su alrededor, el ministro de Economía del momento, Alfonso Prat Gay, el jefe de la Cámara de Diputados y operador político del PRO, Emilio Monzó, más el radical Ernesto Sanz. A esa mesa de coordinación del Gobierno se sumaban los empresarios (con ambiciones políticas) Mario Quintana y Gustavo Lopetegui más el jefe de Gabinete, Marcos

Peña, y el economista y ministro del Interior, Rogelio Frigerio, nieto de Octavio Frigerio, fundador del MID.

Allí, Prat Gay, Monzó y Sanz eran tildados de «acuerdistas», pues veían una oportunidad propicia para que Macri avanzara en un acuerdo con el peronismo, con Pichetto como eje de un nuevo movimiento ante un kirchnerismo derrotado electoralmente, que momentáneamente había perdido músculo político. Del lado peronista, esa caída electoral había liberado a diversos caciques provinciales que no se animaban a jugar fuerte durante el predominio K, como Urtubey y Schiaretti, más los peronistas tucumanos —y más tradicionales— como José Alperovich y Juan Manzur, además de Pichetto.

Algunos creían que se podía romper la hegemonía K incluso sumando al más exótico gobernador de Formosa, Gildo Insfrán, que tenía tintes de señor feudal en el manejo de su provincia, pero a quien Pichetto defendía y con quien tenía una relación de muchos años.

En ese 2016, importantes dirigentes de Cambiemos querían un acuerdo con el peronismo para sostener políticamente al Gobierno. «Era el momento porque Miguel representaba el tipo ideal para poder avanzar en ese acuerdo, una oportunidad histórica que Argentina tenía para hacer un entendimiento que dejara afuera al kirchnerismo. Pero nos fue muy mal», rememora uno de los artífices de esa jugada, en la que predominó la idea de un paladar puro macrista, sostenida —a rajatabla— por el consultor Jaime Durán Barba y por el entonces poderoso jefe de Gabinete Marcos Peña.

Los «derrotados» de esa compulsa se fueron alejando del Gobierno. Primero, Alfonso Prat Gay, con un despido humillante craneado por Marcos Peña, y luego Ernesto Sanz, quien dejó provisoriamente la política y se dedicó con su familia a producir aceite de oliva y vinos en San Rafael, Mendoza. Monzó no se fue porque era el presidente de la Cámara de Diputados, pero fue raleado de la política, a pesar de que había compartido decenas de cenas con Mauricio Macri y sus respectivas esposas.

A principios de 2019, ante un nuevo turno electoral, Sanz es convocado nuevamente por Macri pues el entonces mandatario

quería aspirar a un segundo turno y sabía que era una empresa difícil defenderse de un peronismo que olía sangre y veía posible el regreso. Mientras Cristina Kirchner jugaba al misterio sobre la confirmación de la fórmula peronista para la pelea presidencial de ese año, el radical mendocino era mencionado como posible acompañante en la fórmula macrista. «Mi nombre estaba en todos los medios: ¿qué es lo que podía aportar yo? Aportaba a mi partido, pues ahí tenía consenso y aportaba una perspectiva de gobernabilidad del Congreso a futuro. Pero estaba claro —para mí y para mucha gente que analizaba la política— que Macri necesitaba mucho más que eso, necesitaba votos del PJ para llegar», razonaba entonces Sanz.

Los radicales le dijeron a Macri que «esta es la oportunidad, porque vos necesitás votos peronistas, no te hace falta un vicepresidente radical, porque el radicalismo no va a votar nunca a Cristina», como le dijo un cacique de la UCR. Macri dejó hacer y escuchó muchas opiniones: una, que tuvo un peso muy importante, fue la del empresario Alberto Pierri, extitular de la Cámara de Diputados de 1989 a 1999, que se dedicó a manejar medios de comunicación tras abandonar la política activa, creando el canal de noticias 26 y la señal operadora de servicio de cable Telecentro, de ascendencia en el conurbano bonaerense.

El «Muñeco» Pierri nunca perdió influencia en la política y mencionó a Pichetto a los oídos de Macri. Al otro día, Sanz lo llamó de urgencia: «Mauricio, necesito ir a verte y hablar con vos». El presidente lo esperó al mendocino, pensando que iba a autopostularse. Pero no: cuando los dos estuvieron solos, Sanz le dijo: «Vengo a decirte que lo mejor que podés hacer es llevar un vice peronista y, para mí, el hombre ideal es Miguel Pichetto». Macri sonrió, conocedor de la jugada, y retrucó: «¿Vos lo hablaste con Pichetto?». «No, no lo hablé, y no lo haría sin un guiño tuyo. Pero si me das tu *ok*, de acá me voy a hablarlo a él», le dijo Sanz.

Sanz salió de la residencia presidencial de Olivos y volvió a hablar con dos jefes radicales, con quienes tenía conversado el asunto: el mendocino Alfredo Cornejo y el jujeño Gerardo Morales, quienes dieron su conformidad. Y aquí surgen dos versiones, para gusto de

los consumidores de la política. Una, que Sanz y Morales, quien también se adjudica ser el autor de la jugada, fueron juntos al despacho en el Senado de Miguel Pichetto y le preguntaron: «¿Qué pasa si te llama Macri y te ofrece la vicepresidencia?». «Le digo que sí», habría respondido Pichetto. Luego, sucedió el llamado de Macri.

En cambio, peronistas del círculo cerrado pichettista sostienen otra versión. Que un nombre determinante en el universo macrista, el veterano exintendente de la ciudad de Buenos Aires y fundador de la «renovación peronista», Carlos Grosso, fue una pieza clave. Este licenciado en Letras fue CEO del grupo Socma —la nave insignia de Franco Macri— entre 1976 y 1983, hasta que se lanzó a la política. Esa confianza en Grosso por parte de Franco Macri, fue heredada por el ingeniero Mauricio, quien tuvo a Grosso de consultor hasta después de terminada su presidencia.

Grosso impulsa, entonces, la idea de Pichetto vice. Y lo convence al presidente, en un diálogo del que habrían formado parte el consultor Jaime Durán Barba y el empresario Nicolás Caputo, hermano de la vida de Mauricio Macri. Cuando Grosso sale de ese *meeting*, lo llama a Miguel Ángel Toma, otro «hijo» de la renovación peronista que llegó a manejar la Secretaría de Inteligencia del Estado en el Gobierno de Duhalde. Toma lo llama a Pichetto y quedan en desayunar a la mañana siguiente en el Senado.

Allí, delante del infaltable café con leche, le dice: «Tenés que ser el vice de Mauricio». «Pero a mí nunca me llamaron», se defendió el «Príncipe». «Asegurame que vas a decir que sí», le suplica Toma, pues Macri no podía tener otro no tras la negativa de Urtubey. Luego de la charla, Toma sale y llama desesperado a Grosso: «¡Va a decir que sí, llámenlo!». «Pasame el teléfono, no lo tengo», le reconoce el exintendente porteño de Menem. Copia el número y acciona el operativo.

Allí aparece en escena la eficiente Anita, histórica secretaria personal de Mauricio Macri. Pero los intentos telefónicos no resultan; Pichetto no atiende. «¡Este pelotudo no atiende!», le dice Grosso a Toma. «Llamalo a Jorge Franco», ordena el exjefe de la SIDE, en referencia al eterno colaborador de Pichetto, quien se había comprometido a ir a un programa de radio y había apagado el

celular. Al rato, Pichetto acepta la realidad y atiende a Anita: «Le paso con el presidente». Macri respira y hace la invitación: «Miguel, te llamo porque te quiero proponer que me acompañes como candidato a vicepresidente». Pichetto le dice: «Muchas gracias, presidente. Desde ya le digo que sí. Estoy dispuesto a acompañarlo. ¿Usted lo pensó bien? ¿Está completamente seguro?», le preguntó, respetuoso. «Sí, muy bien, muy seguro. Más tarde nos juntamos y charlamos, ¿sí?», le dijo Macri, y le avisó de la buena nueva a su mesa chica. Ernesto Sanz, Gerardo Morales, Miguel Toma y Carlos Grosso recuperaron el ritmo cardíaco.

Ese lunes 26 de septiembre de 2019 por la tarde, la información comenzó a circular en el denominado «círculo rojo» del poder. Este periodista —junto con el colega Santiago Fioriti— dio la primicia en el diario *Clarín* a las pocas horas y la propia Cristina Kirchner se sorprendió del hecho, furiosa porque no se lo comunicaron en tiempo y forma los informantes que aún conservaba en la Agencia Federal de Inteligencia que había dirigido Oscar Parrilli. Fue una pequeña venganza de Pichetto con su odiado Parrilli, que quedará para el anecdotario de la época.

Al día siguiente, Pichetto llamó a Urtubey, quien estaba reunido con los apoderados armando listas para enfrentar al Gobierno. Entre otros, estaba su propio apoderado, Guillermo Michel, mano derecha del senador, un entrerriano que supo orbitar en la AFIP cerca de Ricardo Echegaray. «Me llamó el presidente y me ofreció que sea candidato a vicepresidente, y yo no le puedo decir que no», le dijo a Urtubey. Ambos políticos experimentados, no compartieron ideas, pero se entendieron y se desearon suerte. Se abrían los caminos.

El 11 de junio Pichetto confirmó en conferencia de prensa que sería el candidato a vice de Macri. El 18 de junio Massa anunció que encabezaría la lista de diputados nacionales de Alberto y Cristina en la provincia de Buenos Aires.

18

De campaña con Macri

Quien cree que nuevas recompensas hacen olvidar a los grandes hombres las viejas injusticias de que han sido víctimas, se engaña.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Los colaboradores más cercanos a Pichetto se conmovieron cuando la noticia apareció publicada en la página web de *Clarín*. Uno de los más fieles le preguntó si era cierto cuando se lo cruzó. «No hay que tenerle miedo a nada. Y no hay que ponerse nervioso», le dijo, austero. Ese asesor se marchó ese día de su lado, enojado por la adscripción al centrista Mauricio Macri.

Pichetto también tuvo una explicación para quienes vieron una traición en dejar el peronismo y ser compañero de fórmula de Macri: «La traición no es un concepto depreciado y degradante para mí, yo no tengo la mirada muy primaria y elemental sobre ese concepto. La traición siempre es un punto de fractura con el pasado. Una persona católica podría entender la traición como la de Judas a Jesús», dijo tiempo después a la revista *Noticias*.

Así, la fórmula Macri-Pichetto se enfrentó a Alberto Fernández-Cristina Kirchner. La alianza Cambiemos cambió su nombre por el de Juntos por el Cambio, pues pasaba a ser una alianza con peronistas, a la que la vehemente Elisa Carrió había dado, con dificultades, su anuencia.

La elección sucedió el 25 de octubre de 2019. Allí, el candidato del Frente de Todos le ganó con el 48,1% al entonces jefe de Estado, que obtuvo 40,37%, representando un golpe duro para la alianza macrista. Pichetto sospechó que no todos habían estado alineados en pos del triunfo. Creía que la campaña debería haber sido nacional y Mauricio tendría que haber estado al frente. También le dijo a Macri que habían controlado el comicio de la provincia de Buenos Aires «como si no estuviéramos en el poder». Allí, Pichetto mostró toda su desconfianza hacia María Eugenia Vidal, la gobernadora de la provincia de Buenos Aires, a la que algunos miembros del PRO habían postulado para que fuera ella la candidata a la Presidencia, en virtud del desgaste de Macri, a quien los números de las encuestas lo mostraba más abajo.

«No digo que la mina nos vendió, pero no hubo ninguna voluntad de parte de ella», rezongaba Pichetto, luego de la primera vuelta. Miraba con desconfianza el lazo de Vidal con Sergio Massa, quien había sido su socio político y aportado gobernabilidad —desde la Legislatura bonaerense— durante el mandato bonaerense de Cambiemos. Creía que habían faltado «cinco o seis actos grandes en el conurbano en la primera vuelta. Habría que haber ido a pelear eso. La gran batalla estaba en la provincia de Buenos Aires».

Pero en PBA, la derrota fue muy fuerte y Vidal perdió por amplio margen la búsqueda de su reelección ante el peronista Axel Kicillof. Pichetto veía una extendida depresión de muchos cuadros políticos que no estaban acostumbrados a la derrota y creía que «estos pibes habían entregado el Gobierno anticipadamente».

No ignoraba que se había ubicado en una fórmula que, *a priori*, estaba diez puntos abajo en las mediciones. «Salvo Jaime Durán Barba, que era muy talentoso, lo demás fue patético. Lo vi de adentro. Porque los cambios que tendríamos que haber hecho fueron antes de las primarias, los cambios económicos, la mejora de los trabajadores en el poder adquisitivo, darles un margen mejor en el Impuesto a las Ganancias», repasaba Pichetto tiempo después.

Pero lo que no imaginaba era que el propio Mauricio Macri había caído en un estado de depresión tras la derrota. Estaba encerrado en la Quinta Presidencial de Olivos con su familia, muy golpeado.

Después de unos días, tomó fuerzas y llamó a su compañero de fórmula. «Yo creía que iban a venir un montón de peronistas. Y al final, el único que vino fuiste vos. Al final, vos terminaste perdiendo», le dijo, a modo de pedido de disculpas. «Vos te jugaste por la Argentina y al final te dejaron solo y todos tus excompañeros hoy son los que ganaron», abundó.

Pichetto, con su habitual frialdad, le respondió: «Presidente, yo estoy más convencido que nunca de la decisión que tomé, yo no doy un paso atrás. Con esa gente nunca más vuelvo a trabajar en nada. Han hecho mucho daño a la Argentina. Creo en vos, vamos a seguir, la vamos a dar vuelta y si no seguiremos juntos trabajando porque estas son las ideas del futuro», le dijo.

Macri se sorprendió con el apoyo de ese lobo solitario, superestructurado, que aún tenía la espina de no haber podido ser gobernador y allí estaba, levantándole el ánimo nada menos que al que era entonces presidente. «Mauricio, vamos a dar la pelea, no perdimos todavía. Sé que hay un montón de boludos que dicen que perdimos, yo creo que esto lo podemos dar vuelta», lo alentó.

Macri vio a Pichetto más entero que a la mayoría de los suyos y allí pusieron manos a la obra a la campaña de la segunda vuelta. Con la idea de varios dirigentes, entre los que estaba Hernán Lombardi, diseñaron un esquema de actos callejeros, algunos repentinos, donde querían apelar al entusiasmo y hasta al susto de que vieran que estaba muy cercana la posibilidad de que volviera el kirchnerismo.

Desde el equipo de Marcos Peña surgió la idea de hacer una marcha por día y Pichetto lo acompañó a Macri, además de su esposa Juliana Awada. Eran tres en el escenario de la quimera por dar vuelta la historia.

Macri creía que tenía a propios, como Horacio Rodríguez Larreta o María Eugenia Vidal, en su contra. O al menos, con poco entusiasmo en colaborar. Pichetto, con parte de su equipo, fue a visitar a la gobernadora bonaerense en un búnker que la mujer tenía en el barrio de Retiro. «¡Vos no podés perder nada! ¡Vos sos la gobernadora! ¡Manejás la Policía Bonaerense! ¿Cómo vas a perder en una mesa trescientos votos a cero? ¿Cómo te pueden aparecer

actas sin firma de tus fiscales?», gritaba en ese reciclado galpón ferroviario.

En el equipo de Vidal, donde tallaba fuerte su jefe de Gabinete, Federico Carlos Salvai, negaban esa interpretación de Pichetto y la consideraban ingenua: los propios candidatos a intendente, a la hora de defender su boleta en los distritos bonaerenses, optaban por el corte de boleta, pues veían, al recorrer sus distritos, que la boleta Macri-Pichetto no traccionaba y temían perder sus comarcas. El «problema» electoral estaba en la cabeza y no en el segundo cuerpo de la lista que los ciudadanos encontraban en los cuartos oscuros.

Pichetto seguía diciendo que había que hacer marchas en el conurbano y ganaban la segunda vuelta. Lo acompañaba en el pensamiento un dirigente de Lomas de Zamora, Guillermo Viñuales, que había roto con Martín Insaurralde y todo el poder peronista bonaerense, y sostenía que «tenemos que hacer cuatro marchas en cuatro plazas importantes de la provincia».

Macri y Pichetto encabezaron varios «banderazos», actos espontáneos que constituyeron una épica en la intención de impedir un «cuarto Gobierno kirchnerista». Aún hoy, Pichetto atesora en su oficina las fotos del acto de cierre de la 9 de Julio, y del de Córdoba, con sesenta mil personas en la Plaza de la Libertad.

La segunda vuelta fue para el Frente de Todos, pero Pichetto sepultó allí cualquier atisbo o rémora de su pasado K. Desde ese día, se sintió cómodo en ese modelo de la Argentina blanca que siempre lo fascinó. En esos tiempos, el peronista vernáculo ingresaba en los mejores restaurantes de Buenos Aires y la gente lo aplaudía de pie.

La relación con Macri continuó y el expresidente lo consideró, desde entonces, como un «prócer». «Yo lo valoro, lo aprecio, en un país donde lamentablemente se vació de próceres. Prócer es aquel que piensa en el bien común, que se compromete, que se desentiende de cualquier interés personal. Y a la vez, Miguel tiene esta cosa de la lealtad y el compromiso con la gobernabilidad, que a veces le jugó en contra. Con el kirchnerismo, por ejemplo, porque él ya venía con el chip de que tenía que ser, como buen peronista, leal a aquel que lo conducía y tragar saliva, porque se daría cuenta de que la mayoría de las cosas que le planteaban eran contra el

desarrollo de la Argentina, pero igual lo continuó haciendo», dijo Macri, consultado para este libro. Y agregó, entre sonrisas: «Miguel es cascarrabias, siempre está enojado, pero el enojo se le va en diez segundos. Lo que lo enoja en serio a él es la estupidez, la mediocridad, la estafa».

Cuando finalizaba el mandato de Alberto Fernández, Pichetto lo visitó a Macri y le dijo que tenía que volver a ser candidato. El exjefe de Estado le dijo que su tiempo para ese rol ya había pasado y Pichetto casi se ofende: «Le estás dando lugar a que aparezca otro. No dudes: solo hay dos liderazgos en la Argentina, el tuyo y el de Cristina».

Pichetto no entendía cómo un político que podía tener la oportunidad de volver a tener el poder, no jugaba para eso. Lo consideraba un pecado mortal. A los pocos días, Macri comunicó que no sería candidato presidencial en 2023 y habilitó así una sangrienta interna entre Horacio Rodríguez Larreta y Patricia Bullrich.

Luego de eso, Pichetto quiere decidir su futuro. Macri le adelanta que va a apoyar a Patricia Bullrich y, no muy convencido, Pichetto pide ver a la exministra de Seguridad. Ella lo cita y, para sorpresa del formal peronista, lo hace pasar a un cuarto donde la estaban maquillando. «Me tengo que ir a un programa de televisión, hablemos rápido», le dijo Bullrich, mientras una joven le pintaba los labios. Pichetto, vestido con traje y corbata para la ocasión, comprendió que eso era una falta de respeto y estalló: «Querida, si estás apurada, andate. Y yo me voy también», le dijo, y se fue dando un portazo.

Pichetto no estuvo por mucho tiempo en el llano. Macri respaldó su candidatura para la Auditoría General de la Nación y él, que se quedó dentro de Juntos por el Cambio, ingresó a ese confortable organismo de control manejado por la oposición.

19

El pobrismo, la pelea con el papa argentino y Grabois

Surge una disputa: si es mejor ser amado que temido, o a la inversa. La respuesta es que ambas cosas son convenientes, pero puesto que son difíciles de conciliar, en el caso de que haya que prescindir de una de las dos, es más conveniente ser temido que amado.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

«Gerente de la pobreza». Quizás haya sido, muy probablemente, el latigazo dialéctico más ardoroso que Pichetto haya lanzado alguna vez. Y no ocurrió, precisamente, en ese ámbito legislativo donde más de una vez las sesiones se fundían en combates por horas y madrugadas eternas. Ni siquiera tuvo como víctima alguna banca rival.

Del otro lado, en la mira, Juan Grabois, el muchacho de San Isidro, dirigente social y líder del movimiento Frente Patria Grande que, desde su labia, también encontró en el oriundo de Río Negro un enemigo hecho a su medida.

Entre ellos, un mundo de diferencias, y un tema central: el «pobrismo». El *quid* de la cuestión, sostenido desde ambas márgenes con argumentos tan sólidos como discutibles. Aquella noche del 21 de diciembre de 2020 quedó expuesto como nunca

antes cuando se cruzaron en el programa Verdad Consecuencia, de las periodistas Luciana Geuna y María Eugenia Duffard, en el canal TN.

La pandemia por el COVID-19 frenaba su declive y las alarmas se volvían a encender. Pichetto, invitado al piso de la señal de noticias y ya como Auditor General de la Nación, sostenía que el Gobierno nacional y, en especial, Alberto Fernández, se habían excedido en los lapsos de la cuarentena. Los acusaba de frenar la llegada de la vacuna Pfizer por temas ideológicos y sostenía que, con conciencia social y cuidado personal, la rueda debía volver a girar. «Seguir es parte de la exorbitancia argentina, es parar toda la actividad económica, producir cuatro millones y medio de desocupados, una quiebra masiva de muchas pequeñas y medianas empresas, cierre de comercios… Cuarentena interminable…».

Desde su oficina, y en la misma pantalla, Grabois lo escucha, se toma un mate, anota. Unos minutos más tarde saldría hacia él la primera indirecta. O no tan indirecta. «¿Me querés hacer debatir con Grabois?», le apunta Pichetto a Geuna. «¿Quiere?», acelera Duffard. Miguel acomoda su corbata, sonríe y va: «No tengo problemas». Lo que vendría luego quedaría para siempre como uno de los cruces televisivos más picantes, rubricado con ese título innegociable ante cualquier editor: «Grabois es un gerente de la pobreza».

La primera intervención de Grabois tuvo todos los ingredientes bélicos posibles. Vale recordarla, incluso desde el detalle del saludo: «Hola, Maru, Luciana… Bueno, en primer lugar, me parece que es importante tener buena leche, como se dice normalmente. Es decir, es una situación muy grave para los argentinos y argentinas, y en todo el mundo. Y cuando me enojo con Alberto, pero escucho a gente como el exultrakirchnerista Pichetto, se me pasa el enojo, porque se nota tanto el deseo que tiene de que le vaya mal al Gobierno y al país por su especulación pequeñita, que me da más fuerzas para apoyar al Gobierno. Yo quiero que a mi país le vaya bien, que a nuestra gente le vaya bien».

Pichetto levantó el índice de su mano derecha. «Pichetto quiere decir algo», subrayó una de las conductoras. La chispa ya había hecho efecto. «Y sí, claro. En primer lugar, no soy ultrakirchnerista y

tampoco usurpador de tierras, vamos a clarificar. No veraneo en Punta del Este. Si quiere lo puedo invitar a El Cóndor, en Viedma, a que venga a conocer una linda playa de la Patagonia. Y fundamentalmente me he expresado con total buena fe. Dije claramente, sin ningún tipo de mala leche, Grabois, y aclarando que espero que la vacuna rusa (Sputnik) funcione y que tenga los controles respectivos para que la gente se la pueda dar con tranquilidad. Y le pedí al Gobierno que explique por qué no compró la Pfizer. ¿Me querés decir adónde está la mala intención? A ver, ¿no se puede hacer un comentario en Argentina?, ¿no se puede opinar?», replicó Pichetto, removiéndose en el sillón, entregado al ida y vuelta, con esa capacidad innata para ir de la calma al enojo casi con los mismos gestos.

El cruce fue *in crescendo*. Grabois le contestó: «Vos podés opinar. Y yo puedo replicar tu opinión. Lo que pasa que a la gente como vos, que está acostumbrada a gozar de las mieles del poder, le gusta que la adulen. Y yo para adular a un tipo que pasó del ultramenemismo al ultraduhaldismo, al ultrakirchnerismo, al ultramacrismo…». Pichetto lo interrumpió: «Y vos sos gerente de la pobreza. ¿Sabés qué sos? Un gerente de la pobreza». Grabois le preguntó qué quería decirle con eso, y Pichetto contestó: «Que tenés esas cooperativas que nunca rinden cuentas».

No paraban. Grabois le dijo a Pichetto que vivía del Estado desde que él tenía uso de la razón, y Pichetto le contestó: «Pero vos vivís de los pobres, vos vivís de los pobres, Grabois». A lo que Grabois contestó: «Vivo de ser abogado, y de escribir libros, que me va bastante bien». Pichetto le dijo que él también era abogado, y se disculpó con las conductoras: «Me estoy yendo, chicas, me estoy yendo…».

Grabois trató de retenerlo: «Pichetto, no sea cobarde, quédese, Pichetto». Pichetto le dijo: «Cobarde sos vos, que te escondés detrás de un montón de gente humilde. Yo no tengo problema, yo doy la cara siempre». Grabois: «Pero te querías ir, me parece». Pichetto siguió la discusión, que parecía interminable: «Cuando quieras debatimos, Grabois, y hablamos de la ocupación de tierras, que le hacés un daño terrible a la Argentina, y le hacés daño al Gobierno

de Fernández ocupando tierras de la gente». Grabois le dijo que él no había usurpado nada y Pichetto dio un salto hacia adelante: «Ocupando campos, violentando la propiedad privada. Andá a pedirle permiso al papa. ¿Te autoriza el papa a tomar tierras?».

«¿Vos tenés algún problema con el papa, Pichetto?», le dijo Grabois, y Pichetto le contestó: «Sí, tengo problemas en la medida que te autorice a tomar tierras». Grabois: «A mí no me autoriza nadie, pero a vos, como no te da el piné…». Pichetto lo cortó: «Sí me da el piné, y me da otras cosas más, me da…».

Mientras las conductoras trataban de bajar tensiones y se animaban a proponer la salomónica idea de que ambos se hallaran en un punto en el que sí pudieran estar de acuerdo, es importante repasar que meses antes Pichetto y Grabois ya se habían cruzado y fue por una ocupación de tierras en unos campos de la familia de Luis Miguel Etchevehere, exministro de Agricultura, Ganadería y Pesca de Macri. Senador por entonces, Pichetto fue hasta la estancia y al salir no dudó: «La figura de Juan Grabois es un problema para la Argentina, por sus ideas estúpidas de la reforma agraria y de la toma de tierras».

De regreso al piso de TN. Grabois se subió a la propuesta de paz, y jugó con ironía, abrazando la enérgica defensa que en tiempos K había asumido Pichetto de la Resolución 125 imaginada por Martín Lousteau.

Toda una fotografía de lo maleables que pueden ser los políticos, al menos los argentinos. «Recuerdo que lo veía defender las retenciones con ese fervor que tienen los oficialistas… En eso estoy de acuerdo», le dijo.

Pichetto lee la maniobra, y apoya su cara sobre la palma de su mano derecha. No parece escuchar a Grabois. Solo espera para decir lo que ya sabe que va a decir. «No, yo no tengo coincidencias. Creo que hay una distancia sideral entre el mundo que él imagina y el mío, que creo que es el de la mayoría de los argentinos. Podemos salir por la vía del trabajo y de la producción». Grabois toma un mate tras otro, y se asegura de que se escuchen los sorbidos. Mientras tanto, Pichetto continúa: «No se puede seguir

distribuyendo lo que no se tiene. Y hay que dejar de soñar con una revolución que nunca hicieron».

Grabois lo interrumpe y lo acusa de ser la casta. Pero Pichetto no se detiene: «Vos sos un gerente de la pobreza, Grabois. Vos administrás la plata de los pobres, sos un gerente de la pobreza. No estigmatizo a los pobres, te estigmatizo a vos. Andá a rezar con el papa, andá. La visión del pobrismo le ha hecho un daño terrible a la Argentina».

Tal vez el intenso cruce haya sido inspirador. Exactamente un año después, el senador presentaba su libro *Capitalismo o pobrismo: esa es la cuestión*, en coautoría con el periodista Carlos Reymundo Roberts.

En la discusión con Grabois había vuelto a irritarlo la presencia de la Iglesia en la política. Por un lado, muestra su adhesión a la religión y, por el otro, se distancia de los hombres que conforman la institución: «No es una cosa con los curas, no tengo nada personal con ellos. Yo tengo una formación que es producto de la escuela pública, de la universidad, que trae aparejada para esa generación un componente de fuerte laicismo».

Pichetto, que fue católico practicante y se casó por iglesia, se siente molesto ante la utilización de la religión en términos de actos públicos, considerando que la Iglesia católica de la Argentina «jugó en todos los lados de la cancha y esas intromisiones en la política y en el Estado han sido muy perjudiciales». Y apunta a los años setenta, cuando muchos curas jóvenes apoyaron la Teología de la Liberación, refiriéndose con desdén a los que se dejaron cautivar por el pedagogo y educador brasileño Paulo Freire y su *Pedagogía del oprimido,* y con muchos que adscribieron tanto a Montoneros como a Tacuara, una organización falangista y neonazi que nutrió con cuadros a las organizaciones armadas de esa década.

Pichetto marca una fuerte distancia con los curas argentinos más vinculados a la derecha, como los obispos Antonio Quarracino, Raúl Primatesta o Antonio José Plaza; así como con el padre Carlos Mugica y el padre Alberto Carbone, fundador del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, el grupo donde ubica también al papa Jorge Mario Bergoglio. Es con eso con lo que discute, y con la Iglesia

cuando se mete en lo público, además de lo que llama la visión del «pobrismo».

De todos modos, con el papa intentó un gesto que no prosperó luego de enviarle una carta personal. Lo que sucedió luego de acercamientos que amigos suyos realizaron con la Iglesia. Su colaborador, Jorge Franco, se reunió en 2016 con monseñor Oscar Ojea, obispo de San Isidro y hombre de diálogo permanente con la política. Alguien a quien Bergoglio siempre tuvo como un interlocutor entre la Iglesia y la dirigencia política.

Poco después de esa cita, Pichetto leyó un texto armado por sus colaboradores y firmó una misiva respetuosa que llevó al Vaticano el diplomático Aldo Carreras, exsecretario de Población durante el menemismo y operador ante la Iglesia del exvicepresidente y gobernador bonaerense Daniel Scioli.

Había mucha expectativa en qué sucedería luego de esa jugada. La respuesta llegó, pero de mano de un secretario, quien apenas agradecía el envío de la carta. Ese gesto de ninguneo confirmó los sentimientos y las palabras de fuego que Pichetto tenía respecto de la Iglesia argentina.

En ese tiempo, también protagonizó una discusión sobre el pueblo mapuche. El origen de esa etnia —mapuche deriva de los vocablos *mapu*, «tierra», y *che*, «gente»— procede de un grupo aborigen americano que, conservando sus creencias y costumbres, opuso una férrea resistencia a la corona hispánica. Según lo que el arqueólogo, etnólogo y folclorista Ricardo E. Latcham postuló en 1921, los mapuches habrían migrado originalmente de la pampa argentina al territorio chileno a través de los pasos andinos. Este pueblo amerindio se asentó en la región central y centro sur de Chile.

Pero Pichetto, profundo conocedor de la provincia de Río Negro, emprendió una cruzada contra grupos pequeños establecidos en Bariloche y otras localidades de esa provincia que, con un discurso relacionado con su arraigo, comenzaron a tomar tierras y, en algunos casos, a desarrollar acciones de intensa violencia. Sin rodeos, salió con los tapones de punta y se embanderó en el tema,

como cuando el 22 de febrero de 2023 declaró que los mapuches «son un pueblo invasor».

Pichetto llevó adelante esa discusión de modo furibundo en los medios de comunicación y por eso fue denunciado ante el INADI (Instituto Argentino contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo) por supuestos comentarios racistas y discriminadores contra el pueblo mapuche. La denuncia fue presentada por parte del Encuentro Plurinacional de Argentina, cuyos miembros hablaron de una campaña del entonces candidato a vicepresidente de Mauricio Macri, acusándolo de «etnocentrismo chauvinista» con el objetivo de «despertar reacciones beligerantes contra nuestros pueblos».

Pichetto no se amilanó: «Acá en Argentina se perciben mapuches, negros, todas las percepciones valen mientras ocupan tierras que no son de ellos, mientras existen estos organismos como el INADI, el INAI… En fin». Y con su estilo de nunca retroceder, avanzó diciendo que él presentaría «una denuncia contra el titular del INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas), conducido entonces por el ambientalista kirchnerista Alejandro Marmoni, por haber hecho el otorgamiento de tierras a los considerados presuntos mapuches». Como si fuera poco, dijo: «Además el pueblo mapuche no es originario de la Argentina, es originario de Chile. En la Argentina por suerte apareció Roca, y la Patagonia es Argentina por Roca».

20

Milei y el desafío de la antipolítica

Hay que examinar si los innovadores se valen por sí mismos o si dependen de otros, es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden imponerse con la fuerza. En el primer caso siempre acaban mal y no consiguen llevar nada a término. Pero si dependen de sí mismos y pueden imponerse con la fuerza, entonces rara vez se encuentran en peligro.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

El fracaso estrepitoso de la gestión presidencial de Alberto Fernández y del Frente de Todos craneado por Cristina Kirchner determinó la derrota electoral del peronismo, que llevó como candidato a presidente a Sergio Massa, quien terminó siendo el ministro de Economía de esa gestión, con un 25% de inflación solamente en el mes de diciembre de 2025.

Pero la derrota en la batalla presidencial no fue a manos del PRO, principal partido opositor, más su alianza con el radicalismo y el partido de Elisa Carrió, sino de una fuerza nueva, sin más potencia parlamentaria que la de dos diputados nacionales. Uno de ellos, el excéntrico economista autodenominado «libertario» y «anarcocapitalista» Javier Gerardo Milei, quien llegó al escenario político sin mucho más que sus *performances* mediáticas estrambóticas y creando a los apurones una fuerza política

denominada La Libertad Avanza, con la que se llevó el triunfo en segunda vuelta.

Milei surgió inspirado en el estilo disruptivo y antisistema que cultivaron desde Donald Trump hasta el británico Boris Johnson, y ultraderechistas como la italiana Giorgia Meloni o el húngaro Víktor Orban.

Curiosamente al igual que Milei, en 2020, cuando la pandemia de COVID-19 conmovió al mundo, Pichetto se mostró descreído de la conveniencia del encierro. Entonces, Milei se negaba a vacunarse, sumándose al discurso del presidente brasileño Jair Messias Bolsonaro, quien fue un negacionista de la enfermedad surgida en Wuhan, China, y afirmaba: «En mi caso particular, en el caso de que fuera contagiado, no me preocuparía porque sería una gripecita, un resfriadito».

Pichetto compró de cabo a rabo esa afirmación: sin usar barbijo, asistía a los estudios de los programas de televisión y gritaba: «¡Esto es una gripecinha, dejémonos de joder!». Luego de decir que «le dieron a los jóvenes vacunas que les pueden reconfigurar el ADN», fue un duro crítico de la extensión de la cuarentena en la Argentina, que duró desde el 3 de marzo de 2020 hasta el 31 de enero de 2021: «Hay mucha más gente que se muere de hambre y desesperación».

Pero en ese lamento por la «gripecinha» también había un lamento por su situación personal. Lo sinceró un día, al entrar al estudio del programa del periodista Eduardo van der Kooy en TN. «Esto es insoportable, yo no sé qué hacer en mi casa, esto no se soporta más», se lamentaba este protagonista interminable de roscas, cenas y trasnoches de política. Y decía, al borde de la provocación: «Estoy arrepentido de haberme vacunado del Covid, por los médicos hdp que decían que nos íbamos a morir».

Arribado el economista libertario Javier Milei a la primera fila de la escena política, un detalle de su discurso atraía al inoxidable Pichetto: la admiración casi fanática por Carlos Saúl Menem, al que calificaba como «el mejor presidente de la historia», y al que prometía emular con cambios profundos como el de las

privatizaciones de gran parte del Estado como había efectuado el caudillo riojano.

Al principio, se entendieron. Milei admiraba el carácter de Pichetto y lo veía como uno de los hombres a rescatar de la vieja política, lo que el *outsider* denominaba «casta» y consideraba el mal de la Argentina, a tal punto que había que «barrerla». Pero cuando Pichetto terminó enrolado con la candidatura presidencial de Horacio Rodríguez Larreta, y formando parte de las listas de diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires, Milei lo incluyó sin miramientos en su vilipendiado objetivo.

Al poco tiempo de comenzada la gestión mileísta, Pichetto fue consultado por el periodista Matías Moreno, del diario *La Nación*, sobre esa admiración y reivindicación del nuevo jefe de Estado por Menem, su líder político histórico. Fue lapidario: «No veo similitudes. Menem tenía una formación política de mucho volumen. Ojalá pueda llegar a parecerse, a imitar la decisión, la audacia, la institucionalidad que tuvo Menem. Carlos hacía reuniones de gabinete todas las semanas. Menem era un hombre que respetaba, digamos, al opositor. Nunca persiguió a nadie. Ojalá Milei se parezca».

Para Pichetto, Milei fue un hecho impredecible, que se acuñó en el proceso de la decadencia del sistema político argentino. Y que resultó de un esquema bifocal, de reacción de los sectores populares que votaban al peronismo o a Juntos por el Cambio y que votaron cualquier cosa bajo el razonamiento de «que ocurra lo que tenga que ocurrir, que todo vuele por el aire». Una lógica que empezó a penetrar en muchos sectores de la sociedad por el agobio, el fracaso y, fundamentalmente, por la paupérrima gestión de Alberto Fernández.

Pero lo que más alteró prontamente a Pichetto fue que Milei, en su llegada al máximo poder, puso en crisis el tradicional sistema político de la Argentina. Vapuleó a toda la clase política e impuso el término de «casta» para exponer ante la sociedad todo lo vigente, en una actitud de repudio que igualaba a radicales con socialistas y peronistas y también a toda la dirigencia empresarial, sindical, judicial y mediática.

Menos Milei y su círculo cerrado, con su hermana Karina a la cabeza, todo era «casta». Los diputados y senadores eran «ratas» y quienes pensaban en la idea de un Estado presente, eran «degenerados fiscales» que solo querían vivir del Estado.

Ese cambio de reglas de juego alteró al senador perenne, quien vio a Milei y a los suyos quitando el Parlamento del escenario y quebrando el sistema de partidos políticos desde el primer minuto. Entonces Pichetto desconfió del vínculo que el presidente generó con Mauricio Macri, pues consideró que Milei lo quería «en un freezer», temeroso de que Macri pretendiera coparle el Gobierno. Y, en una jugada similar a la de Néstor Kirchner con su mentor Eduardo Duhalde, sacarlo de juego rápidamente y cooptar a sus dirigentes y -seguidores.

Pichetto vio en el arranque de la era Milei similitudes con el juego del exgobernador santacruceño, quien en 2003 «arrancó con el látigo», sojuzgando por ejemplo al gobernador radical de Mendoza, Julio Cobos, para tenerlo varios meses «a pan y agua» con el manejo de los fondos nacionales para las provincias, hacerlo claudicar y terminar cooptándolo para la famosa «transversalidad K». Además de que Néstor Kirchner fue un -defensor a ultranza del equilibrio fiscal, bandera primaria del libertario Milei que Cristina Kirchner abandonó en sus dos períodos presidenciales.

Pichetto había sido electo en 2023 diputado nacional por Juntos por el Cambio y, al llegar a la Cámara Baja, comenzó apoyando al Gobierno de Milei y conformó un bloque —Encuentro Federal— con legisladores de distinto pelaje para mantener un apoyo crítico al nuevo Gobierno.

Apoyó fervientemente la primera Ley Ómnibus que envió Milei, con cambios estructurales en la administración estatal, pero no pudo mantener el equilibrio del bloque que había creado, pues allí convivían exmacristas, como Emilio Monzó y Nicolás Massot, más el exministro kirchnerista Florencio Randazzo, la independiente Margarita Stolbizer y seguidores de Elisa Carrió, como Paula Olivetto o Maximiliano Ferraro.

Precisamente, cuando se debatía esa ley, le regaló a su compañero de ruta Emilio Monzó el libro *Cómo recuperar el desarrollo argentino*, un verdadero plan de Gobierno de tres tomos que había escrito junto con el arquitecto de las reformas menemistas, el abogado especialista en derecho administrativo Roberto José Dromi, fallecido a fines de 2024.

Luego de apoyar esa primera propuesta conocida como Ley Bases, el bloque se desestabilizó. Pichetto, un hombre creyente en que a los gobiernos se les debe garantizar una adecuada cuota de «gobernabilidad», comenzó a ser seducido por los allegados al presidente.

De eso se encargó Santiago Caputo, el asesor en las sombras de la comunicación y de la estrategia política de Milei, quien se inspiró en los libros de Giovanni da Empoli que fascinaban a Pichetto: *El mago del Kremlin* y *Los ingenieros del caos,* ambos devorados cuando los encontró en las librerías argentinas.

Pichetto comenzó a visitar al joven Caputo en su reducto de Casa Rosada y se sintió atraído por el estilo austero en los modos y conductas del asesor estrella presidencial, casi un calco de Vadim Baranov, reencarnación literaria del enigmático ideólogo del Kremlin Vladislav Surkov, exviceministro que apuntaló a Vladimir Putin en sus estrategias políticas.

Pero con el paso del tiempo y las movidas del Gobierno desafiando los modos y quehaceres de la política vernácula, esa relación no pudo contener lo que el presidente desbordaba en sus intervenciones públicas, vilipendiando a los políticos tradicionales y acusándolos de corruptos y de enemigos de los cambios que él proponía. En esa lógica, todos los políticos eran «chorros» y todos los periodistas «ensobrados» de dinero sucio por la política o el «círculo rojo» en defensa de sus intereses.

La oposición molesta con el estilo Milei avanzó, promediando 2024, con proyectos para aumentar las jubilaciones —que venían siendo paupérrimas desde las gestiones peronistas y macrista— y con un proyecto para sostener el presupuesto de la universidad pública. Ambas iniciativas aprobadas en las cámaras parlamentarias fueron vetadas por el presidente Milei.

Cuando llegó el turno de discutir el veto de Milei a aumentar los sueldos y las partidas para la UBA y otras universidades públicas, Pichetto realizó un discurso cargado de contenido político pero también de enojo con los modos mileístas de desdeñar a la política como modo de transformación de la realidad. «Señor presidente: probablemente esta tarde ganen. Creen que ganan, pero en realidad pierden», dijo, cuando vio que el Gobierno había cooptado a diputados del peronismo de Tucumán y de Catamarca, otrora férreos opositores, para sostener el veto.

«Inevitablemente pierden, como sucedió con un sector muy importante de la sociedad argentina, que son los jubilados. En realidad, a nueve meses de la iniciación de este Gobierno, deberían haber consolidado una mayoría parlamentaria sobre la base del diálogo, la construcción razonable, la propuesta en ideas y de un camino cierto para la Argentina. Eso es institucionalidad. Esa es la crisis de las extremas derechas en el mundo. Es la pelea en los conservadurismos duros de extrema derecha donde plantean la crisis no solamente del sistema político sino también de la propia derecha», dijo, caracterizando a la nueva fuerza gobernante.

Y disparó al corazón del proyecto de Javier Milei: «¿Qué son? ¿Cuál es el programa que tienen? Es un barco sin luces en el mar. Un tren que no llega a ninguna estación. Una sociedad anónima de destrucción masiva de lo poco que nos queda de un cierto nivel de bienestar en el Estado argentino. Una empresa de Demolición Sociedad Anónima: ¿qué es lo que expresan con este plan económico respecto del cual no sabemos cuál es? ¿Cuál es el plan? ¿El ajuste al estilo Martínez de Hoz, con un dólar fijo al estilo de la tablita?».

Y cerró: «Señor presidente: expliquen el plan económico. ¿Adónde nos llevan? Que nos digan adónde van. No va a venir ninguna inversión si se demuestra que hay fragilidad institucional y si el Gobierno no consolida una mayoría para poder gobernar».

A los pocos días, Milei contraatacó y acusó a Pichetto de no saber nada de economía. Calificó el discurso de Pichetto como «anacrónico» y «analógico», y como parte del pensamiento típico del llamado «círculo rojo». «Es alguien que es un ignorante en

términos de economía. Primero, porque es absolutamente inválida la comparación con el programa de Martínez de Hoz. Básicamente, una de las cosas que no hizo ese programa fue el ajuste fiscal. Otra cosa que yo también le podría decir es que eso fue en un régimen dictatorial y esto es democracia. Estas analogías son bastante poco felices», afirmó el presidente, cerrándole definitivamente las puertas al vehemente Pichetto en una guerra de duros.

Así fue como Milei puso distancia con el peronista más tradicional, el garante de la estabilidad de los partidos y la vida en democracia. El defensor del principio que dice que la clase política debe cuidar el equilibrio, la *pax* política y la alternancia de los partidos. Sin *outsiders* que nublen la claridad de la vida política ordenada por el sistema de partidos de la democracia.

La defensa de la política también le produjo a Pichetto molestias con miembros del equipo de Milei, como el economista Federico Sturzenegger, quien había sido presidente del Banco Central en el período presidencial de Mauricio Macri. Era tanta la aprensión contra él que Florencio Randazzo, cuando compartía banca con Pichetto, le hacía reiteradamente una broma. En medio de una sesión de diputados, señalaba un palco y decía «¡Mirá, ahí está Sturzenegger!». Pichetto saltaba de su poltrona y se alteraba: «¿Dónde? ¿Dónde? ¡Hay que ordenar que lo rajen, no puede estar acá!».

La furia contra este integrante de la «casta» aumentó cuando Milei lo nombró ministro de Desregulación y Transformación del Estado, rol desde el que el economista con doctorado en Massachusetts emprendió una cruzada para desarmar organismos y funciones del Estado argentino.

Cuando al inicio de la gestión de Milei los principales políticos argentinos veían peligrar la durabilidad del proceso presidencial del libertario en virtud de su discurso poco estable y aferrado a pocas certezas, como eran la presencia todopoderosa de su hermana Karina y el asesoramiento de un *killer* de la política como Santiago Caputo, se posó sobre la Argentina el escenario de una Asamblea Legislativa, esto es el recurso parlamentario para convocar a una

reunión extraordinaria de los legisladores nacionales ante una crisis de gobernabilidad.

La frase «Milei no llega» al principio de su mandato comenzó a extenderse. Desde el peronismo todo, incluyendo a Cristina Kirchner, quien fue consultada por esta posibilidad para dar su parecer, a empresarios y sindicalistas, la vía de una convocatoria parlamentaria de urgencia para solucionar un eventual vacío de poder comenzó a discutirse. Y el nombre que aparecía como solución a encabezar un proceso que, finalmente, derivara en una nueva convocatoria a elecciones era, por unanimidad, el de Miguel Pichetto.

Todos coincidían en que un solo hombre podría concitar el apoyo de todo el arco político, de la misma manera que el cordobés Juan Schiaretti había sido propuesto por algunos irresponsables al inicio de la gestión presidencial de Mauricio Macri. Esa idea alocada fue escrita por el periodista Jorge Fontevecchia quien, desde la dirección del diario dominical *Perfil*, tituló en tapa la frase «¿Pichetto presidente?». Esa especulación causó una conmoción de tal magnitud que el propio Miguel Ángel salió a tomar distancia de esa elucubración, de la que, realmente, no había formado parte: «No sé en qué está inspirado el artículo, yo no veo un escenario de ese tipo. Es un material conjetural, no me hago cargo», dijo velozmente ante el periodista Roberto García en el Canal 26, propiedad de su amigo Miguel Ángel Pierri.

Javier Milei, con el correr de los meses de gestión y entre tropezones por la inexperiencia y la carencia de cuadros que supieran de la administración estatal, se ordenó enfocado en la lucha contra la inflación y con el eje de «déficit fiscal cero» que se transformó en la columna vertebral de su proyecto. Dejado de lado ese escenario alucinógeno que alteró al propio Pichetto, un artículo de un sociólogo muy lúcido podría explicar con precisión lo que vivió el inoxidable peronista en esos tiempos de nuevas políticas con el arribo al poder de Javier Milei.

Juan Carlos Torre publicó un profundo artículo sobre liderazgo político en la revista *Postdata*, donde describió las características de los *outsiders*. Basándose en el libro del politólogo inglés Anthony King *El outsider como líder político*, Torre enumeró las características

de los mismos: «Rechazo a los consensos políticos preexistentes, desdén por el acatamiento a las reglas de juego político, escaso interés por preservar las instituciones; solo importan los resultados, un trato distante y con frecuencia hosco hacia el *establishment* político y económico».

Para el autor, los *outsiders* son un «eficaz promotor de cambios en momentos de crisis, cuando la política de gestión del *statu quo* amenaza con prolongar la zozobra colectiva». En esas circunstancias, está dispuesto a correr riesgos y «estará más inclinado a confrontar que a contemporizar».

King escribió esas consideraciones en 2002 al analizar el fenómeno de Margaret Thatcher entre los tories de Gran Bretaña. La premier Thatcher fue reivindicada por Javier Milei, más allá de ser la líder política británica en el momento de la trágica guerra de Malvinas que desató la dictadura militar argentina en 1982.

Según ese texto, los griegos tenían reservado un final para tanta osadía: el *hybris* solía encontrar su castigo en un giro catastrófico de la suerte política. El *hybris* es, en literatura, un concepto griego que se refiere a la arrogancia, la soberbia, la insolencia, la desmesura, el ultraje o el desenfreno. Se caracteriza por la transgresión de los límites impuestos por los dioses a los hombres.

Pichetto no comulga con ese espíritu. Cree en las construcciones políticas y no en la suerte de los iluminados. Por eso, condenó a Javier Milei cuando impuso ese estilo en la vida política argentina. Pero no vio o, al menos, no lo reconoció públicamente, los defectos de este estilo de soberbia y exceso de arrogancia en los períodos kirchneristas, en los que fue un alfil fundamental de ese momento histórico que terminó siendo injusto con él, como mínimo en su ambición de gobernar su propia provincia, Río Negro.

Miguel Ángel Pichetto fue un defensor de la política como modo de resolución de las cosas, con códigos al viejo estilo de comprometer la palabra y un apretón de manos. El «secretario general de la clase política argentina» surfeó a su modo con acciones discutibles, polémicas o necesarias para algunos, distintos tiempos políticos del país que lo vieron transformarse más de una vez, inspirado en la biblia política que es y será *El Príncipe,* de

Nicolás Maquiavelo, quien escribió: «Un príncipe que no se preocupe del arte de la guerra, aparte de las calamidades que le pueden acaecer, jamás podrá ser apreciado por sus soldados ni tampoco fiarse de ellos».

Pasan los siglos y Maquiavelo sigue siendo lectura, interpretación e inspiración de la política. Movido por su pasión por la lectura, ¿habrá leído Pichetto este párrafo de César Montúfar en su artículo «El Príncipe y su virtud»?: «Dominar es un ejercicio frío, sistemático; producto de una voluntad interna que intenta modelar a la fortuna. Nada más. Pareciera un ejercicio simple, cargado de lógica y pulcritud; pero es al mismo tiempo una vocación atravesada por el valor y el ímpetu de quien, a diferencia de todos los demás, tiene una apetencia superior que lo lleva a hacer todo lo que esté a su mano para dominar y poseer. La virtud convierte al príncipe no en un hombre moral, sino en una máquina que produce y reproduce autoridad. Esta suerte de deshumanización es ciertamente paradójica si consideramos que es la virtud lo que le permite apropiarse de una parte de las circunstancias que marcan su destino, arrebatándoselas a Dios y a la fortuna».

Agradecimientos

A Paula Pérez Alonso y Rodolfo González Arzac, por el respeto y por confiar en mí para escribir un libro sobre el último mohicano de la política tradicional argentina.

A Juan Becerra, por convocarme, por sus modos agradables (algo de lo que tanto carecemos en estos tiempos) y su docencia: gracias totales. Un lujo de editor.

A Mario Blanco, por sus ganas para que la tapa sea fiel reflejo de lo que quise significar con «El Príncipe».

Al talento fotográfico de Víctor Carreira y Alejandro Guyot.

A mis colegas y amigos Jazmín Bullorini y Gastón «Pampa» Leturia, por ayudarme con el libro, de un modo profesional y afectivo. Y a Laura Miño Chescotta, por escuchar pacientemente decenas de testimonios.

A mis maestros en el periodismo: Nelson Castro, por bancarme siempre y tener a mano, en todo momento, un consejo y una palabra de aliento. Y a Julio Blanck, al que se lo extraña demasiado, tanto como al inigualable Menchi Sábat.

A Santiago Fioriti y Claudio Savoia, por las charlas, el aliento, los vinos y la amistad.

A las innumerables fuentes que no escucharon el cono de silencio que la casta política se autoimpone y aceptaron hablar con libertad.

A María O'Donnell, por escucharme y orientarme.

A Flor, por hacerme feliz.

A Bella, por cambiar mi vida para siempre y hacerme sonreír cada día.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

